

Desarrollo de Base

Revista de la Fundación Interamericana

Enfoque: Los Afrodescendientes y el desarrollo



VOLUMEN 28

NÚMERO 1

2 0 0 7

La Fundación Interamericana (IAF), organismo autónomo de asistencia exterior del gobierno de EE.UU., fue creado en 1969 para promover el desarrollo basado en la autoayuda mediante donaciones directas a organizaciones de América Latina y el Caribe. Su presupuesto operativo está compuesto por asignaciones del congreso estadounidense y del Fondo Fiduciario de Progreso Social.

La Oficina de Relaciones Externas de la IAF publica *Desarrollo de Base* en español e inglés. También, en el sitio Web de la IAF www.iaf.gov en versiones en español, inglés y portugués, que son accesibles en formato con gráficos o exclusivamente de texto. Los materiales originales producidos por la IAF y publicados en *Desarrollo de Base* son del dominio público y pueden ser republicados libremente. Sin embargo, ciertos materiales de esta revista han sido facilitados por otras fuentes y podrían estar protegidos por derechos de propiedad intelectual. La reproducción de dichos materiales podría requerir autorización previa del propietario de tales derechos. La IAF solicita que se le notifique respecto a cualquier reproducción y que se reconozca la fuente. *Desarrollo de Base* aparece en el catálogo de *Standard Periodical Directory*, el *Public Affairs Service Bulletin*, el *Hispanic American Periodical Index* (HAPI) y la base de datos de *Agricultural Online Access* (WORLD). Números anteriores están disponibles en microfilm de University Microfilms International, 300 N. Zeeb Road, Ann Arbor, Michigan 48106. Para recibir la revista, solicítela por E-mail a publications@iaf.gov o escriba a la siguiente dirección:

Desarrollo de Base
Inter-American Foundation
901 North Stuart St. 10th Floor
Arlington, VA 22203

El propósito de esta revista es compartir experiencias de desarrollo de base con una variedad de lectores. La editora invita a presentar artículos pertinentes que traten, aunque sin limitar la temática, los siguientes temas:

- cómo se organiza y trabaja la población pobre en América Latina y el Caribe para mejorar sus condiciones de vida;
- problemas y tendencias en el mundo del desarrollo; y
- cómo cooperan las instituciones para fomentar el desarrollo de la región.

Dirija sus consultas a Paula Durbin a la dirección que aparece más arriba, o enviando un E-mail a pdurbin@iaf.gov.

Foto de la portada de Sean Sprague. Quilombo Santana, Brasil
Página opuesta, cortesía de PRODES. Celebración de congos, Panamá.

Impresión en papel reciclado, con tinta derivada de la soya.



Fundación Interamericana

Larry L. Palmer, presidente

Consejo directivo

Roger Wallace, presidente
Jack Vaughn, vicepresidente
Kay Kelley Arnold
Gary Bryner
Thomas Dodd
Adolfo Franco
John Salazar
Thomas A. Shannon

Desarrollo de Base

Revista de la Fundación Interamericana

Editora: Paula Durbin

Editor fotográfico: Mark Caicedo

Ediciones traducidas: Darío Elías

Asistente de edición: Hilary Brand

Diseño e impresión: Talleres Gráficos del gobierno de EE.UU.

Desarrollo de Base

Revista de la Fundación Interamericana

VOLUMEN 28

NÚMERO 1

2 0 0 7



Índice

Carta de nuestros lectores ii

Enfoque: Los afrodescendientes y el desarrollo

La lucha afrolatina por la equidad y el reconocimiento
Robert J. Cottrol 2

Las lecciones de los mayores: Juan García y la tradición oral
de los afroecuatorianos
Patrick Breslin 6

Más opciones en Esmeraldas
Marnie Schilken 14

Tierras y autonomía en quilombo Santana
Miriam Euclides Brandao 16

Portobelo, Panamá: excursiones, artesanías y congos
Paula Durbin 21

Afroparaguayos: identidad, sinergia y censo
Paula Durbin 26

Organizaciones Mundo Afro de Uruguay
Paula Durbin 30

Epsy Campbell: compasión con pasión
Darío Elías 38

Soluciones y estrategias

Un camino en el bosque: gestión forestal comunitaria en México
David Bray 40

Desarrollo y patrimonio en Cusco, Perú
Patrick Breslin 48

En la IAF

Recuerdos de la IAF: lecciones sobre valores
Deborah Szekely 52

La marcha del desarrollo 57

Reseña-ensayo: lo que le falta a Sachs
Patrick Breslin 62

Recursos 66

In Memoriam 76

Cartas de nuestros lectores

Me complace mucho poder valerme una vez más de la estrategia de la IAF en mis clases con un nuevo grupo de profesionales de microfinanzas de América Central y República Dominicana. Comenzamos cada sesión semestral con vivas discusiones en torno a las metáforas para el desarrollo tomadas de las nuevas ciencias, presentadas en *Desarrollo de Base* 2004.

El valor de esta nueva perspectiva es confirmado por estos profesionales. Además, en nuestras discusiones, se ha hecho claro que el papel de las nuevas tecnologías —especialmente los adelantos radicales relacionados con Internet en años recientes— complementa el posible impacto regional e internacional de un enfoque en el desarrollo como el de la IAF.

Nuestra pregunta: ¿hay publicaciones disponibles, en inglés o en español, que traten sobre el tema de Internet y sus repercusiones en el desarrollo de base, y su efecto multiplicador más allá del ámbito local? ¿Podría éste ser un tema digno de más estudio? Pienso en algo más fundamental que el obvio aumento de la difusión de información o la creación de alianzas. ¿Hay alguien que esté buscando nuevos modelos de negocios en el sector de las ONG —especialmente con orientación al desarrollo de base— alguien que busque el equivalente de los nuevos modelos de negocios de “contenido generado por el usuario”, “*insourcing* o internalización”, “cadena de suministro” y “*long tail* o cola larga”, que se encuentran en la actualidad en el sector privado?

Gracias por su excelente labor.

Richard Harris

*Universidad Politécnica del Estado de California
Universidad de Pomona*

Gracias por el número del 2006 de *Desarrollo de Base* que trata sobre el desarrollo transnacional. Reunieron una colección de artículos e información profunda del personal de la IAF, de sus donatarios y sus redes, que merecen la más amplia difusión posible. La usaré en mis clases.

Mis felicitaciones a Pat Breslin por el artículo del 2004 “Al margen de Newton: Metáforas para el desarrollo de base”. Por dos años ya, ha estimulado algunas de las discusiones más interesantes y los análisis más serios en mi curso de posgrado, titulado “La sociedad civil, el desarrollo y la promoción de la paz”. Sigam ofreciendo estas metáforas.

Charlie Reilly

*Instituto para la Paz y la Justicia
Universidad de San Diego*

Estoy cursando el doctorado en desarrollo rural. Su revista me ha resultado un recurso muy útil y pertinente para ampliar mis conocimientos, y espero encontrar allí un tema para mi disertación doctoral. Les agradeceré que me incluyan entre sus suscriptores habituales de *Desarrollo de Base*.

Febie N. Penaflo

Benguet, Filipinas

Acabo de leer el artículo de Kevin Healy en la revista *Desarrollo de Base* 2006; es un material excelente que me trajo agradables recuerdos.

Me dio mucho placer ver una foto de alguien que me dejó una impresión imborrable cuando trabajé en la oficina del Cuerpo de Paz en Lima. Aquiles Lanao me guió cuando tomé mis primeros pasos inseguros durante la capacitación en la oficina de Lima antes de dirigirme a la oficina de Cusco como voluntaria del Cuerpo de Paz. Nos comunicamos por radio de onda corta durante mis dos años allí y él ayudó a resolver muchos de los problemas de los voluntarios en las montañas.

Si está en contacto con él, por favor envíele mis saludos y abrazos. Gente maravillosa como Aquiles me orientó hacia una carrera en Estudios Latinoamericanos en la que trabajo como consejera y, a veces (cuando tengo suerte), mentora de estudiantes que aprenden sobre Latinoamérica.

Shirley Kregar

*Centro de Estudios Latinoamericanos
Universidad de Pittsburgh*

Estaba hojeando la publicación más reciente de la IAF cuando encontré el artículo sobre Aquiles Lanao. La evaluación de la experiencia de FINCA en Bolivia es exactamente como la recuerdo, y yo estaba en contacto con ellos diariamente, asistiendo a muchas de sus reuniones y atendiendo lo que pasaba. Como lo señalan, algunas buenas ideas y algunos errores, particularmente en el enfoque en especie. Aprendí mucho de Aquiles, y también recuerdo a varias de sus brillantes y activas hijas. Nunca tuve oportunidad de conocer a Morena en persona. ¡Qué gran señora! En fin, un buen artículo; gracias por compartirlo.

Curt Schaeffer

La Paz, Bolivia

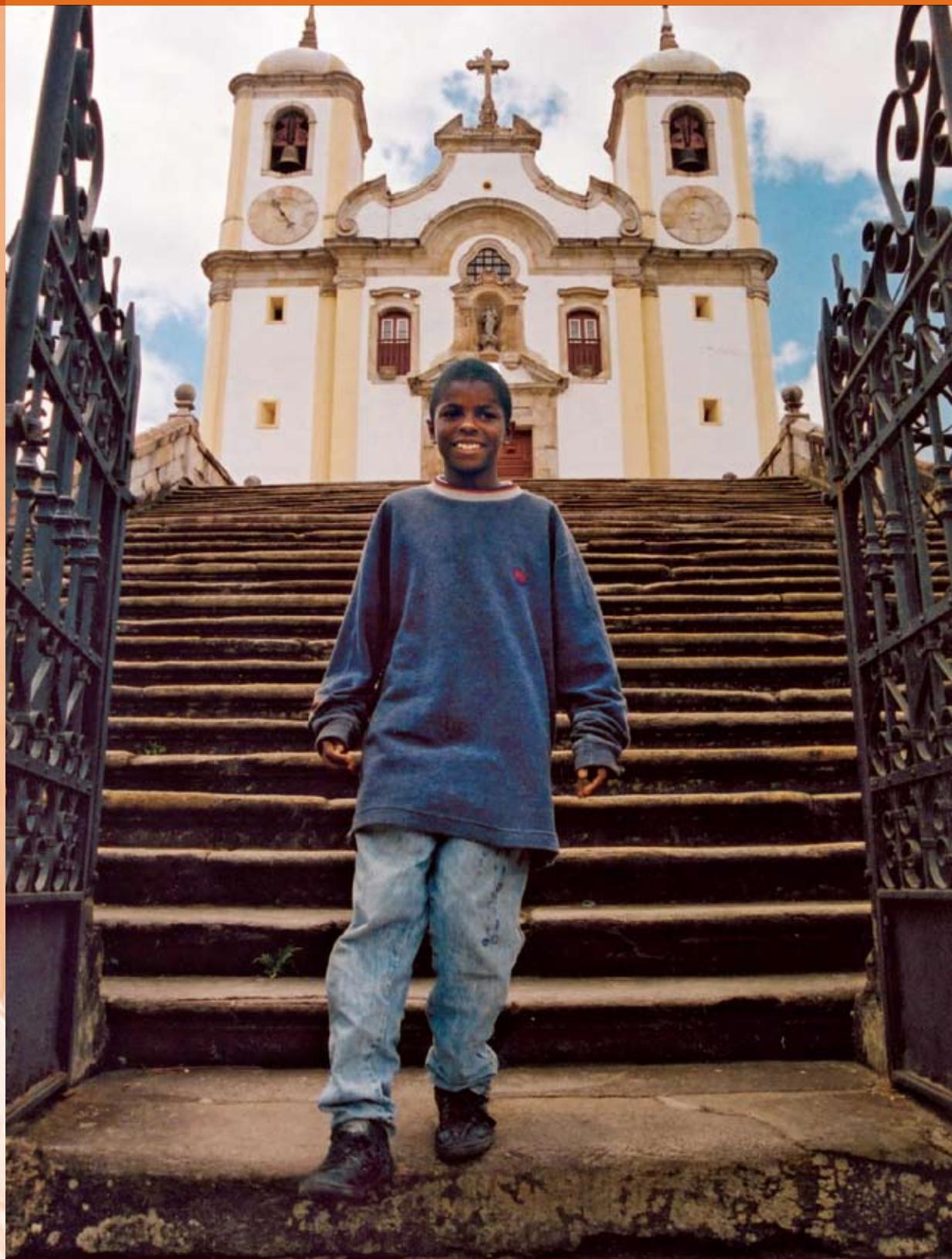
Gurús de las microfinanzas



Desde la izquierda, Viviana Salinas Lanao, John Hatch, Mimi Hatch, el laureado con el premio Nóbel Muhammad Yunus, e Iris Lanao. Yunus compartió el premio Nóbel de la Paz 2006 con el Banco Grameen, institución microcrediticia que ayudó a establecer en Bangladesh. Lanao, de FINCA-Perú, donataria de la IAF pionera del microcrédito, fue protagonista del artículo "Las súper-ahorristas de Ayacucho" de Kevin Healy, publicado en *Desarrollo de Base* 2006. Al anunciar su galardón, el Comité del Premio Nobel dijo: "La paz duradera no puede lograrse a menos que grandes grupos poblacionales encuentren los medios para escapar de la pobreza. El microcrédito es uno de esos medios".



Enfoque: Los afrodescendientes y el desarrollo



Los latinoamericanos de ascendencia africana, que se estima suman 150 millones de personas, están entre los más pobres de este continente. Como tales, han estado bien representados en la cartera de la IAF por cerca de cuatro décadas, primariamente como beneficiarios de una amplia gama de donatarios encaminados por distintas vías hacia el mejoramiento de sus vidas. Más recientemente, la IAF ha respondido a propuestas de un creciente número de grupos organizados de afrodescendientes, algunos bien establecidos y otros mucho más recientes, que han asumido un rol de liderazgo en la búsqueda del mejoramiento de las condiciones en sus comunidades. La IAF apoya también oportunidades para que los individuos puedan desarrollar redes de contactos, activar por sus causas e involucrarse en diálogos y búsquedas de nuevas ideas. Esta edición de *Desarrollo de Base* se concentra en los logros y desafíos de los donatarios de la IAF en sus esfuerzos por definir y establecer su propio lugar en la América Latina contemporánea.

En un artículo elocuente y profundo, Robert J. Cottrol analiza el contexto que enmarca la temática que guía la lucha actual de los afrodescendientes por la justicia social y económica. Los perfiles de pasados y presentes donatarios de la IAF muestran solo algunas de las caras de la esperanza y las voces del cambio en el movimiento por la equidad, el reconocimiento cultural y la participación plena en sociedades que en sí mismas han sido conformadas y sostenidas por sus ciudadanos negros. El enfoque puede variar, pero en todas partes la meta última es superar la pobreza gracias a poderosas tradiciones culturales, que como siempre lo han hecho, proporcionan el incentivo para prevalecer y el tejido aglutinante que une a la comunidad. Acumulativamente, estas historias de lucha de los donatarios y sus éxitos son un testamento de un indomable espíritu, y en el umbral del siglo XXI, de un horizonte más amplio.

Santa Efigênia dos Pretos es un monumento a la organización, creatividad y esfuerzo de afrodescendientes que vivieron en Ouro Preto, Brasil, en el siglo XVIII. Una de las varias iglesias de Ouro Preto de la era barroca construidas por mano de obra esclava, Santa Efigênia es excepcional porque la construyeron los mismo residentes afrodescendientes de la población, luego de trabajar en otras edificaciones y en las minas que financiaron el esplendor arquitectónico de Ouro Preto. De acuerdo con la leyenda, el polvo de oro que quedaba en los cabellos y las uñas de los mineros cubrió los gastos. La construcción se realizó entre 1733 y 1745. Adornada con tallados realizados por un maestro artesano y equipada con un juego completo de tambores de caja, la iglesia sigue sirviendo a una congregación afrobrasileña.

La lucha afrolatina por la equidad y el reconocimiento

Por Robert J. Cottrol

La mayoría de los estadounidenses tiene al menos una cierta idea de la historia de los afrodescendientes en este país. El relato épico de la esclavitud, la guerra civil y la emancipación, Jim Crow, la lucha por los derechos civiles y el movimiento del Poder Negro se han convertido en parte de nuestra herencia común. Esto no siempre fue así. Hace sólo unas pocas décadas, la historia de los afrodescendientes de EE.UU. era bastante desconocida aún entre los estadounidenses negros. El tema era del dominio de unos pocos especialistas, pero no parte de nuestra educación general o cultura popular. El movimiento por los derechos civiles y el reclamo de una historia más incluyente ayudaron a que esto cambiara, al crear una mayor conciencia sobre el rol de los afrodescendientes en la historia de EE.UU.

Aún así, muy pocos estadounidenses saben que la experiencia afrodescendiente en EE.UU. es solamente una pequeña parte de una historia continental mucho mayor. Sólo alrededor del 6 por ciento de los africanos traídos a América llegaron a lo que es ahora EE.UU. Hoy, probablemente menos de un tercio de los afrodescendientes del continente están en EE.UU. La esclavitud en América Latina duró más tiempo y fue más intensa que su contraparte en EE.UU. Los portugueses y los españoles comenzaron a esclavizar africanos a comienzos del siglo XV, aún antes de que Colón viajara a América. La esclavitud finalmente terminaría en el continente cuando Cuba y Brasil la abolieron a finales de la década de 1880.

Los historiadores de América Latina han venido estudiando desde hace mucho la esclavitud de la época colonial. Pero sobre los afrolatinoamericanos de pos-independencia se sabe mucho menos. Hay en toda la región considerables poblaciones afro, aunque algunos no quieran reconocerlo. Durante todo el siglo XX, Argentina, Uruguay y Chile han insistido en que eran naciones blancas con pocos o ningún ciudadano de ascendencia africana. En la última década, principalmente debido a la insistencia de los activistas afrodescendientes locales, ha habido un mayor reconocimiento de que los negros no solo son parte de la historia pasada de estos países sino también parte del presente, aunque en números reducidos. Perú y México se inclinaron por poner énfasis en el linaje español e indígena, ignorando la substancial herencia africana. En República Dominicana, las personas de evidente

ascendencia africana son la mayoría, pero la ascendencia africana es un estigma y a menudo se la niega aún cuando sea obvia. En todos estos países, activistas afrolatinos están cambiando el diálogo nacional al insistir en que se reconozca la contribución africana y afroamericana a la cultura nacional.

La última década ha visto el nacimiento de un movimiento a favor de los derechos civiles de los afrolatinoamericanos. Este ha tenido dos objetivos primarios. El primero ha sido la lucha contra las significativas desigualdades raciales que existen en toda América Latina. Muchas de estas desigualdades, debe admitirse, son estructurales, consecuencia de las restringidas oportunidades de la gente pobre y de la clase trabajadora. Otras son claramente consecuencia del racismo, de la discriminación y de actitudes negativas que tienen como resultado menos posibilidades de empleo y educación y peor trato por parte de la policía y otros funcionarios de gobierno. Aparte de la lucha contra la desigualdad y la discriminación, la contienda contemporánea de los activistas negros es también, en gran medida, el clamor por un reconocimiento. El racismo y las ideologías racistas a menudo han marginado a los afrodescendientes en América Latina. Los blancos han sido considerados como miembros de una raza superior y portadores de una cultura mejor. Las poblaciones indígenas, con frecuencia, han sido idealizadas como los resabios de un pasado precolombino noble, aunque hay que agregar que hoy son víctimas de una discriminación feroz. Pero los afroamericanos siguen estando marginados y sin reconocimiento histórico, excepto como un elemento exótico de la cultura nacional.

Los activistas afrolatinoamericanos enfrentan desafíos abrumadores, y quizás más importante, una falta de información básica sobre las poblaciones afroamericanas. A menudo es difícil, si no imposible, encontrar en el censo y otros registros oficiales un cuadro fiel de las circunstancias sociales y económicas de los diferentes grupos raciales. A pesar de las significativas poblaciones de ascendencia africana en toda América Latina, frecuentemente su historia no es muy conocida ni aún entre los expertos latinoamericanistas. Las clasificaciones raciales complican más la tarea. Clasificar o no clasificar a alguien como afrobrasileño, afrocolombiano o afroamericano es con frecuencia un asunto disputable. En EE.UU., los estudiosos de la raza

examinan una sociedad cuya cultura y leyes tradicionalmente han dictado que todas las personas a quienes se les puede rastrear ancestros africanos pertenecen a un solo grupo, si bien con distintos nombres —gente de color, negro, afroamericano, estadounidense africano— pero no obstante un grupo unificado. En ocasiones se ha reconocido que algunos individuos que tienen ascendencia mixta son diferenciados; términos como mulato, cuarterón y octoroon eran utilizados en el pasado, y actualmente hay debate sobre categorías propuestas para su uso en el censo, tales como bi-racial y multi-racial. Pero este reconocimiento de la existencia de la mezcla racial no ha alterado el consenso de que hay que poner en un solo grupo a las personas de ascendencia africana rastreable.

Tal consenso no existe en América Latina. Si la definición de la raza no es más que una conceptualización social, es a menudo, tanto para los latinoamericanos como para los forasteros, un concepto escurridizo. Los españoles y portugueses tienen un vocabulario que describe meticulosamente toda combinación concebible, real o imaginaria. El léxico latinoamericano incluye términos como negro, preto, pardo, moreno, mulato, trigüeño, zambo y otros más que detallan los supuestos grados de mezcla de africanos, europeos e indígenas. Tradicionalmente, los individuos de ascendencia africana parcial han rechazado ser identificados como negros, un rechazo que era apoyado por la cultura dominante. Algunos individuos con reconocida ascendencia africana son aceptados como si fueran blancos. En América Latina la identidad racial es con frecuencia una compleja negociación que involucra antepasados, fenotipos, nivel social y conexiones familiares. La clasificación es contexto. Por cierto que existe una jerarquía que valora más la ascendencia y apariencia europea que la africana. Sin embargo, por momentos los blancos les permiten a los afrolatinos proclamarse de un nivel más blanco que el fenotipo y la ascendencia pudieran dictar, en parte como cortesía, y en parte porque ello confirma la idea de muchos blancos de que ellos viven en sociedades esencialmente blancas. A pesar de esto, los individuos de visible ascendencia africana que pretenden pasar por blancos frecuentemente son víctimas de exclusiones basadas en la raza y el color de la piel. Este cuadro se complica más aun cuando los individuos de aspecto blanco o casi blanco se identifican con los afroamericanos por razones familiares o culturales.

Esta noción de fluidez racial ha creado dificultades tanto para los académicos que investigan a los afrolatinos como para los activistas afrolatinos que tratan de movilizar un respaldo popular. De muchas e importan-

tes maneras, la discriminación legal en EE.UU. ayudó a forjar un grupo unificado. En América Latina, la multiplicidad de categorías de raza y color, combinadas con las ideologías de mestizaje y blanqueamiento que esfumaban a los afroamericanos de la historia y la cultura, sirvieron también para aminorar el desarrollo de la identidad y la conciencia grupal de los afroamericanos. Esto ha sido así incluso en áreas donde los individuos de evidente ascendencia africana enfrentaban una considerable discriminación racial. Pero aunque la conciencia de grupo y la acción concertada hayan sido difíciles, América Latina ha tenido una historia de activismo político y social de parte de los afrodescendientes que ha traspasado las barreras de clase y color. Este tema ha sido explorado, entre otros autores, por George Reid Andrews en su libro *Afro-Latin America, 1800-2000* (Afro-Latinoamérica, 1800-2000). La lucha de los afrolatinos contra la subordinación racial comenzó durante la esclavitud. La América Latina de la colonia estaba salpicada con asentamientos cimarrones de esclavos fugados que desafiaban la recaptura. Sus descendientes todavía pueden ser encontrados en los quilombos de Brasil y en enclaves similares de todo el continente.

Las comunidades cimarronas rebeldes fueron una de las muchas formas que tomó la resistencia de los esclavos en América Latina, donde éstos tuvieron roles cruciales en su propia liberación. Algunos se compraron a sí mismos o a sus familiares. Otros se escaparon y se mezclaron con poblaciones de gente libre. La lucha por la libertad tuvo éxito no sólo en sitios donde la tenencia de esclavos era relativamente benigna sino también en regiones donde la vida de los esclavos podía ser infernal y breve. Tal es el caso de Brasil, país que recibió más cautivos africanos que ninguna otra sociedad americana. La esclavitud allí era brutal y a menudo mortal. Pero Brasil también tenía una gran población de afrobrasileños libres que oficialmente tenían igualdad de derechos con los blancos. Algunos eran funcionarios de gobierno y pertenecían a los estratos superiores de la sociedad brasileña.

El comienzo del siglo XIX trajo nuevos desafíos para los sistemas esclavistas del Nuevo Mundo. El iluminismo y las revoluciones que inspiró —la de EE.UU., la revolución francesa, la de Haití y las guerras de la independencia contra España— crearon problemas. La revolución estadounidense trajo la emancipación de los estados del norte y ayudó a crear un malestar nacional respecto a la esclavitud. La revolución de Haití terminó con el sistema esclavista más lucrativo del continente. La emancipación fue también resultado de las guerras de los hispanoamericanos por la independencia

“La tesis de la democracia racial era menos un mito que una hipérbole. Pero esa exageración ayudaba a enmascarar un racismo y una desigualdad racial tremendos”.

y no simplemente consecuencia de la influencia del iluminismo. La contribución afroamericana para la independencia tuvo un rol crítico que aceleró el fin de la esclavitud. El flamante imperio independiente de Brasil iba a seguir siendo un activo participante en el comercio de esclavos hasta bien entrada la segunda parte del siglo XIX. Al final, en 1871, influenciado por el ejemplo de la abolición en EE.UU. y por el agudo sentimiento contra la esclavitud reinante en Europa y particularmente en Francia, el país dictó la ley de Libertad de Vientres, proclamando la libertad de los hijos de madres esclavas a partir de ese año. El final de la esclavitud vino en 1888 cuando regía el último emperador de Brasil, Pedro II. Las dos últimas colonias españolas en América, Cuba y Puerto Rico, fueron los últimos territorios hispanohablantes que mantuvieron la esclavitud. El auge de la producción de azúcar que convirtió a Cuba en uno de los grandes centros de trata de esclavos africanos en el siglo XIX, también hizo que la economía de la isla fuera una de las más vigorosas economías esclavistas del continente, lo que trajo nuevas restricciones a los derechos de los afro-cubanos libres. La abolición vendría finalmente en 1886. Posteriormente, los afrocubanos iban a figurar en forma destacada en la lucha por la independencia, pero las fuertes divisiones raciales seguirían existiendo hasta bien avanzado el siglo XX, un legado de la economía del azúcar y de los esclavos.

El racismo prevaleció en todo el continente. Las nuevas ideologías de principios del siglo XX fueron ayudando a empujar aun más a los pueblos afroamericanos e indígenas de América Latina hacia los márgenes de las sociedades y culturas de esas naciones. Para los estudiosos de la historia de EE.UU., es bien conocido el rol del racismo científico y del darwinismo social en proporcionar las bases intelectuales para Jim Crow y la privación de derechos. Estas fuerzas también influyeron en el pensamiento en América Latina, pero de manera diferente. Las elites de América Latina vieron el problema no tanto en términos de proteger sus privilegios y condición, sino en cuanto a alcanzar la mayoría blanca que ellos creían sería necesaria para el progreso y la modernidad. Con este fin se alentó la masiva inmigración de europeos, a menudo con generosas recompensas en tierras. Ello iría a transformar Argentina, Uruguay y el sur del Brasil. Otras naciones recibirían números

muy inferiores de europeos, pero su fuerte deseo de blanqueamiento marginó aún más a los afrolatinos. Las dinámicas culturales de la era de la esclavitud desde mucho antes habían dictado que el individuo debía aspirar a la movilidad racial a través de una clasificación racial más blanca. Si el etos nacional dictaba que el país fuera blanco, lo más prudente era para aquellos de ascendencia mixta no declarar su herencia africana. Así las cosas, tanto el mestizaje como el blanqueamiento contribuyeron a que muchos afrolatinos tuvieran una decidida falta de disposición a identificarse como tales, aún cuando el fenotipo hacía inevitables tal identificación y la consiguiente discriminación.

Aún así, había a comienzos del siglo XX una relación frecuentemente simbiótica entre las formas de expresión cultural derivadas de los africanos, entre ellas la santería en Cuba y el candomblé en Brasil, y la formación de las identidades y estrategias afroamericanas para resistir la discriminación. Estas estrategias incluyeron, por momentos, la organización de partidos políticos y grupos de protesta afro. En otras ocasiones adquirieron la forma de apoyo a líderes políticos populistas tales como el costarricense José Figueres y el venezolano Rómulo Betancourt, de izquierda, o el brasileño Getúlio Vargas y el argentino Juan Perón, de derecha. Si el activismo político y social ayudó a desbaratar el esfuerzo destinado a marginar totalmente a los afrolatinos, la demografía asimismo hizo imposible ignorar su presencia en muchas sociedades. La magnitud de tal presencia en Brasil, Colombia, Cuba y Venezuela hizo que algunos líderes latinoamericanos reconsideraran la idea de que los afrodescendientes finalmente desaparecerían. Por el contrario, se dieron cuenta de que su presencia era permanente, imposible de ignorar y una parte inevitable de la identidad nacional. En América Central, el tema se complicó aún más con la inmigración de los caribeños de habla inglesa en el siglo XX. Traídos a Panamá para la construcción del Canal, o a Costa Rica para trabajar en los ferrocarriles, puertos y plantaciones de banano, los inmigrantes a menudo añadían una nota de disonancia tanto cultural como racial a las sociedades que tenían una imagen propia de ser racialmente blancas y culturalmente hispanas.

Más avanzado el siglo XX, la lucha de los afroamericanos contra la desigualdad adquirió una mayor

significación: decía algo sobre cómo las naciones serían percibidas en el exterior y cómo se percibían a sí mismas. La preocupación por la imagen internacional de la nación y la lucha contra Jim Crow es un terreno familiar para los estudiosos de la historia de EE.UU. de mediados del siglo XX. Las elites de América Latina también tenían esa preocupación. Tanto el creciente rechazo del racismo científico en el mundo occidental, como el convencimiento de que los afroamericanos no iban a desaparecer, contribuyeron a una nueva visión: la idea de la democracia racial. Las elites latinoamericanas comenzaron a proclamar que sus naciones eran ejemplo de igualdad racial y de armonía, con Brasil a la cabeza, ayudado por el gobierno y por nacionalistas en las ciencias sociales como Gilberto Freyre.

Este nuevo pensamiento era más convincente por el contraste que había entre la segregación legal existente en el sur de EE.UU. y la ausencia de discriminación oficial en América Latina. La tesis de la democracia racial y la idea de que los norteamericanos podían tomar lecciones de armonía racial fueron diseminadas en EE.UU. a través de los escritos de Frank Tannenbaum y otros. Aunque ahora es común desacreditar este criterio calificándolo de mito, no se puede negar que mucho antes de la segunda guerra mundial, latinoamericanos de reconocida ascendencia africana tenían la posibilidad de acceder a sectores de la sociedad impensables en EE.UU. En el siglo XIX, México y Argentina eligieron presidentes que se creía tenían ascendencia africana. A mediados del siglo XX, Cuba y Venezuela tenían presidentes afroamericanos, Fulgencio Batista y Rómulo Betancourt. Otras naciones tenían ministros del gobierno y altos jefes militares afrodescendientes. La tesis de la democracia racial era menos un mito que una hipótesis. Pero esa exageración ayudaba a enmascarar un racismo y una desigualdad racial tremendos. Si la fluidez de la interacción racial en América Latina en las décadas de 1940 y 1950 contrastaba con la rigidez de un país formalmente segregado como los EE.UU., ese tipo de comparación ha resultado menos fácil desde la década de 1960. Desde la caída de Jim Crow, los activistas afrolatinos han comparado el éxito del movimiento por los derechos civiles de EE.UU. con su propia exclusión. Los activistas afrolatinoamericanos en décadas más recientes se han inclinado a contrastar el mayor acceso de los negros de EE.UU. a la movilidad educacional y ocupacional con la relativa ausencia de tales posibilidades en sus propias sociedades.

En las dos últimas décadas, la lucha de los afrolatinoamericanos contra la discriminación y a favor de una mayor inclusión ha tenido cierto éxito. Todas las

naciones de América Latina han incorporado medidas contra la discriminación en sus leyes y constituciones. Asimismo han suscrito protocolos internacionales contra la discriminación. Los observadores informados hacen notar que esas medidas legales, aunque sean importantes como normas, a menudo tienen resultados ambiguos cuando se trata de aplicarlas en la práctica. Algunas naciones han ido más lejos en su esfuerzo por atacar la discriminación. Comenzando en 2001, Brasil empezó a dar algunos pasos preliminares, aún debatidos, hacia la acción afirmativa o cuotas para las inscripciones en la universidad y la adjudicación de puestos de gobierno. Por ley, Brasil, Colombia, Nicaragua y Honduras reconocen los derechos de propiedad de las tierras de las comunidades negras fundadas por esclavos fugitivos.

Aunque no hay dudas de que los estereotipos negativos todavía existen, los activistas afro parecen haber logrado ciertos avances en su cruzada por un mayor reconocimiento. Por ley, Brasil ahora exige la enseñanza de historia afrobrasileña en las escuelas primarias y secundarias. Son muchos más los periodistas negros que aparecen en los noticieros de televisión. En México pareciera existir un mayor deseo de reconocer “la tercera raíz”, el componente africano y afromexicano de la historia y la cultura de la nación. Pareciera existir un aumento del interés respecto al pasado y presente de los afroargentinos; libros recientes examinan este tópico y el gobierno ha realizado un censo de los argentinos de ascendencia africana.

Estos avances son el resultado del arduo trabajo y la dedicación de miembros de un movimiento afrolatinoamericano emergente que es parte de un esfuerzo mayor destinado a reexaminar el rol de la raza en la vida latinoamericana. Se trata de un proceso que sólo está en sus albores.

Robert J. Cottrol ocupa la cátedra Harold Paul Green como Profesor e Investigador en Derecho y Profesor de Historia y Sociología en la Universidad George Washington. Es autor de numerosas publicaciones, entre ellas Brown v. Board of Education: Caste, Cultura and the Constitution (Brown contra la Junta de Educación: Casta, Cultura y la Constitución) (University of Kansas Press: 2003). En la actualidad está escribiendo un libro que examina el papel de la ley en la construcción de jerarquías y culturas raciales en América. El artículo del Dr. Cottrol para Desarrollo de Base proviene de su reseña de Afro-Latin America, 1800-2000 de la edición de junio de 2005 de American Quarterly publicada por The Johns Hopkins University Press.



Las lecciones de los mayores: Juan García y la tradición oral de los afroecuatorianos

Por Patrick Breslin

Juan García le cuenta a Karen Rocío Barnasa Arboleda una historia de la sabiduría popular afroecuatoriana.

Entre los miles de artefactos creados en la experiencia africana en toda América que se podrán ver en el Museo Nacional de la Historia y la Cultura Afroamericana, que abrirá sus puertas al público en la explanada central de la ciudad de Washington en 2015, estará un pequeño taburete tallado en una clara madera noble tropical con grabados en los que el motivo es una telaraña. La forma del taburete fue concebida para que cupiera en la estrecha piragua que transportaba a Deborah Azareno por los ríos de la provincia ecuatoriana de Esmeraldas hace más de 60 años. Tras acercarse a las lodosas costas que quedan cerca de donde el río Santiago se vuelca en el océano Pacífico, la mujer cargaba el taburete hasta su casa y se sentaba en él mientras le contaba historias a su nieto. En 2005, mucho antes de que se empezara a construir el edificio del museo en Washington, su taburete se convirtió en la primera adquisición oficial de aquel. Esta es la historia de cómo sucedió.

Unos 350.000 ecuatorianos de ascendencia africana viven en las tierras bajas de la costa pacífica de la provincia de Esmeraldas. A partir del siglo XVI sus ancestros comenzaron a llegar a esa tierra como esclavos, como fugitivos procedentes de Colombia o como sobrevivientes de naufragios. Desbrozaron tierras y explotaron minas de oro bajo coacción y cuando podían escapaban a la selva tropical para formar palenques, que eran comunidades negras con su propio gobierno; rara vez se enfrentaban a las comunidades indígenas locales, con las que vivían en paz la mayor parte del tiempo. Lucharon con Bolívar por la independencia sudamericana a principios del siglo XIX, pero sólo lograron su propia libertad décadas más tarde, y en muchos casos sólo la lograron en el papel. Como sucedió en el sur de EE.UU., nuevas formas de explotación malograron sus esperanzas de emancipación. Salvo cuando eran necesarios para engrosar las filas de los ejércitos revolucionarios, por lo general vivían bastante aislados e ignorados por los centros económicos y políticos ubicados 3.000 metros más arriba, en las nubes de los Andes. Prácticamente carecían de voz en el diálogo nacional ecuatoriano.

Juan García Salazar cambió todo eso con una grabadora. García es un hombre extremadamente delgado de mediana estatura que nació en 1944 y todavía es tan ágil como un bailarín. Su gracilidad parece alargar sus miembros; sus dedos, que extiende para gesticular mientras habla, podrían haber salido de una pintura de Oswaldo Guayasamín, el artista más conocido de Ecuador. Tiene el rostro expresivo de un actor. Sus cejas y las arrugas de su frente se arquean en curvas concéntricas de asombro cuando cuenta una historia. Prácticamente sin educación formal, García se convirtió en un renombrado recolector y preservador de las tradiciones orales de los afroecuatorianos. El pasado de ellos, y quizás las claves de su futuro, están almacenados en los rollos de cintas de los miles de casetes que García grabó durante tres décadas.

El año pasado estuve una semana con Juan García en Esmeraldas, en el curso de un estudio sobre líderes de base de América Latina. Lo había conocido en Quito y había escrito sobre él hace más de 20 años. Ahora quería entrevistarle sobre la obra de toda su vida y determinar cómo ésta se relacionaba con el crecimiento del movimiento afroecuatoriano de Esmeraldas. Lo habían invitado a hablar en una parroquia de San Lorenzo al día siguiente y me propuso que lo acompañara.

Contratamos un automóvil, con un chofer llamado Paco Ortiz, quien nos dijo que vivía a unas cuantas cuadras de Juan, en un barrio de las afueras de Esmeraldas. Juan se sentó adelante. Pasamos el aeropuerto y seguimos por la deteriorada carretera costera que se dirige al norte, hacia la frontera con Colombia. Camiones cargados de eucaliptos de las montañas y con destino a las fábricas de papel de Japón avanzaban ruidosamente hacia el sur. En los baches más antiguos crecía la hierba. Los cinturones de seguridad presionaban nuestros pechos cuando el vehículo se sacudía al pasar sobre ellos. Juan inició la conversación con algunas preguntas sobre los padres de Paco y se animó cuando se dio cuenta de que el padre de Paco, que era educador, había sido su maestro en el tercer o cuarto grado en Limones. ¿Era la tía de Paco la propietaria de una panadería que Juan recordaba? Paco confirmó que así era. La conversación continuó mientras rastreaban los respectivos árboles genealógicos.

“Para nosotros no es natural ingresar a asociaciones”, me explicó Juan después. “Hay que comenzar con la familia. Aquí, solidaridad es la familia y no la cooperativa, que fue importada”. Al día siguiente viajamos en lancha a motor de Borbón a Limones, para visitar a la madre de Juan. El conductor caminó con nosotros hasta la casa. Juan se lo presentó a su madre. “¿De qué familia?” fue la primera pregunta de ésta.

El padre de García fue un médico que escapó de la dictadura de Franco tras la guerra civil española;



García en 1986, cinco años después de iniciar la tarea de grabar la historia, las leyendas y la poesía afroecuatorianas.

su madre, Juana Salazar, nació en Esmeraldas. “Allá abajo, en la Costa, uno se toma la cultura con la leche materna”, me dijo Juan una vez. La familia vivía cerca de la desembocadura del río Santiago en El Cuerval, lugar llamado así por los cuervos que se congregan en las ramas muertas de los árboles que hay en el río. Zenón Salazar, su abuelo materno, sostuvo a la familia con cultivos de subsistencia y pescado y le vendía caña de azúcar a un ingenio cercano. Más tarde se hizo el desmonte de la zona para construir criaderos de camarones que luego fracasaron, y ahora los únicos sonidos que se oyen provienen de los cuervos.

García recuerda cómo su padre maldecía a Franco. Quería que sus hijos estudiaran y hablaba de volver un día a Europa. Había un grupo pequeño de exiliados españoles en la zona. “La mayoría de los europeos que vinieron se murieron de nostalgia,” dice García.

Un ataque cardíaco se llevó a su padre cuando él tenía seis años y su madre lo mandó a vivir con amigos y a estudiar en una escuela de Limones. Terminó la primaria y con ella la educación formal de su niñez. En un instituto técnico que manejaba la iglesia aprendió carpintería.

Los ríos eran las carreteras de Esmeraldas y la corriente de Humboldt que viene desde la Antártida era su autopista. García los conocía bien desde pequeño. “Somos gente del mar”, dice. Recuerda que ayudaba a las rústicas canoas con batanga a sortear las olas del mar que se alzaban en la desembocadura del río para llegar hasta la altura de encuentro con la corriente de Humboldt, alzaban la vela hecha de costales de grano añadidos y “bajaban” por la

corriente hasta Temuco, la población colombiana que queda al norte de Ecuador, para comercializar sus productos. El viaje por los ríos internos era más plácido y las canoas se deslizaban por el destello de luz solar que se esparcía sobre la superficie del agua, lisa como el vidrio, y pasaban ocasionalmente frente a las casas de madera y caña sombreadas por cocoteros en las que se secaba la ropa sencilla colgada de una cuerda.

García viajaba mucho y llegó a administrar una fábrica pequeña en Bogotá. Allí asistió a clases en la universidad. Las discusiones con los estudiantes lo llevaron a reflexionar sobre Ecuador y Esmeraldas. Comenzó a preguntarse por qué no había monumentos a negros en Ecuador. Volvió al hogar para cuidar a su abuelo, que estaba al borde de la muerte, una dedicación que duró dos años y que le cambió la vida. La memoria del anciano era una verdadera mina de historia y sabiduría popular. “Algunas personas de

la comunidad me decían: ‘mira, Juan: don Zenón no va a morir por muchos años porque sabe de magia, y cuando la gente sabe de magia el cuerpo puede morir, pero la cabeza no. Tienes que dejar que te pase ese peso que carga’”. García escuchaba mientras su abuelo vertía sus conocimientos. Cuando el anciano mencionó a un pariente en Playa de Oro que sabía otras cosas, García prestó una grabadora grande y viajó allí para hacer sus primeras grabaciones.

“Eran los años de la década del 70 y me preocupaba la cuestión de mi identidad; todavía no un sentido preciso de identidad cultural, pero sabía que me faltaba algo, que había un vacío. Ocurrió al mismo tiempo que mi abuelo se deterioraba, una época muy importante para mí. Era un regreso, después de un período de correrías, de una vida de trotamundos por Guayaquil, Quevedo, Colombia. Un retorno a los ancestros, a mis raíces culturales. Los viejos dicen que uno tiene que enviar a los jóvenes a una travesía, a trabajar, a formarse. A aprender cosas prácticas, a manejar canoas, velas, a aprender de las olas, los árboles, a distinguir la tierra buena de la mala. Todo eso fue muy útil para mí”.

Pero la Esmeraldas a la que regresó era pobre. “En esos días todos pensábamos en el desarrollo, la idea de formar organizaciones para mejorar la vida en términos económicos. Y al involucrarme en el desarrollo fue como descubrí la cultura, descubrí lo que me faltaba”.

De 1972 a 1978, Juan trabajó como organizador de cooperativas. “Después de los primeros tres años, comencé a darme cuenta de que este tipo de organización le resultaba ajeno a la gente de aquí. Nos reuníamos con técnicos de cooperativas de Israel, Alemania o las montañas de Ecuador. Vi que no había afinidad con nosotros y que el proyecto que nos describían tampoco tenía afinidad alguna con lo que éramos. Sabía que teníamos que incluir algo más en ese trabajo con la gente”.

Las cooperativas tenían créditos del Banco Central de Ecuador, por lo cual los funcionarios del banco conocían el trabajo de García. Hacia 1978 le ofrecieron la organización de un trabajo en la comunidad de La Tolita, una pequeña población ribereña construida sobre un tesoro arqueológico de narigueras y aretes de oro, máscaras diminutas y figuras humanas y de animales en cerámica. El banco proporcionaría los créditos y Juan le enseñaría a la comunidad alternativas económicas a la venta de las piezas prehistóricas

que encontraba, salvaguardando así el patrimonio cultural de Ecuador.

“Y allí”, dice García, “me enfrenté cara a cara con la cuestión de lo que la cultura nacional es. Porque la gente de La Tolita, los guaqueros que desenterraban esas piezas, veían las cosas con más claridad que yo. Estas piezas no vienen de nosotros, decían. No tienen nada que ver con nosotros. Y me di cuenta que se trataba de preservar un patrimonio nacional en el cual nosotros no estábamos incluidos. No se suponía que debíamos beneficiarnos de esos vestigios. La gente también me hizo ver que mientras el banco les estaba pagando medio millón o tal vez un millón de sucres a los expertos técnicos y a los extranjeros que participaban en el proyecto arqueológico, destinaba tal vez 10.000 o 5.000 sucres para las organizaciones comunitarias. Muy pronto decidí renunciar a mi trabajo con el banco para trabajar en mi propio sentido de preservación cultural”.

Mediante las charlas sobre Esmeraldas que había dictado en Quito, García había conocido a Chuck Kleymeyer, por entonces representante de la Fundación Interamericana para Ecuador. A partir de sus conversaciones, García preparó una propuesta en la que solicitaba apoyo para un esfuerzo sistemático destinado a registrar todo lo que fuera posible de la tradición oral afroecuatoriana. Él ya la veía desvanecerse a medida que los ancianos morían y la generación más joven, atraída a ciudades como Guayaquil, perdía sus conexiones con los ríos y las selvas y una forma de vida de siglos. Al mismo tiempo, García y unos cuantos colegas con similares intereses habían organizado el Centro Cultural Afro-Ecuatoriano en Quito, como sitio de reflexión sobre la experiencia de su gente. Allí estaban expresadas todas las corrientes del pensamiento afroecuatoriano, desde la revolucionaria hasta la puramente económica. Y una corriente se concentraba en la cultura y el sentido de identidad afros.

La IAF comenzó a apoyar el trabajo de García en 1981 con donaciones para el Programa de Antropología para el Ecuador que cubrían el costo de motores fuera de borda, gastos de viaje, grabadoras, casetes y los salarios de García y su equipo de ayudantes, que estaba integrado por miembros del Centro con interés en la cultura. Comenzaron a trabajar tanto en Esmeraldas como en el valle del Chota, área del país donde vive la otra concentración de afroecuatorianos. “Fue en el proceso de grabar que en realidad



Patrick Breslin

Benildo Torres Riasco, el decimero.

comenzamos a educarnos. Al principio no pensábamos que la identidad, el territorio y la tradición oral fueran conocimientos. Simplemente queríamos recordar todo lo que estaba en la memoria para que no se perdiera.

“La primera lección, y para mí la más importante, fue que éramos completamente ignorantes. Los ancianos nos hablaban y nosotros casi nada sabíamos. No entendíamos. Nuestra principal pregunta se refería al pasado. Queríamos que los ancianos nos contaran lo que recordaban de cómo era la vida antes. Sólo de manera gradual reconocimos el papel que cada uno de ellos había desempeñado en la cultura; que eran especialistas, con distintas destrezas, con distinta sabiduría. Por ejemplo, a Benildo Torres, el hombre con el que estoy trabajando ahora, lo entrevistamos hace años y solo teníamos dos casetes con unas cuantas décimas (una forma compleja de poesía medieval española que se había arraigado entre los africanos de las colonias españolas en América). Sólo ahora, 20 años después, me cuestiono

que no le hayamos hecho más preguntas a Benildo, que cuando fuimos a verlo no tuviéramos el entendimiento suficiente de que en realidad él era un gran decimero. No entendíamos su importancia para su cultura. Y eso pasó con mucha gente”.

De todos modos, ellos aprendían todos los días y las grabadoras seguían girando mientras las pilas de casetes crecían. “Cuando el proyecto terminó, sentí que acababa de salir de la universidad”, dice García. Después, los investigadores partieron hacia distintos rumbos: los que venían de Chota regresaron para trabajar en el valle. “Y aquí, en Esmeraldas, nos dividimos en tres grupos con una responsabilidad colectiva; los que decidieron hacer trabajo político, los que se concentraron en el desarrollo económico, y el proyecto cultural, que lo hacía básicamente yo; pero los otros me dijeron: ‘usted es el custodio de todo lo que hemos hecho, de las fotos, de los casetes, de toda la memoria’”.

Como su abuelo, García había asumido la responsabilidad por la tradición oral de su gente. Así, tenía que encontrar formas de proteger el material. El Banco Central le ayudó a hacer copias y almacenó parte del material, lo mismo que el Museo Esmeraldas. Pero almacenarlo no era suficiente. Periódicamente, era necesario pasar las cintas —que se conservaban en cuartos con aire acondicionado para protegerlas de la humedad de pantano de Esmeraldas— por una máquina y rebobinarlas. Y mientras Juan se concentraba en tales detalles, a los afroecuatorianos de Esmeraldas les preocupaba otra temática. “La gente me decía: ‘Juan: ¿todo eso de la cultura, todo ese conocimiento, para qué sirve si nos están quitando nuestra tierra?’ Entonces empecé a darme cuenta de nuevas realidades. Me hicieron ver que todo ese bagaje en la cabeza no servía si no había un espacio territorial, no servía sin un proyecto que pusiera comida en la mesa, no servía a menos que la gente tuviera una casa en la cual pudiera vivir. ‘Sin territorio, ¿cómo preservamos la cultura?’, preguntaban. Y al principio yo les respondía: ‘bueno, en los casetes’. Pero ellos decían: ‘no, ¿dónde preservamos la creación de la cultura? Nos han quitado los ríos. El antiguo cementerio fue destruido para hacer una autopista. Ahí se fueron nuestras memorias. ¿Qué hacemos ahora?’”

La pérdida de tierra era una cantinela en Esmeraldas. Los criaderos de camarones que habían destruido los manglares y las tierras agrícolas que

rodeaban el lugar en el que había crecido Juan eran sólo uno de los muchos planes que pretendían sacarle ganancias a lo que los forasteros consideraban una selva improductiva. Las nuevas empresas siempre fueron enclaves que producían para los mercados extranjeros y que ofrecían una cantidad limitada de empleos para la población local. Unas décadas antes arrasaron con grandes extensiones del territorio de Esmeraldas para producir banano. Hoy, los regimientos de árboles de palma africana copan el paisaje y ocupan decenas de miles de hectáreas. Con frecuencia a los grupos indígenas y afros con tenencia de la tierra por tradición y no con títulos de propiedad, los han dejado de lado.

Poco después de terminar el proyecto con la IAF, Juan se matriculó en la Universidad Johns Hopkins, donde escribió una tesis sobre Alonso Sebastián de Illesca, el más famoso de los líderes cimarrones de Esmeraldas, al que vino a visitar el pirata inglés Francis Drake. La esposa de Illesca era indígena y éste casó a algunos de sus hijos con miembros de las familias de líderes indígenas, con lo que consolidó su control de la región. Su éxito y muchos otros ejemplos de autonomía africana en Esmeraldas inspiraron las ideas de Juan sobre la necesidad de los afroecuatorianos de ser autosuficientes en su propia tierra. “Yo utilizo el pasado para ilustrar que existe una fuente de pensamiento, de filosofía y de experiencia a la cual podemos regresar. Hubo épocas en las que fuimos autosuficientes. No teníamos mucho, pero no necesitábamos más. Y esas épocas eran mejores que el presente, en el que estamos incluidos en el proyecto de otros. Porque cuando uno está incluido, resulta difícil ser uno mismo. El poder y la hegemonía pertenecen al que lo incluyó. Por eso digo que todo era mejor cuando éramos libres dentro de nuestra propia realidad cultural, cuando manejábamos nuestros propios recursos con nuestra propia filosofía. Y por eso insisto en que la comunidad afro utilice lo que aprendió del pasado como punto de partida para integrarse en el presente”.

Cuando regresó a Ecuador, Juan trabajó un tiempo en proyectos de desarrollo financiados por la IAF, y en ocasiones compartía con otros las lecciones de la grabación y la preservación de la tradición oral de Esmeraldas. Luego se mudó a la población de Maldonado para administrar un proyecto financiado por Conservation International y diseñado para preservar el bosque y elevar los ingresos de la población

mediante la producción de artículos útiles y decorativos tales como botones hechos de tagua, la nuez de una palma que tiene el color y las características del marfil. Juan había sugerido ese proyecto porque resultaba lógico de acuerdo con su emergente comprensión del desarrollo.

“Lo alimentaba la cultura. Yo pensaba que si uno quería reducir el impacto en el medio ambiente, y especialmente en el bosque, un proyecto tenía que ser tradicional en el sentido de utilizar un producto tradicional, que la gente entienda y con el que tenga experiencia, y tiene que tener un mercado para que genere ingresos. La tagua se cae de los árboles. En la década de 1920, cuando los alemanes venían a comprarla, hubo una especie de bonanza económica. En la tradición oral la gente habla de la ‘era de la tagua’. Y existen muchas historias sobre la ida al bosque para recoger las nueces. El objetivo de nuestro proyecto era revitalizar el mercado y elevar los precios. En este caso estábamos en una zona sin electricidad, por lo cual el trabajo se hacía con herramientas manuales. Tuvimos éxito en la búsqueda de mercados y eso reanimó el cultivo de la palma de tagua. Los visitantes siempre nos urgían a conseguir generadores y motores eléctricos, pero yo insistía en que no los necesitábamos. En la forma en que trabajábamos la gente mantenía su autonomía. Sólo tenía que ir al bosque, recoger las nueces, hacer los botones o las piezas de ajedrez y venderlos. Nos ingeniamos para vender hasta en lugares tan lejanos como Nueva York. Por primera vez habíamos vinculado la cultura con un proyecto de comercialización apuntado al desarrollo.

“Pero en la región había un problema importante: la tierra. Yo trabajaba con 32 comunidades. El beneficio de todos los proyectos que he emprendido es que siempre me he estado moviendo, visitando comunidades y escuchando a la gente. Y lo que oía todo el tiempo era que estábamos perdiendo nuestras tierras. A pesar de todo lo que decía sobre la protección del medio ambiente, el gobierno estaba abriendo más y más tierras agrícolas para montar enormes plantaciones de palma africana. Y había una presión constante de los colonos que migraban a Esmeraldas desde otras partes de Ecuador. Era urgente la necesidad de organizar a la comunidad”.

La oportunidad se presentó en 1995 cuando Juan obtuvo una beca Ashoka por cuatro años con su propuesta para desarrollar un modo de articular el debate sobre los asuntos que afectan a los afrodescendientes



El efecto progresivo de un proyecto

“Y siempre, cuando la gente me pregunta dónde comenzó todo esto, digo que comenzó con el Centro Cultural Afroecuatoriano que fundamos en Quito, y con la ayuda de la Fundación Interamericana. El proyecto nos permitió a un grupo de jóvenes de Chota, Esmeraldas y Guayaquil viajar por todo el país hablando de nosotros mismos, de nuestra gente. Era la primera vez que alguien financiaba la palabra hablada. La primera vez que alguien daba dinero para que las personas pudieran hablar sobre ellas mismas. ¿Se da cuenta de la importancia de eso? Que una fundación estadounidense nos donara dinero para que tuviéramos tiempo de conversar sobre nosotros mismos. ¡Qué idea tan hermosa! Que alguien lo financie a uno para que hable con sus mayores, para que aprenda, para que recupere. Para mí esa fue la cosa más simbólica de este proyecto, la cosa más bella. Lo que se generó allí todavía no se puede medir, porque las olas que creó todavía no se han detenido. Y fueron muchas olas”. *Juan García refiriéndose a los orígenes de los artículos 83 y 84 de la constitución ecuatoriana que consagran los derechos de los afroecuatorianos.*

García con el taburete que Deborah Azareno usaba cuando viajaba por los ríos de la provincia de Esmeraldas, y que se convirtió en la primera adquisición oficial del Museo Nacional de la Historia y la Cultura Afroamericana, cuya inauguración está prevista para 2015.

Patrick Breslin

de Esmeraldas, que pudiera ayudar a las comunidades a defender sus derechos y especialmente su derecho a la tierra. Ashoka es una ONG con sede en EE.UU. que apoya a “emprendedores sociales” de todo el mundo y les permite trabajar a tiempo completo sobre sus ideas para el cambio y el desarrollo. Para iniciar su trabajo político Juan regresó a sus grabaciones. “Tomamos las voces de los ancestros de los casetes y las pusimos sobre la mesa para los debates políticos”. Visitó a grupos comunitarios, cooperativas, centros de capacitación y grupos apoyados por la iglesia. “Les dije: ‘escuchen lo que dicen los ancestros sobre la tierra, los ríos, las cosechas y sobre nuestra presencia aquí’. Y la gente escuchaba y decía: ‘¿o sea que vivimos en esta región desde, no sé... 1670?’ Y otra persona preguntaba: ‘¿y Ecuador ya existía?’ ‘No, no existía’. ‘¿Estábamos aquí antes de que existiera Ecuador?’ ‘Cuando Ecuador todavía no existía ¿nosotros ya estábamos aquí y poseíamos tierras?’”

Una vez que comenzó el debate, los casetes no fueron solo el eco del pasado. Ahora, complementados con las experiencias previas de Juan, proporcionaban ideas para el futuro. “Comencé a usar la tradición oral para diseñar un discurso político que se basara en lo que yo había estudiado en la universidad, en la histo-

ria local que había aprendido, en mis conocimientos sobre las comunidades, en el proyecto de la tagua y en las cooperativas. Era la suma de todo lo que había hecho antes. Trabajé con las organizaciones y les propuse que usáramos nuestras tradiciones: por ejemplo, que en lugar de llamarnos asociaciones cooperativas usáramos el término palenque, que adquiere muchos significados. Más allá del territorio físico, representa un espacio cultural, un refugio seguro y un enclave de resistencia a las amenazas del exterior”.

El trabajo político de Juan coincidió con los cambios políticos en Ecuador. “Si comparamos la situación actual con la que teníamos en los años 70, lo que hemos avanzado es incalculable. Estamos en la constitución. El término afroecuatoriano está escrito en la constitución de la república de Ecuador. Para mí, eso es como el reconocimiento oficial del nacimiento de la comunidad negra en el mundo político y social de aquí. Cuando estaban redactando la constitución había tres de nosotros parados afuera, todo el tiempo, hablando, luchando, y finalmente logramos que lo pusieran en la constitución. Ahora uno oye a la gente hablar de los artículos 83 y 84, sobre derechos colectivos. Usted no tiene idea de la frecuencia con la que uno oye a la gente referirse a esos artículos”.

Los derechos mencionados se refieren a la preservación y el desarrollo de la identidad cultural y de las tradiciones culturales y sociales, entre ellas las formas de organizarse y de administrar justicia; a la propiedad no transferible de las tierras comunitarias ancestrales; y al uso compartido de los recursos naturales renovables y el derecho a ser consultados sobre proyectos destinados a explotarlos. Estos derechos hicieron posible la formación en Esmeraldas de nuevas organizaciones afroecuatorianas que se inspiraran en sus propias tradiciones. “Las comunidades”, dice Juan, “formaban sus palenques territoriales, algunos de ellos de hasta 30 comunidades, con personería jurídica y con sus propias normas. Ahora existen seis palenques y uno tiene 62.000 hectáreas. Y otros se formaron sin ninguna tierra; 40 grupos culturales de Guayaquil, por ejemplo, decidieron formar un palenque”.

No se sabe con claridad para dónde va este proceso de organización, pero Juan sigue adelante. Dedicó sus cuatro años con Ashoka al apoyo de la organización política: “los mejores cuatro años de mi vida”, dice. Pero ya no percibe a la organización política como su principal proyecto. “Ahora existen centros en los que se puede capacitar a los líderes del futuro. Ahora voy a dedicarme a escribir”.

Tiene tres metas importantes y planea pasar cuatro años logrando cada una: la primera es completar una serie de publicaciones que se basen en las grabaciones y en sus constantes investigaciones. La segunda meta parte de las publicaciones. Quiere que los materiales sobre la historia y la cultura afroecuatoriana ingresen al sistema escolar para que la educación en Esmeraldas sea menos alienante. Aunque esa es una meta de largo plazo, Juan aprovecha toda oportunidad para avanzar hacia su logro. Un ejemplo de lo que tiene en mente se pudo ver en Casa Palenque, un centro de reuniones de la ciudad de Esmeraldas que cuenta con el apoyo de la iglesia, donde una noche se congregaron 40 personas. Estaban presentes maestros, unas cuantas religiosas, sacerdotes y un par de ex miembros de pandillas, que habían asistido al taller de Juan sobre la tradición oral. El tema era el río. Juan trajo una serie de lecturas cortas extraídas de conversaciones con varias personas sobre su vida en los ríos de Esmeraldas, que habían sido grabadas en las tres últimas décadas. Quería poner en duda la justificación frecuente de algunos maestros que dicen que les gustaría enseñar la historia y la cultura afroecuatorianas pero que no tienen materiales para hacerlo.

Juan pasó las hojas y les pidió a los participantes que las leyeran. Hubo observaciones sobre cómo los ríos se están contaminando más, sobre cómo los colonos de otras regiones están tomando tierras a lo largo de los ríos, sobre el contraste entre el viaje por carretera y el viaje por río. Cuando Juan interrumpió después de que leyeran dos o tres párrafos para pedir reflexiones, todos los temas que afectan a Esmeraldas comenzaron a surgir como un manantial. Comenzó una discusión sobre sistemas de agua potable. Alguien dijo que el gobierno les cobra a las comunidades por la tubería y los pozos. Pero en las lecturas los ancianos que Juan entrevistó se acordaban de la época en que los ríos eran limpios. ¿Es justo que las personas que no contaminaron los ríos tengan que pagar ahora por el agua potable? ¿Por qué no puede el gobierno simplemente mantener limpios los ríos? La última lectura era una descripción lírica de la belleza de la luz sobre el río, que se asemeja a diamantes que flotan sobre la superficie. Una discusión animada de 90 minutos que había abarcado los temas de la historia, la política, la economía, el medio ambiente y la literatura había surgido de unos pasajes de no más de 10 minutos de las miles de horas que Juan había grabado.

El tercer plan a cuatro años que tiene Juan —él parece pensar en episodios de cuatro años— es enlazar todo su trabajo con una exploración de las conexiones entre la cultura africana y la afroecuatoriana que llegue a las raíces. Ya está trabajando en tres historias que él cree que demuestran las conexiones: una de Esmeraldas, una del valle del Chota y una de África Occidental que él tradujo del francés. En cierto modo, él ya hizo esa conexión en 2005, cuando trajo el taburete con el diseño de telarañas —la figura de Anansi procedente de África Occidental— que su abuela usaba en la canoa, a las oficinas de Lonnie Bunch III, director del Museo Nacional de la Historia y la Cultura Afroamericana, y de John W. Franklin, funcionario de la Institución Smithsonian que la aceptó como la primera adquisición oficial del museo. Anansi, según la sabiduría popular de África Occidental, fue el primero en traer historias al mundo. El obsequio al museo era digno de un hombre que ha impedido que tantas historias desaparezcan.

Patrick Breslin se jubiló en marzo, después de 22 años de servicios en la IAF. Su último cargo fue el de vicepresidente de relaciones externas.

Más opciones en Esmeraldas

Por Marnie Schilken

Los afrodescendientes de Esmeraldas heredaron tierras en los confines más remotos de la provincia, donde sus ancestros habían forjado sus refugios. Pero el aislamiento continuo hace que los afroecuatorianos a menudo no tengan acceso a infraestructura básica, servicios públicos, atención sanitaria, escuelas y oportunidades económicas. La tasa de desempleo en la zona rural de Esmeraldas ha llegado al 70 por ciento, forzando a muchos a salir hacia las áreas urbanas en busca de trabajo. Un estudio realizado en 1995 por el Banco Interamericano de Desarrollo destaca que esta migración se evidencia en el creciente número de afroecuatorianos que viven en la mayor pobreza en la periferia y las afueras de la ciudad de Esmeraldas, la capital provincial.

La Fundación Para la Tecnología y el Desarrollo Latinoamericano-Ecuatoriano (FTDE), una pequeña ONG de Quito, viene ayudando a más de 30 comunidades rurales de Esmeraldas a encarar su extrema pobreza. En 2003 y 2004, la FTDE hizo posible la realización de reuniones comunitarias en donde 540 residentes buscaron soluciones a los problemas locales. Los participantes propusieron a la FTDE que los ayudara a convertir sus planes en acciones concretas, y en septiembre de 2005 la FTDE recibió una donación de US\$220.030 de la IAF con el fin de proporcionar capacitación en prácticas agrícolas alternativas y para realizar actividades tendientes a potenciar el desarrollo de redes de contactos, la organización, la cohesión social y la solución colectiva de los problemas.

Como la mayoría de los afroecuatorianos, los afrodescendientes que tienen apoyo de la FTDE están luchando para que sus necesidades básicas sean reconocidas y atendidas por las autoridades locales, regionales y nacionales. Los pocos programas que podrían ayudarlos no llegan a muchos por múltiples razones, entre ellas la distancia, los precios de inscripción prohibitivos y la ignorancia sobre la existencia de tales programas. Los afroecuatorianos que tratan de acceder a los servicios no cuentan con el tiempo suficiente para dedicarse a la participación cívica, ni con la energía para luchar contra el prejuicio racial.

La FTDE comenzó por reunir a un grupo de 10 individuos o “promotores primarios de la comunidad” que habían sido seleccionados por sus vecinos para identificar las necesidades de la comunidad y delinear el plan de trabajo. Luego, con la ayuda de estos promotores la FTDE identificó a otros 40 promotores secundarios de la comunidad que durante 12 semanas fueron capacitados en liderazgo, organización comunitaria, técnicas agrícolas y administración y comercialización microempresarial. Estos hombres y mujeres de entre 13 y 70 años frecuentemente caminan tres o cuatro horas, o viajan en balsas cuando no se puede pasar por los caminos, para llegar a las comunidades donde transmiten su capacitación y educación y donde ayudan a facilitar las discusiones sobre las necesidades comunitarias. Los promotores han aprendido a ser creativos. La gente normalmente trabaja la mayor parte del día aislada, en sus pequeñas granjas, y desea tener contacto social. Así que las sesiones de capacitación a menudo terminan con un evento recreativo, disfrutando de un juego de fútbol o bingo, lo cual alienta una mayor concurrencia, crea un sentido de comunidad y ofrece un foro para discusiones. “Como motivación, esto es algo nuevo, por lo menos en Ecuador”, afirma Freddy Marín, fundador y director de la FTDE.

Un factor importante en el éxito de la FTDE es su buena disposición para escuchar las preocupaciones de la comunidad. Por ejemplo, cuando los residentes solicitaron reunirse en el sitio donde viven en lugar de tener que viajar a un punto distante, la FTDE ayudó a los promotores a establecer unos centros comunitarios muy básicos en los hogares, aportando los libros y materiales precisados. La ONG también ha alentado el espíritu emprendedor de sus beneficiarios. Descontentos con los precios bajos que les pagaban los intermediarios, quienes a su vez obtenían importantes ganancias, los granjeros solicitaron a la FTDE que les ayudara a vender en una mayor escala con menos intermediación. Sugirieron un estudio de mercado para sus productos que les brindara información sobre oferta y demanda, lugares de venta y prácticas de control de calidad. La FTDE llevó a cabo el estudio y

Esmeraldas

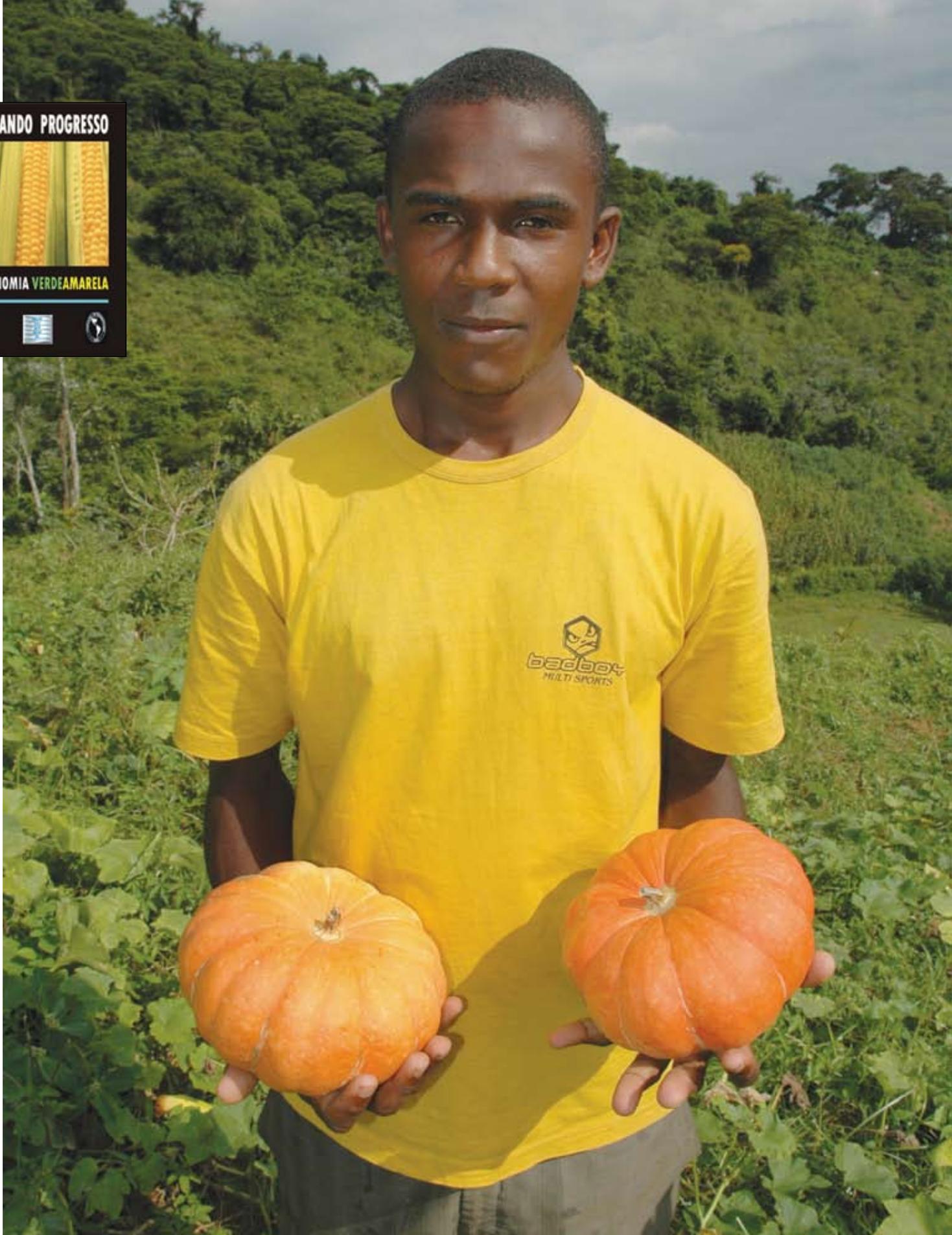
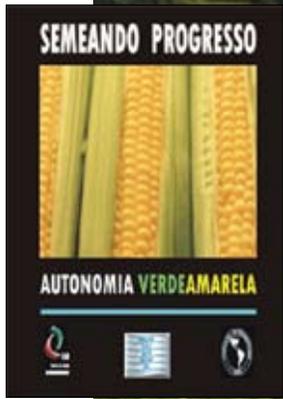
ECUADOR

recopiló los resultados en una guía de fácil lectura. Conocida como las “Páginas Amarillas”, la guía contiene los nombres y la información para ponerse en contacto con los principales exportadores de más de una docena de productos locales. El personal de la FTDE y los promotores también ofrecieron a los granjeros capacitación sobre técnicas de negociación empresarial en preparación para reuniones individuales con clientes.

Desde entonces los granjeros han contactado independientemente a exportadores de Guayaquil y Manta, han organizado los encuentros con aquellos y han negociado transacciones en términos mutuamente aceptables. Santos y José Anchico, dos de los primeros usuarios de la guía, dijeron que la experiencia de salir de sus comunidades para reunirse con el exportador de cacao de Guayaquil les hizo sentir por primera vez en la vida que eran ellos, y no los intermediarios, quienes controlaban sus propios negocios. Esta clase de iniciativa hace mucho para refutar los estereotipos negativos que han sido un obstáculo para el desarrollo.

Los resultados del proyecto han excedido todas las expectativas. Entre los efectos tangibles están la mejora en los niveles de educación de los promotores y beneficiarios y el mayor acceso a los exportadores, aunque quizás los aspectos más importantes sean intangibles. Como dijera Carmelita Cuzme, promotora de la comunidad de La Colorada, “Antes de la capacitación, me intimidaba la idea de ir a la municipalidad y tratar de hablar con las autoridades. Pero ahora yo sé que puedo ir y negociar”. De esta forma, el proyecto ha motivado a los individuos a trabajar para lograr cambios a corto y largo plazo para sí mismos y su comunidad. “Es una satisfacción dar opciones a gente que ha estado excluida durante tanto tiempo”, sostiene Freddy Marín. Tanto él como su personal seguirán denunciando la discriminación y trabajando con las comunidades rurales de Esmeraldas para construir los cimientos de un futuro mejor.

Marnie Schilken es la representante de la IAF para Ecuador.



El objetivo de Santana de "Autonomía Verde y Amarilla" depende del resultado de un juicio sobre el título de la tierra.

Tierras y autonomía en quilombo Santana

Por Miriam Euclides Brandão

Fotografías de Sean Sprague

Santana, comunidad de afrodescendientes que comparten historia, herencia y territorio, es una de las aproximadamente 25 comunidades *quilombolas* del estado de Rio de Janeiro. Está situada a menos de 150 kilómetros de la capital del estado, pero sus residentes, como los de muchos otros quilombos de todo Brasil, viven en la pobreza extrema, marginados de la sociedad y de la economía locales, y con escaso acceso a la salud, educación y otros servicios que comúnmente reciben los ciudadanos brasileños.

Las 20 familias de Santana, que totalizan 97 personas, descienden de los esclavos liberados que quedaron en la *Fazenda da Grama* después de la muerte de sus anteriores dueños. Se les había prometido las 828 hectáreas de la propiedad a cambio de su compromiso de enterrar a los miembros de la familia de los dueños a medida que fueran muriendo. La

última de la descendencia, Maria Isabel de Carvalho, está enterrada con su esposo en la capilla de la granja, construida por los esclavos en 1867. Según los residentes de Santana, ella cumplió la promesa de su familia y registró oficialmente el traspaso antes de morir en 1903. Desafortunadamente, los documentos relevantes “desaparecieron” de la oficina que tiene jurisdicción y otros granjeros reclaman la tierra.

El camino de tierra de 15 kilómetros que une Santana con Quatis, la ciudad más cercana, fue construido a mediados de la década de 1980. Cuando llueve, solamente un vehículo de doble tracción puede recorrer los últimos kilómetros hasta la comunidad. La escuela primaria, inaugurada hace unos 10 años, proporciona instrucción solamente hasta el cuarto grado; los niños mayores tienen que caminar más de tres kilómetros cuesta arriba para tomar el ómnibus



Miguel Francisco y Petra da Silva, a la derecha, trabajaron en su proyecto con la representante de FIRJAN Ana Carolina Vieira.



Un nuevo sistema provee de agua a las casas y los campos de Santana a un costo mínimo. Es accionado por la energía de un río cercano que hace girar la rueda y activa la bomba, evitando la contaminación que produce el combustible diesel. El sistema requiere pocos repuestos que no se obtengan en la misma comunidad. Los residentes cultivan en sus huertas zapallos, cebollas, calabazas y tomates gracias al fácil acceso al agua.



que los lleva a la escuela de Quatis. La electricidad también llegó hace 10 años, pero solo para las casas ubicadas cerca de la escuela y la capilla, y sin alcanzar a un 30 por ciento de los residentes del quilombo. Las familias viven sobre todo de la agricultura de subsistencia, el empleo estacional en granjas próximas y la cría de animales menores. Un par de casas de ladrillo está actualmente en construcción, pero las restantes son de adobe y tienen piso de tierra. Las familias cocinan a leña, no hay agua corriente ni tratada, y las letrinas son la norma.

Pero en 2004, un grupo de 21 jóvenes y adultos aprendieron a leer y escribir con el programa Brasil Alfabetizado, del gobierno federal, el cual fue puesto en práctica en el estado de Rio de Janeiro por el Servicio Social de la Industria (SESI-RJ). Los cursos de alfabetización expusieron a la comunidad al mundo exterior, lo cual animó a los residentes a buscar ayuda para solucionar su necesidad más grande: la generación de ingresos. Trabajando con SESI-RJ, los residentes locales, encabezados por Miguel Francisco da Silva, presidente de su asociación e incansable

defensor de la comunidad, desarrollaron la idea para un proyecto. Fueron aconsejados por el ahora difunto activista afrobrasileño Osvaldo dos Santos Neves, del ex donatario de la IAF COLYMAR (Circulo Olympio Marques), y por Ruth Pinheiro, su esposa, quien dirige el Centro de Apoio ao Desenvolvimento (CAD), otro ex donatario que ya ha trabajado casi por 20 años en apoyo de los afrodescendientes. Ellos llamaron al proyecto “Plantando Progreso-Autonomía Verde y Amarilla”. El nombre abarca las metas fundamentales de Santana: progreso mediante la plantación de maíz y autonomía para la comunidad, y su patriotismo, con la referencia a los colores nacionales de Brasil. Osvaldo dos Santos Neves incorporó las palabras y los conceptos en su diseño del logotipo del proyecto.

El proyecto recibió apoyo del Fondo de Desarrollo Social, cofinanciado desde 2002 por la Fundación Interamericana y la Federación de Industrias de Rio de Janeiro (FIRJAN), cuya oficina de responsabilidad social lo administra. El objetivo de FIRJAN es aumentar la inversión social empresarial en el estado, al unir a las ONG y las industrias

en alianzas que apoyen la generación de ingresos, la creación de trabajo y el desarrollo local. Para que se los considere elegibles para recibir apoyo financiero, los proyectos deben ser presentados por una empresa en sociedad con una ONG, y esa empresa debe proporcionar por lo menos el 50 por ciento del financiamiento. El enfoque del Fondo en alianzas con ONG ha creado mucha sinergia entre las ONG de Rio, así como en el sector empresarial. Debido al éxito y a la reputación de FIRJAN en el fomento de la responsabilidad social empresarial, ha sido invitado a compartir sus criterios con federaciones industriales similares comprometidas a promover el ideal en los estados de Piauí, Espírito Santo y Paraná.

En Santana, las actividades del proyecto se centraron en la capacitación de los hombres en destrezas relativas a la construcción, como carpintería, albañilería, instalación eléctrica y plomería, y en la producción de maíz, frijoles, calabazas, mandioca (yuca) y okra; igualmente, en la producción y venta de artesanías creadas por las mujeres utilizando hojas de plátano; en deportes y actividades culturales para



Escolares.

los niños y adolescentes; y en servicios de salud para todos. La comunidad utilizó fondos del proyecto para construir un depósito y una oficina para su asociación y para comprar un molino harinero y una rueda de agua para la irrigación en pequeña escala. Los miembros de la comunidad también están aplicando las destrezas adquiridas mediante el proyecto para reconstruir y mejorar sus hogares, enriquecer su dieta y aumentar sus ingresos con la venta del excedente de su producción en el mercado de Quatis.

Santana fue la primera comunidad-quilombo del estado de Rio de Janeiro que obtuvo ayuda para un proyecto de desarrollo. Los residentes requieren una inversión mucho mayor en su comunidad, pero primero deben luchar por obtener títulos seguros de propiedad de su tierra.

Si bien el artículo 68 de la constitución de 1988 de Brasil reconoce los reclamos de las tierras de quilombos y requiere que el gobierno brasileño emita documentos de título de propiedad a los quilombos, pocas de las demandas de estas comunidades han sido plenamente resueltas en los últimos 19 años debido a que el marco legal y regulador sigue siendo inadecuado. En 1999, la comunidad de Santana recibió

oficialmente títulos de su tierra, pero los granjeros ocupantes presentaron recursos legales inmediatamente, lo que ha impedido que la comunidad registre los títulos como es debido.

La propiedad de la tierra es evidentemente la mayor prioridad para los residentes de Santana pues no pueden subsistir del cultivo en las cuatro hectáreas de tierra de labranza que ahora disponen —apenas uno por ciento de la hacienda original— ni pueden mejorar su condición socioeconómica. Si bien la mayor parte de su energía se centra en esta lucha crucial, continúan buscando socios que estén dispuestos a invertir en su desarrollo.

Miriam E. Brandão es la representante de la IAF para Brasil.



Cortesía PRODES

Portobelo, Panamá: excursiones, artesanías y congos

Por Paula Durbin



Sebastian Abot

Inola Mapp, directora de PRODES.

Anidada entre una bella bahía y colinas de exuberante vegetación en la costa del mar Caribe de Panamá, la ciudad de Portobelo hace gala de una historia tan espectacular como el lugar donde se encuentra. Descubierta y presuntamente bautizada por Colón, se destacó durante un siglo como un puerto importante desde donde los

galeones cargados con oro del Perú y plata de México partían con destino a Sevilla. También fue el punto de entrada de carga humana de África, ofrecida para la venta junto con otras importaciones en las célebres ferias del puerto, para distribución por todo el territorio americano. Dada su fabulosa riqueza, Portobelo estaba fuertemente amurallada, aunque eso surtió poco efecto. Los piratas y bucaneros merodeaban a voluntad. Se dice que los restos de Francis Drake yacen a cierta distancia de la costa. En una ocasión, Henry Morgan tomó a todo el pueblo como rehén.

En el siglo XVIII ya había terminado el apogeo de Portobelo como punto de intercambio comercial. “Empobrecida” es la descripción que dan actualmente las guías turísticas de la ciudad, cuya calle principal es un trayecto en estado letárgico de modestas edifica-

ciones cercadas por antiguos cañones y por murallas cubiertas de musgo que comienzan a desmoronarse. Pero la Portobelo contemporánea está todavía saturada de mística, en gran medida profundamente enraizada en la herencia de sus residentes “afrocoloniales”, la población predominante cuyos antepasados transitaron hace siglos por la aduana, recientemente restaurada. Esa designación distingue a estos pueblos costeros de los panameños “afroantillanos”, descendientes de obreros contratados que llegaron de las Antillas mucho después de la abolición de la esclavitud para construir el sistema ferroviario y el Canal de Panamá. El 21 de octubre, fecha en que el puerto celebra la fiesta del Cristo Negro, figura de tamaño natural envuelta en la leyenda y venerada en la Iglesia de San Felipe, miles de peregrinos de todo Panamá emprenden una penosa caminata o una lenta marcha de rodillas hacia Portobelo para la celebración de la misa y el desfile de sabor africano. Por lo demás, el sitio ha estado sorprendentemente abandonado como punto de destino turístico. “Este distrito tiene recursos”, dice Inola Mapp, directora ejecutiva del Centro de Estudio para el Desarrollo (PRODES), donatario de la IAF, “pero se ha mantenido subdesarrollado, quizá por factores que tienen un efecto desfavorable en la autoestima de los residentes”.

Los cálculos de la proporción de afrodescendientes panameños varían entre 14 y 33 por ciento de la población. De acuerdo con la académica afropanameña Agatha Williams, históricamente todos ellos han luchado contra el prejuicio y, hasta hace poco, tanto su presencia como sus logros eran negados. No



“Me preguntaron si quería aparecer en un programa para aprender sobre mi comunidad, lo sucedido, y por qué están aquí estas ruinas”. Antonio Olivero, de 14 años (a la izquierda), explicó su participación en el programa de PRODES para que como guías dirigieran giras turísticas por Portobelo luego de horas de clase y durante los fines de semana. “Recibimos adiestramiento de personas que sabían todo esto”, dijo su compañero Ángel Algodona, de 15 años.

hay información demográfica desglosada sobre los dos grupos distintos de afrodescendientes en Panamá, que son muy diferentes. Los obreros del Canal trabajaban en condiciones peligrosas, vivían en barracones plagados de enfermedades y estaban sujetos a atropellos, incluyendo remuneraciones desiguales, según Agatha. Pero un trabajo fijo, un salario recibido con regularidad y el dominio del inglés eran para muchos los primeros peldaños de la escalera de ascenso social, algo a lo que no podían aspirar los afrocoloniales. Hoy en día, los hijos y nietos de los obreros del Canal, que son comparativamente acomodados, se quejan sobre todo de la discriminación por su color, que conduce a su exclusión de los empleos de oficina. Los grupos de derechos humanos han apuntado a la modalidad de exigir una fotografía como parte de la solicitud de empleo para proscribirla.

Inola Mapp creció en Ciudad de Panamá y tiene la historia típica de éxito de los afroantillanos, que

coloca la condición de los afrocoloniales en agudo contraste. Los afroantillanos de la generación del padre de Inola, tapicero en la zona del Canal, insistían en que sus hijos crecieran bilingües e incluso los enviaban al jardín de infantes donde se arraigaba profundamente el inglés antes de que los alumnos comenzaran el primer grado. El dominio del inglés le permitió a Inola conseguir una pasantía remunerada en la zona del Canal, que le ayudó a su sostenimiento mientras estudiaba para obtener un título en economía de la Universidad de Panamá. Como funcionaria pública bien remunerada, tuvo menos inconvenientes que la mayoría cuando el país sufrió la crisis financiera de 1988, pero el sufrimiento que observó a su alrededor le cambió la vida. “Decidí que tenía que ayudar, al pensar que algún día podía sucederme eso a mí también”, recuerda. De manera que en 1989 renunció a su empleo para fundar PRODES, una organización no gubernamental atendida por ella y una secretaria.

Durante su primer decenio de operaciones, los clientes de PRODES provinieron de las comunidades indígenas y mestizas de Panamá. “No me había centrado en la diferencia entre los dos grupos de afrodescendientes de Panamá y en la forma en que se había dejado atrás a los afrocoloniales”, reconoce Inola. En 1999 ella solicitó a la Fundación Interamericana una donación para su proyecto de “Desarrollo turístico del municipio de Portobelo” que buscaba una mayor participación de los residentes de Portobelo en una economía turística ampliada. Los seis años siguientes serían difíciles pero gratificantes. Un éxito resonante fue la formación de un grupo de entusiastas guías adolescentes que ganan propinas dirigiendo excursiones después de horas de clase y durante los fines de semana. Además de sus aspectos prácticos, la capacitación amplió el horizonte de los estudiantes y los llevó a conocer otros sitios culturales y la Universidad de Panamá. PRODES también amplió un programa de fomento de la lectura y de redacción creativa para ofrecerlo a niños de siete a 12 años. El resultado fue un libro que se distribuyó en la comunidad y una invitación a los autores jóvenes a compartir su experiencia en un taller en la feria nacional del libro de Ciudad de Panamá.

El alcalde de Portobelo le había ofrecido a PRODES un local para una biblioteca en el edificio municipal y su sucesor cumplió esa promesa. PRODES aprovechó su amplia experiencia con costureras indígenas cuando ayudó a organizar y a adiestrar a los artesanos de Portobelo. Pero la consecución de un local para comercializar el trabajo con conchas marinas, tallas de madera y textiles hechos por artesanas casi se con-



Enriquecimiento lingüístico para escolares.



Capacitación artesanal.

La temporada de los congos se inicia el 20 de enero con el izamiento de su bandera y culmina el Miércoles de Ceniza con el bautismo del diablo que, para algunos, simboliza el mal y para otros, representa a los españoles que impusieron la esclavitud.



Las figuras de los congos comprenden la reina, su esposo, la minina o princesa y el pajarito, que tiene el papel de mensajero, vigilante y guía. Esta pieza de teatro exige varios tamborileros y tres "cantalantes" que puedan dirigir la llamada y la respuesta.



Artesanías de Portobelo.

vierte en una amarga desilusión, como sucedió con el fondo de préstamos del proyecto. PRODES trabajó con la comunidad para formar un grupo que asumiera la propiedad y el manejo del almacén construido con ese fin por el Instituto Panameño de Turismo, pero solo para ver al grupo fracasar y al local pasar a un arrendatario comercial, cerrarse posteriormente, y permanecer vacío. El programa de microcrédito se centró en el desarrollo y la concesión de préstamos a las empresas existentes. No obstante, casi todo el año, los clientes trabajaban solamente en los fines de semana y en poco tiempo hubo atrasos en la amortización de los pagos. Cuando terminó el financiamiento de la IAF en 2005, estos problemas constituían todavía una desalentadora dificultad, pero a la larga fueron resueltos. En lugar de desistir, PRODES reestructuró los préstamos. Gracias a la hábil labor de ampliación de redes de contacto, en agosto de 2006 los artesanos se trasladaron a un sitio ofrecido por la oficina local del Centro de Facilidades Turísticas e Interpretación (CEFATI) del gobierno de Panamá en el edificio restaurado del siglo XVIII que ocupa hasta hoy día.

Un resultado vívido de las actividades de PRODES es el renovado interés en Portobelo como centro de la variada y colorida tradición de los congos de Panamá que, según Arturo Lindsay, pintor panameño especializado en historia del arte del Spellman College de Atlanta, surgió en un principio

para expresar resistencia a la esclavitud y floreció en las comunidades de cimarrones, o esclavos fugitivos. El legado de los congos fue desapareciendo y en 1999 Inola Mapp y grupos interesados decidieron tratar de rescatarlo. Desde entonces, en años alternados, varias organizaciones surgidas de las actividades iniciadas por PRODES con su proyecto de la IAF han organizado el Festival de Congos y Diablos. “El folclore panameño se ha reducido a la pollera y al montuno”, afirma Inola, al referirse al traje nacional de las mujeres y los hombres. “Pero nuestro proyecto financiado por la IAF logró un reconocimiento nacional para los congos. Hoy en día, los escolares aprenden sobre ellos y los programas folclóricos incluyen piezas de teatro de los congos, que presentan episodios de la historia afrocolonial”.

Con frecuencia cada vez mayor, los visitantes se sienten atraídos a los rituales. Lindsay reconoce que eso ha sido bueno para los residentes afrocoloniales de Portobelo y no solo desde el punto de vista económico. “La ciudad se llena durante el carnaval”, afirma. “Cuando alguien mira algo que uno hace y lo aprecia, uno ve sus tesoros con otros ojos”. Eso es lo que Inola quería para Portobelo. “Cuando los seres humanos sienten que sus esfuerzos son valorados, promoverán cambios que mejoren su calidad de vida”, afirma. ✨

Afroparaguayos: identidad, sinergia y censo

Por Paula Durbin

¿Quién piensa de Paraguay como tierra de afrodescendientes? Un reciente estudio financiado por el Banco Mundial sobre la situación económica del país incluye debates de las minorías étnicas, que comprenden desde la comunidad menonita hasta ciudadanos de ascendencia japonesa, pero se omite toda referencia a los afroparaguayos. La escasa literatura que llega a mencionarlos se refiere invariablemente a su invisibilidad. En su mayoría, los paraguayos se sorprenderían al enterarse de la existencia de comunidades negras en su medio, a pesar de las vivas demostraciones de danza de origen africano, las celebraciones públicas de San Baltasar y las innegables referencias históricas. Incluso, numerosos afrodescendientes desconocen su propia ascendencia y sus orígenes.

¿Podría avvicinarse un cambio? La Asociación Afro Paraguaya Kamba Cua (AAPKC), un grupo de afrodescendientes que siempre ha tenido un profundo sentido de identidad, recibió recientemente una donación de la IAF para estudiar las condiciones existentes en tres comunidades paraguayas de ascendencia africana. La AAPKC es de Kamba Cua, un barrio situado a 24 kilómetros del centro de Asunción, donde la mayoría de los residentes descienden de los esclavos y negros libres al servicio del general José Artigas durante la lucha de Uruguay por su independencia de España. En el decenio de 1820, estas tropas leales y algunos familiares siguieron a Artigas al exilio en Paraguay, donde el gobierno les dio semillas, animales y 100 hectáreas de tierras aptas para el cultivo, ocupación a la que se dedicaron ellos y sus descendientes por más de un siglo.

“En aquella época, mi gente vivía bien,” dice José Carlos Medina, que creció en Kamba Cua y coordina el proyecto de la AAPKC financiado por la IAF. Si casi todas las personas citadas en el presente artículo tienen el apellido Medina, es porque son de una sola familia. El gobierno de Paraguay condicionó la donación de la tierra a una orden de abstenerse de socializar con la población local, de manera que los residentes de Kamba Cua rápidamente entablaron relaciones de parentesco por vínculos matrimoniales.



José Carlos Medina y su abuelo Santiago Medina, en Kamba Cua.

Sin embargo, a la larga, afirma José Carlos Medina, tuvieron que buscar parejas fuera de su comunidad, de manera que las generaciones recientes se jactan de tener una herencia mixta. Al igual que la mayoría de los paraguayos, la gente de Kamba Cua se desenvuelve fluidamente en español y guaraní.

Paula Durbin

“Sembrábamos maíz, mandioca (yuca), caña de azúcar, tabaco, sandías y garbanzos”, recuerda Eulalia Medina, tía de José Carlos. “Todos tenían una parcela”. Pero nadie en la comunidad tenía título de propiedad de la tierra cultivada, y los dictadores militares Higinio Morínigo en el decenio de 1940, y Alfredo Stroessner en 1967, traspasaron la mayor parte de esa propiedad al estado o a particulares; la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional ocupa actualmente parte de ella. Eulalia Medina, que tenía 12 años cuando el régimen de Stroessner realizó la expropiación, recuerda vívidamente la resistencia de la comunidad cuando llegaron los soldados a expulsar físicamente a los residentes. Se les permitió quedarse en las pocas hectáreas que restaban en Kamba Cua, pero sus medios de subsistencia desaparecieron. Al igual que tantas mujeres paraguayas, Eulalia se marchó a Buenos Aires, donde logró sostener a su familia con trabajo doméstico. Lo mismo hizo la madre de José Carlos Medina, cuyos sacrificios le ayudaron a comprar una bonita casa y a pagar la educación universitaria de su hijo.

Los residentes de Kamba Cua nunca aceptaron la pérdida de su tierra. Después del derrocamiento del gobierno de Stroessner en 1989, los jóvenes empezaron a unirse en torno a este problema y en 1999 formaron la AAPKC. El 12 de octubre de 1999, coordinaron una ocupación en masa de la zona que consideraban patrimonio propio. El gobierno respondió con un despliegue de fuerza, pero devolvió una hectárea y media, expidiendo los importantes documentos de propiedad el 21 de septiembre de 2006. Esto ha hecho renacer las esperanzas, y hoy en día Kamba Cua ha presentado una demanda judicial para obtener el título de propiedad de una zona más extensa. “Sin la tierra, nuestra comunidad va a desaparecer,” explica José Carlos Medina. Si se le consulta sobre discriminación, de inmediato él señala la expropiación, pero también le preocupa el control policial con sesgo racista, la práctica de exigir fotografías con las solicitudes de empleo y la admisión a los lugares de entretenimiento según la raza de las personas. En su opinión, se confirma una larga trayectoria de indiferencia del sector oficial con la falta de datos sobre las condiciones de los afroparaguayos. “Apenas acaban de pavimentarnos la calle”, agrega. “Tenemos menos acceso y menos oportunidades”.

La sede de la AAPKC está en una edificación de dos cuartos que los miembros de la comunidad agregaron a la escuela primaria de Kamba Cua con ayuda de un organismo de ayuda externa de Alemania, y de Aleya Horn, voluntaria afroestadounidense del Cuerpo de Paz. La escuela en sí tenía solo algunos

Sebastian Albot



Escolar en Emboscada, donde posiblemente reside la mayor concentración de afroparaguayos.

años de construida, según Aleya. La comunidad la había construido con apoyo municipal después de que la AAPKC convenció a las autoridades municipales de la necesidad de tenerla. La educación empezó de cero y se fue agregando un grado cada año. “Mi trabajo tuvo éxito”, afirma Aleya” porque la AAPKC estaba bien organizada; tenía una misión específica”.

Esa misión se ha ampliado para abarcar la promoción de la igualdad racial, los derechos humanos y el desarrollo económico para todos los afroparaguayos que, junto con los pueblos indígenas, se ubican como los paraguayos más pobres, según un informe del Grupo Internacional sobre los Derechos de las Minorías del Reino Unido. Pero, ¿cómo se puede conseguir apoyo de la misma gente que se beneficiaría cuando tiene tan poco sentido de identidad? La AAPKC ha comenzado por compartir las tradiciones conservadas en Kamba Cua con la esperanza de dar a los afrodescendientes un punto de referencia que los ayude a reunirse en torno a su identidad y a organizarse para lograr un futuro mejor. Su atracción estelar es el ballet Kamba Cua, compuesto por unos 60 bailarines acompañados de músicos que tocan siete ritmos afroparaguayos distintivos con tambores hechos bajo la supervisión de Dionisio Medina, un maestro tamborilero. “Cultura, identidad y sinergia”, es como Lázaro Medina, director del ballet y actual presidente de Kamba Cua, describe esa actividad.

Por medio de Laurence Crockett, otro voluntario afroestadounidense del Cuerpo de Paz, la AAPKC estableció contacto con una comunidad más nume-



Lázaro Medina.



Claudio de la Cruz, de 43 años, padre de cuatro hijos, ha vivido más que el trabajador común de las canteras porque usa mascarilla y no fuma.



Fotos: Sebastian Albot

"Por medio de los tambores de Kamba Cua hemos comenzado a aprender sobre los esclavos africanos y nosotros somos sus descendientes", dijo Silvia Galeano de Paraguarí.

rosa de afrodescendientes de Emboscada, un pueblo situado a unos 36 kilómetros de Asunción. Crockett, que habló con *Desarrollo de Base* desde la ciudad de Nueva York, donde actualmente reside, dijo que de inmediato quedó cautivado por el entusiasmo de Patricio Zárate de la Cruz y de otros jóvenes afroparaguayos deseosos de descubrir sus raíces. “Sabían que había una historia”, afirmó. “Sencillamente no sabían dónde empezar. Comenzamos por entrevistar a los ancianos residentes en Emboscada y luego fuimos a los archivos”. Todos reconocen el mérito de Crockett por la forma en que dirigió esta investigación hasta llegar a los esclavos que habían construido un puerto en el río cercano. “Descubrimos que nuestra comunidad data de 1740, mucho antes de lo que nos habían dicho”, afirma Zárate, actual coordinador del grupo que él organizó para que se concentrara en esta identidad recientemente descubierta. El grupo, que trabajará con la AAPKC en la encuesta, tiene su sede en el local de la escuela primaria de Emboscada, y varios maestros participan en sus actividades.

Los maestros y Zárate están entre los pocos afrodescendientes de Emboscada con acceso a educación superior. Para la mayoría de los hombres afrodescendientes allí, la única opción es la cantera, donde el trabajo es peligroso y la remuneración suele ser inferior al salario mínimo. Según José Carlos Medina, muchos mueren antes de los 40 años por afecciones respiratorias causadas por la inhalación del polvo grueso que se produce al romper las rocas. Según un reciente artículo publicado en el diario *ABC Digital* de Asunción, estas defunciones ascienden a entre ocho y 10 por año. El uso de dinamita lesiona el oído y causa accidentes graves y a veces mortales. Medina confía en que al tener una comunidad organizada se logrará que las autoridades municipales controlen el sitio, alentando la utilización de mascarillas y desalentando el tabaquismo; también, una mejor remuneración. “Si los pedreros formaran una cooperativa y compraran un vehículo”, agrega, “tendrían un ingreso de cuatro a cinco veces mayor que el actual”.

La AAPKC también estudiará a los afrodescendientes en Paraguari, situada a unos 60 kilómetros de Asunción en dirección opuesta, donde Susana Arce, maestra de escuela primaria, encabeza la Comisión Afro Americana Cambacaué. “Hemos estado aquí por 200 años”, afirma al referirse a las 50 familias de la comunidad. “Nuestros antepasados fueron esclavos de los jesuitas. Construyeron la casa de gobierno y terminaron la iglesia en 1862, un año antes de la abolición de la esclavitud”. Que los afroparaguayos locales desconozcan o no reconozcan sus raíces africanas es motivo de preocupación de Susana, quien abraza



Susana Arce.

grandes esperanzas con respecto al estudio. “Por medio del censo”, sostiene, “sabremos quiénes somos, cuántas familias tenemos en la comunidad, cómo se ganan la vida y en qué trabajan, cuántos niños están fuera de la escuela y cómo encarar este problema”.

Los trabajos de la investigación se iniciaron en julio de 2006 y deben concluir en julio de 2007. Los residentes de las tres comunidades terminaron el cuestionario y aprendieron a recolectar y sistematizar los datos. Las Organizaciones Mundo Afro, con sede en Montevideo, Uruguay, la Universidad Nacional de Asunción y la Dirección General de Estadística, Encuestas y Censos del Gobierno del Paraguay son socios de las tres comunidades. El resultado inmediato previsto es un perfil de cada comunidad que muestre la composición de la familia, la propiedad y las condiciones de la vivienda, el empleo, la educación, el bienestar físico, el uso de servicios de salud, la nutrición, el ingreso y la información demográfica sobre migración, raza e identidad. Aleya considera que la encuesta es vital. “Una de las experiencias más preocupantes que he tenido como voluntaria del Cuerpo de Paz fue oír decir a las autoridades que los afroparaguayos no existen”, afirma. “Los datos ayudarán a los afroparaguayos a entablar un diálogo con el gobierno sobre políticas y programas públicos y sobre el componente étnico en el censo nacional. La información socioeconómica precisa será la base para el desarrollo futuro”, afirma José Carlos Medina.

Sobre resultados del estudio, sírvase contactar con gboyer@iaf.gov.

Organizaciones Mundo Afro de Uruguay

Por Paula Durbin

Fotografías de Sebastian Aloat

En 1996, el Instituto Nacional de Estadísticas del Uruguay registró que el 5,9 por ciento de la población del país era de ascendencia africana. Hoy, la cifra está en 9,1 según la actual encuesta de hogares del mismo instituto. La diferencia parece ser consecuencia de un radical cambio de actitud. “La palabra ‘afrodescendiente’ ha entrado definitivamente en el vocabulario uruguayo”, dice Alexander Silver, coordinador de políticas sociales del donatario de la IAF Organizaciones Mundo Afro.

La ONG no se atribuye el mérito por la disposición de más afrouuguayos a identificarse a sí mismos como tales. Pero dado su énfasis en aumentar la visibilidad de los negros y su participación en la vida pública, bien podría haber una conexión. Nacida de la Asociación Cultural y Social del Uruguay (ACSU), Mundo Afro ha evolucionado desde sus inicios en 1988 como revista, para convertirse en una red reconocida en todo el mundo por su eficacia —a nivel de base y con el gobierno en todos los niveles— y su visión regional —avalada por el Instituto Superior de Formación Afro (ISFA) de la organización, un programa de entrenamiento en liderazgo que ha alcanzado a 155 socios en 10 países. Réplica es un término usado libremente al hablar sobre desarrollo, pero adquiere un significado real dados los nuevos afiliados de Mundo Afro en Rivera y Artigas, en la

frontera de Uruguay con Brasil. Desde el año 2000, la organización ha intensificado su promoción comunitaria llegando a los afrodescendientes de Asunción, Paraguay, y Santa Fe, Argentina.

El coordinador de ISFA, Orlando Rivero, se considera “una enciclopedia” en cuanto a las formas de la discriminación en su país. “Los afrodescendientes constituyen el 9,1 por ciento de la población uruguayo pero son el 90 por ciento de los pobres y solamente el 0,01 por ciento de los inscriptos en la universidad, cerca de 100 estudiantes de una población total de 60.000; y apenas están representados en las profesiones o los oficios. El requisito de presentar una foto con la solicitud de trabajo limita sus oportunidades de obtener empleo de oficina u otros que requieran contacto con el público. Queremos más información sobre el porcentaje de encarcelados, pero ya sabemos que la mayoría de los encausados afrouuguayos no puede costearse un abogado”.

La exhibición “Afrouuguayos y su historia”, en la sede de Mundo Afro de Montevideo es, según Rivero, “un remedio para las omisiones en el currículum educativo” que apenas menciona la presencia africana en Uruguay. Hasta la fecha, 20.000 escolares la han visitado. Allí, ellos aprenden sobre la llegada a Montevideo, en 1608, de “30 piezas” de carga africana. Si bien el Uruguay colonial no era una eco-



Personal de Mundo Afro en Montevideo: atrás, desde la izquierda, Miguel Pereira, Jeannine Vera, Alicia García, Luisa Casalet, Mario Silva; frente, Alexander Silver Correa, Orlando Rivero.



Juan Pedro Machado.

nomía de plantación, para 1808 tenía 40.000 negros. Trabajaban el cuero y el charque —tasajo exportado para alimentar a los esclavos en otros países— y como lavanderas y en otras tareas domésticas,

trabajos que todavía llevan a cabo. En 1842, Uruguay abolió la esclavitud y se convirtió en refugio para los fugitivos brasileños. Los afrodescendientes uruguayos se concentran hoy en Montevideo y a lo largo de la frontera brasileña.

Uno de los 20 miembros fundadores de Mundo Afro es Romero Rodríguez, a quien en 2006 el presidente Tabaré Vázquez nombró como uno de sus asesores. Según su esposa, Luisa Casalet, coordinadora del programa de Mundo Afro, Rodríguez pertenece a la generación formada por el idealismo de la década de 1960. Desde que fundó Mundo Afro, Rodríguez y otros han desarrollado estrategias calculadas para un máximo impacto, simbólico y sustantivo. En 1992, Mundo Afro aprovechó los preparativos para el quinto centenario del descubrimiento de América (el Día de la Raza) para programar una contra-celebración “del último día de libertad”, el 11 de octubre. Unas 10.000

personas participaron en el desfile, el cual ahora es un acontecimiento anual en Montevideo y otras ciudades. Entonces los líderes de Mundo Afro decidieron comenzar un diálogo con el municipio más grande del país, Montevideo, que representa al 50 por ciento de la población de Uruguay y una porción significativa del presupuesto del país para servicios sociales. Un resultado fue el préstamo de espacio para la sede de Mundo Afro, por 20 años.

En 1999, Mundo Afro confrontó en Ginebra a diplomáticos uruguayos en una sesión del Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial de las Naciones Unidas. Irónicamente, esto condujo al desarrollo de su aliado más fuerte dentro del gobierno uruguayo, el reputado Ministerio de Relaciones Exteriores. Para contradecir la versión oficial de las relaciones raciales en Uruguay, que omitía el componente afrodescendiente, Rodríguez y Juan Pedro Machado se presentaron con su propio “informe sombra” y se ofrecieron ellos mismos como ejemplos. Las recomendaciones del comité de la ONU al gobierno uruguayo incluyeron reconocer el racismo y suprimir la segregación en datos estadísticos por raza, y el gobierno ha cumplido. “Eso nos conectó con el Instituto de Estadística”, dice Machado, “el cual siempre había tenido una excusa para no incluir la

*"La mama vieja" por la artista
Mary Porto Casas, abajo.*

raza y la pertenencia étnica en sus encuestas. Ahora, el presupuesto para el censo nacional de 2010 permite su incorporación". El Ministerio de Relaciones Exteriores incluyó a Mundo Afro en la delegación a la *Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia*, de 2001 en Durban, y la ONG estuvo representada en forma destacada en intercambios posteriores.



Mundo Afro es no-partidista, subrayan sus miembros. Durante la campaña presidencial de 2004, la meta de Mundo Afro fue negociar "inserciones" en la nueva administración. Los resultados incluyeron un puesto para Machado en el Ministerio de Educación y Cultura y el nombramiento de otros 13 afrouruguayos en cargos ministeriales, incluyendo la Secretaría de las Mujeres Afrodescendientes —oficina del Instituto para la Mujer del Ministerio de Desarrollo Social creada por insistencia de Mundo Afro. Los funcionarios sostienen reuniones regulares sobre prioridades tales como presupuesto, un programa de acción afirmativa y una entidad gubernamental que coordine esfuerzos por los afrodescendientes. Mundo Afro ha identificado preocupaciones a ser encaradas dentro de cada ministerio: VIH/SIDA y anemia celular falciforme, por ejemplo, encabezan la lista de asuntos que tratará el Ministerio de Salud Pública. "Intentamos determinar la mejor forma de conexión con el ministerio y de ir con un paquete", dice Machado. "El ministerio de Economía es el 'disco duro' del gobierno, pero hemos contactado con todos los ministerios".

Todo esto conforma "un cambio político cualitativo", explica Luisa Casalet, "Mundo Afro pasó de trabajar con la sociedad civil a trabajar con el gobierno". Y pone el caso de Alicia García que recientemente se mudó a un edificio de apartamentos de 36 unidades, remozado gracias a las negociaciones de 1998 de Mundo Afro con el gobierno uruguayo, que financió la reparación del inmueble donado por la ciudad de Montevideo. Los futuros ocupantes contribuyeron su tiempo y mano de obra. Los nuevos hogares, dice Machado, son un primer paso para pensar a las 500 familias, en su mayoría encabezadas



por mujeres solteras, desplazadas en la década de 1970 de los conventillos o casas de inquilinato cuando el gobierno militar de Uruguay declaró que las viviendas eran deficientes, destruyó los edificios y trasladó a los residentes a depósitos y fábricas abandonados, donde las condiciones eran mucho peores.

Alicia, quien dirige las gestiones de Mundo Afro en asuntos de género y etnia, trabaja con el Sindicato de Empleadas Domésticas Afrodescendientes (SEDA) que representa al 42 por ciento de las mujeres afrouruguayas en el servicio doméstico. La mayoría gana lo que el patrón desea pagar, sin importar las leyes sobre salarios y horas de trabajo que estén en los libros, y esto es parte del "paquete" dirigido al Ministerio de Trabajo. Alicia es bailarina y también participa en programas de candombe de Mundo Afro, la tradición de raíces africanas que se celebra entre diciembre y marzo. Auspiciada por la Fédération Regales de Musiciens Français, ella y el maestro tamborilero Sergio Ortuño, cuya comparsa encabeza el desfile de Carnaval de Montevideo a invitación del municipio,

forman parte de un grupo que recientemente recorrió escuelas y centros musicales de Francia. A partir de su regreso, hacen demostraciones de candombe en escuelas locales.

“El tambor es nuestra principal herramienta, el símbolo de la comunidad negra en Uruguay”, explica Miguel Pereira, director de Mundo Afro. “Es la herencia de los esclavos y representa su comunidad y resistencia. La fabricación de tambores significa cooperación en el lugar de trabajo, identidad cultural y cohesión de grupo”. Juan Carlos Rodríguez es el maestro artesano que enseña en Mundo Afro. Pereira confía que los niños de sus talleres no sólo harán sus propios tambores sino también otros para vender en Uruguay y el exterior.

Mary Porto Casas coordina una cooperativa artesanal organizada hace un año que funciona en la sede de Mundo Afro, en Montevideo. Con su donación de la IAF, Mundo Afro ofrece capacitación a artesanas que reciclan basura y la convierten en joyería, tarjetas postales, pinturas al óleo, velas, figuras de yeso, artículos en crochet, cuero y piel y que ahora quieren comenzar microempresas. Ellas desean vender sus mercancías a los pasajeros que visitan Montevideo cuando los cruceros atracan.

Que las artesanías produzcan un desarrollo microempresarial es fundamental para el trabajo de base de Mundo Afro con sus afiliados y en Paraguay, donde la capacitación en fabricación de tambores para 20 jóvenes afroparaguayos catalizó el enlace de la Asociación Afroparaguaya Kamba Cua (AAPKC) con Emboscada y Paraguarí. “Esto es trabajo positivo, una compromiso que se ha transformado en acción,” señala Pereira. “Debemos consolidar los movimientos de afrodescendientes en todas partes como el medio para avanzar”.



Milton Gómez y María del Carmen Saldivia hacen demostración de candombe para escolares.

Más allá de Montevideo

Mundo Afro Rivera

Rivera, a siete horas en ómnibus de Montevideo, como la zona franca que la rodea, se extiende entre Uruguay y Brasil. Al frente del programa de Mundo Afro en el lado uruguayo está Adán Parreño, un veterano con 26 años en la fuerza policial, quien atribuye su activismo al tratamiento desigual que ha experimentado desde su niñez. “Sabía que debía haber otros preocupados por esto,” afirma. Sobre su escritorio, un recorte de prensa reciente recuerda un incidente en el que estuvo envuelta la legendaria cantante afrouruguayana Lágrima Ríos, la “perla negra del tango” y presidenta honoraria de Mundo Afro. Cuando la delegación de la que era parte visitó una embajada uruguayana en Europa, se le pidió a Ríos que usara la puerta de servicio.

Parreño instituyó un programa de deportes, Driblando la Violencia, que consiste en tres meses de entrenamiento y juegos para 200 jóvenes de entre 12

y 18 años que de otra manera podrían sucumbir a la delincuencia y las drogas. La mayoría proviene de hogares encabezados por madres solteras. Algunos viven en la calle para evitar la violencia de sus hogares o barrios. “Ninguna institución quiere trabajar en esta área”, explica Parreño. El acontecimiento final en el programa es una celebración con premios, financiada por empresas locales y premios donados por el municipio. “Lo ideal sería ofrecer este programa todo el año”, agrega.

Mundo Afro Rivera también patrocina una escuela de candombe en donde los estudiantes aprenden a hacer tambores a mano y a tocarlos utilizando la técnica local. Gracias a la escuela, Rivera tiene una comparsa y bailarines. “El sonido está muy bien trabajado; la gente piensa que hay más tambores que los que tenemos”, añade Parreño. Cuando *Desarrollo de Base* estuvo de visita, la comparsa presentó una tradición musical que se remonta a la esclavitud en la Escuela Santa Isabel. Bailando en el papel del joven escobero que hace girar el bastón estaba Fabián Borges. María del Carmen Saldivia era la mama vieja, que aleja a los malos espíritus, y Milton Gómez la acompañaba como el gramillero, el esclavo preferido, engalanado con las finas prendas del amo. “Queríamos vivir nuestra herencia como afrodescendientes; todo lo que necesitábamos era alguien que nos enseñara”, asegura

Gómez. “Desde que tomé el curso de Mundo Afro, hace dos años, he bailado de gramillero”.

Para Adán Parreño exponer esta tradición es importante. Él espera que Mundo Afro Rivera pueda autofinanciarse, aprovechando su ubicación en una zona franca. La idea de proporcionar a los turistas una experiencia de la etnicidad afrouruguaya ha sido bien recibida por el Ministerio de Turismo. “Estamos permanentemente tratando con las autoridades, siguiendo el ejemplo de Montevideo”, afirma.

Centro Cultural Zumbi dos Palmares

A unas pocas cuadras, Enilda Cruz Martins, maestra, dirige el Centro Cultural Zumbi dos Palmares, denominado así por el legendario quilombo que por décadas prosperó en el nordeste brasileño antes de que las autoridades capturaran a los residentes o los forzaran a huir. “Yo quiero que mi gente negra tenga un lugar mejor en este país”, dice ella refiriéndose al Brasil. “He sido una activista por 30 años”, agrega Cruz Martins. “Vengo de una familia con 17 hijos. Mi madre era cocinera y yo su ayudante. Yo experimenté la discriminación por primera vez a la edad 10 años, en la iglesia donde me ofrecí como voluntaria. Un día, el sacerdote me dijo que me fuera porque estaba esperando a visitantes blancos adinerados y ellos no querían ver a una negrita haciendo la limpieza”. Hoy, añade, su obispo es negro.

Criada en la cultura afrobrasileña, Cruz Martins cultiva un exuberante jardín para obtener los tradicionales remedios africanos. Palmares ha trabajado con Mundo Afro desde 1994. La relación se ha intensificado desde 2003, con el proyecto de Mundo Afro financiado por la IAF para iniciar microempresas y enseñar a afrodescendientes a trabajar en temas relativos a género, salud y educación. Además de su esfuerzo para mantener a los niños fuera de las calles, Palmares ayuda a madres solteras a desarrollar una fuente de ingresos mediante clases de computación, artesanías en base al reciclado de botellas y periódicos, y cerámica. Una enmienda de la donación de la IAF de 2005 a Mundo Afro financiará la publicación del libro de Cruz Martins sobre la historia y cultura de los afrobrasileños.



Enilda Cruz Martins.



Mónica Gómez y Luisa Casalet, con autoridades de Artigas.

Mundo Afro Artigas

Un contacto inicial con Adán Parreño, un programa de concientización en las escuelas y una marcha el 11 de octubre de 2004 que congregó a 5.000 personas condujeron a la fundación de Mundo Afro en Artigas. Previamente, el grupo impresionó a toda la población cuando organizó un seminario que atrajo no sólo la ayuda del Ministerio del Interior del Uruguay, sino la participación del ministro. “Nadie pensó que él vendría y eso llamó la atención”, afirma Mónica Gómez, coordinadora local. Durante la más reciente campaña electoral municipal, Mundo Afro Artigas invitó a todos los candidatos a una reunión; todos prometieron trabajar con la organización. Julio Silveira, el triunfador, cumplió sus promesas, las cuales incluían el préstamo de La Casona, una atractiva casa que pertenece al municipio y que está ubicada en su bien mantenido parque, por un período de cinco años, renovable, y oportunidades para que Mundo Afro capacite a empleados municipales y a la policía. “Él está en todos nuestros actos, o su representante”, destaca Mónica. “Esta es una ciudad pequeña. Lo vemos a diario”.

“Éstas son personas de nuestra comunidad, a quienes conocemos y en quienes confiamos” aclara el funcionario municipal Blas Abel Mello. “Ellos contribuyen culturalmente a nuestra sociedad, y también a encarar una necesidad social en un área de bajos ingresos. Los objetivos de Mundo Afro coinciden con los nuestros”. Abel se refería a los programas de Mundo Afro para que los jóvenes



Mónica Gómez y Gustavo García de Mundo Afro, frente a La Casona.

aprendan a fabricar tambores con el objetivo de venderlos en los negocios de la zona franca de Artigas, y a la capoeira. Clases en este arte marcial afrobrasileño, ofrecidas por el *mestre cabeça* Jorge Barrientos —quien enseña los movimientos acompañado de tambores, versos y música del birimbao— atraen a 30 estudiantes, muchos de ellos considerados en situación de riesgo. “Un medio de autodefensa y una forma de expresión que desarrolla confianza en sí mismo y autodisciplina,” es como Barrientos describe al entrenamiento.

Desarrollo de Base estuvo presente cuando Mónica habló a las autoridades municipales sobre el trabajo de Mundo Afro con 30 mujeres artesanas, en

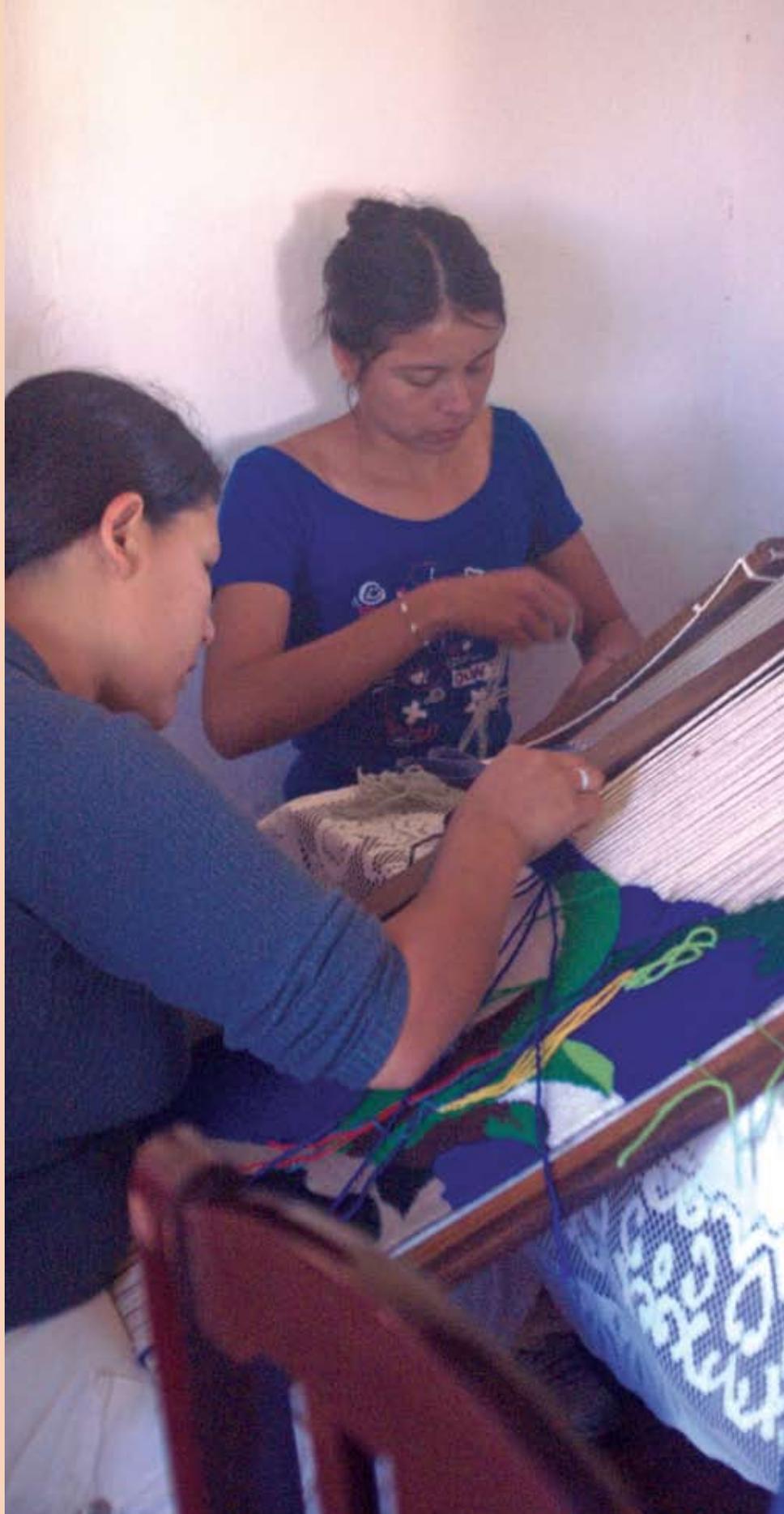
su mayoría madres solteras que viven de la asistencia del gobierno y están aprendiendo a tejer tapices. La sobrina de Mónica, María del Rosario Ferreira, una graduada del excelente instituto de artesanías desarrollado por la Unión Europea en Artigas, les enseña en grupos de ocho, en la casa de un vecino, mientras los niños juegan afuera o están con ellas. “Tres veces a la semana estudian textiles

de lana y dos veces a la semana lectura y escritura”, explica Ferreira. “Ahora todas pueden escribir su nombre. Están siempre a tiempo y nunca faltan”.

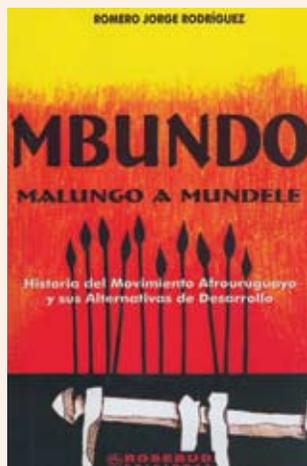
Antes de que Mónica Gómez saliera de la Intendencia de la ciudad, las autoridades le ofrecieron un espacio para la primera exhibición de las artesanas. ✨



María del Rosario Ferreira.



Artesanas aprendiendo.



Mbundo Malungo a Mundele: Historia del Movimiento Afrouruguayo y sus Alternativas de Desarrollo

Por Romero Jorge Rodríguez

Rosebud Ediciones:
Montevideo, 2006

Disponible en español

Este libro de Romero Jorge Rodríguez cuenta la compleja y sugestiva historia de los afrouruguayos desde la llegada de sus antepasados a Montevideo en 1608. Organizado en capítulos breves, es una referencia excelente sobre acontecimientos específicos y ofrece una visión enciclopédica de la experiencia afrouruguayaya. Movimientos sociopolíticos, revistas, instituciones educativas y tradiciones culturales de los negros son todos expuestos en esta publicación, arrojando luz sobre muchos líderes no reconocidos y su importante papel en su comunidad.

Un análisis muy breve de la historia africana enmarca la discusión más amplia. Rodríguez encara su material como un académico apasionado de la historia afrouruguayaya y un participante activo en sus episodios más contemporáneos. A pesar de esta directa participación, el autor presenta una perspectiva equilibrada, ocasionalmente crítica de las luchas internas afrouruguayas con la cuestión de clase, que dio surgimiento, por ejemplo, a las distinciones en la comunidad negra entre el estatus de un respetable “negro usted” versus un decididamente desafortunado “negro ché”, planteadas recientemente en una documental argentina. [Nota de la editora: ver el artículo de Miriam Gomes en la página 66].

Si bien el libro está cargado de referencias históricas y culturales, la mayor parte del texto se centra en los movimientos políticos afrouruguayos. Según Rodríguez, éstos comenzaron en 1872 con el Movimiento Negro Uruguayo, el cual fue seguido por varias olas de candidaturas políticas y la fundación de la Casa de la Raza, un centro cultural que se concentraba en las importantes contribuciones de descendientes

africanos en Uruguay. A fines de la década de 1940, el Círculo de Intelectuales Artistas y Periodistas Negros (CIAPEN) surgió para promover los medios de difusión y la expresión cultural afrouruguayos. Varias de estas estructuras han desaparecido, pero fueron clave en su momento para consolidar la idea de una identidad afrouruguayaya y sirvieron como cimiento de muchos avances políticos significativos alcanzados en años recientes.

Los últimos capítulos del libro están dedicados a la situación contemporánea de los afrouruguayos, incluyendo la fundación de Mundo Afro, en 1989, que expuso ante el mundo las brechas socioeconómicas y la discriminación en Uruguay. El proceso de documentar las desigualdades socioeconómicas en el país ha contribuido enormemente al desarrollo de políticas que encaren estas inequidades, y ha producido un creciente interés en la historia y cultura afrouruguayas. Los apéndices incluyen más detalles sobre los avances políticos, raza y logros en el sistema educativo, y programas comunitarios específicos. Aunque frecuentemente el autor Romero Rodríguez ha estado y sigue estando en el centro de la acción, él resta importancia a su propio significativo papel y atribuye los logros descritos a los grupos contemporáneos de la sociedad civil así como a una larga historia de activismo afrouruguayo, la cual comenzó hace siglos. —*Judith Morrison, directora regional de la IAF para América del Sur y el Caribe*



Romero Jorge Rodríguez.

Cortés: Diálogo Interamericano



Rosemarie Moreken

Epsy Campbell: compasión con pasión

Por Darío Elías

Epsy Campbell de
Costa Rica.

Una doble marginación, como afrodescendiente y como mujer, define el marco en que Epsy Campbell trabaja por los derechos humanos. Economista de profesión, política por vocación y madre de dos niñas, Epsy fue diputada nacional y es presidenta del partido Acción Ciudadana. Para dimensionar esto, considere las probabilidades: “soy una de las poquísimas mujeres afrodescendientes que están dentro de la estructura de poder en América Latina, donde hoy hay 11 diputadas y senadoras; y menos de 70 diputados negros, hombres y mujeres, de entre 4.200”.

Su lucha por la igualdad empezó cuando ya de niña cuestionaba en el hogar la diferenciación de tareas y responsabilidades por género entre sus hermanos y hermanas. Como joven activista Epsy no estuvo muy interesada en incursionar en la política formal, ya que la consideraba un campo de confrontaciones que implicaba mucho desgaste. Pero en el nuevo partido Acción Ciudadana vio la oportunidad de un foro que le fue muy receptivo. “Entré a la política decidida a hacer cambios y convencida de que eran posibles”. De acuerdo con Epsy, su partido se inscribe en la Nueva Política: “hay paridad de género en todos los órganos de decisión, todas las papeletas de elección intercalan hombres y mujeres; la protección del ambiente es parte de la agenda estructural; está prohibido prometer en campaña política; y no podemos desperdiciar bienes públicos de ningún tipo”.

Su buena receptividad, se percató, trascendía el partido: “siempre había pensado que Costa Rica era una sociedad lo suficientemente racista como para no dar espacios a una mujer como yo; pero el país me ha sorprendido. Los políticos y la elite académica a veces tienen muchos más prejuicios que la gente de a pie”. Su incursión en la política la catapultó a la presidencia de su partido y a la Cámara de Diputados, donde se distinguió como la “mejor legisladora” de acuerdo con sus colegas y encuestas de opinión. En 2006 casi llegó a la Vicepresidencia de su país, al perder por un

escasísimo margen. Ella podría descansar sobre sus laureles, pero insiste en que su lucha no ha concluido y que queda mucho por hacer.

“La historia ha olvidado que el peor holocausto que ha vivido la humanidad es el tráfico trasatlántico de personas africanas. Millones que fueron tratados como animales; millones a quienes se les quitó absolutamente todo, y que aún así, sacando fuerzas no sé de dónde, lograron ser parte de su propia liberación, y se liberaron 200 años después”. Pero las desigualdades persisten, sostiene: “en muchos lugares nacer negro es nacer pobre, y los niños negros nacen con la certeza casi fatal de llegar a la cárcel en lugar de terminar la escuela. No es sino hasta el año 2000 que la Conferencia de las Américas contra el Racismo y la Discriminación Racial reconoce que somos 150 millones, la mayoría de los cuales estamos en exclusión total, y en esa conferencia obtuvimos compromisos de los gobiernos, producto de un esfuerzo realmente inmenso, de décadas de lucha por los derechos civiles y los derechos humanos de los pueblos afrodescendientes”.

Epsy sostiene que el 2000 fue un año clave. Fue entonces cuando ella inició su tarea de coordinación por cinco años de la Red de Mujeres Afrocaribeñas y Afrolatinoamericanas, vinculando más de 200 organizaciones con el objetivo de insertar a la mujer afrodescendiente en la temática internacional. Ese mismo año emergió en Costa Rica la Alianza de Líderes Afrodescendientes de las Américas, y en 2003 se inició de un proceso encarado por diputados negros de la región para crear el Parlamento Negro de las Américas, concretado en 2005, y que, explica, desencadenó otras iniciativas para coordinar a los legisladores negros del continente. Una preocupación compartida es la asombrosa ausencia de certificados de nacimiento entre indígenas y afrodescendientes: “los niños y niñas que no son inscriptos al nacer no tienen identidad legal, y entonces les son negados todos los derechos

ciudadanos. Así que en el Parlamento Negro de las Américas consideramos que el registro de nacimientos es una reivindicación básica”.

Epsy piensa que los logros en la lucha por la igualdad podrían afianzarse y crecer si aquellos en el poder coordinan con las bases la adopción de una agenda de inclusión social. “Yo creo que si hablamos de un cambio en la política del siglo XXI, es que las organizaciones de base ya no pueden estar aisladas de la organización política. Las organizaciones de base deben convertirse en una prioridad para los partidos políticos. La nueva dinámica exige un diálogo, estructurado e institucionalizado. Los tomadores de decisiones deben reunirse con los representantes de las organizaciones de base para definir prioridades. ¿Quiénes conocen mejor las necesidades de la comunidad? Hay organizaciones que son parte de la comunidad y trabajan cada día como interlocutores. La construcción del orden del día se hace con la gente de a pie que está ahí en la comunidad resolviendo el problema de escuela, de salud, de empleo, de producción, de hambre”. Epsy sigue creyendo en los partidos políticos a los que considera “la instancia por excelencia para asumir el poder político”. No obstante, subraya una y otra vez que la agenda está en los programas de las organizaciones de base y los movimientos sociales y que sus representantes pueden establecerla sin pasar por los partidos políticos. Un valor agregado de este enfoque sería, en su criterio, la eliminación, en gran medida, del clientelismo político tradicional y sus privilegiados.

La responsabilidad social de las empresas tiene un papel en su visión de un mundo más equitativo: “los líderes empresariales del siglo XXI entienden que sus propias prioridades deben abarcar la inclusión de los que tienen menos. La desigualdad social es algo insostenible en el tiempo, en Latinoamérica; no podemos seguir concentrando la riqueza en unos pocos y dejando que los otros estén en la ley de la selva. Darle lugar a quien tiene que tener lugar es también la única forma de erradicar la corrupción galopante que tenemos en los países de América Latina. Yo veo que ese es el cambio político sustantivo”.

Y todo vuelve a las bases, parece implicar: “si las organizaciones y los líderes de base no asumen responsabilidades ni implementan los mecanismos de rendición de cuentas, de transparencia y de eficiencia que reclaman los ciudadanos y ciudadanas, realmente no estamos construyendo democracia”.

Consultada sobre cuáles consideraba sus principales aportes, Epsy pasó por alto toda consideración sobre fórmulas, metodologías o componentes tangibles de su labor social: “yo pienso que mi contribución es el tipo de liderazgo que impulso. Estoy convencida de que esto no solo tiene que ver con la razón sino con el corazón. Cuando entro a luchar pienso en la gente, y lo hago porque tengo todavía un corazón al que le duele mirar a quienes que nada tienen. Pienso que ahí es donde está mi aporte cualitativo. Cuando digo que soy economista de profesión es solo para decir que tengo una herramienta para aportar en términos de contenido; pero tengo también un compromiso social de colectivo histórico. Una siempre podría estar en mejores lugares si tuviera una agenda individualista, pero yo opto por una agenda colectiva. No se puede transformar sin otra gente. La mía es una vida que debe ser dedicada a la transformación social. También creo que mi aporte es ponerle a esto mucha alegría, muchas ganas y mucho optimismo. Y motivar a la gente”.

Epsy recuerda emocionada cuando una mujer peruana le hizo llegar un mensaje diciéndole que la había escuchado en una entrevista y que eso la había inspirado. “Yo pienso que inspirar a alguien es algo impresionante. A mí, mucha gente me ha inspirado y nunca aspiré a inspirar a ninguna persona. Pero creo que tanto en mi país como fuera mucha gente se sorprende de que una mujer negra, que parece mucho más joven de lo que por cierto es, pueda hacer tantas cosas, con seguridad, sin pedir permiso, sin tratar de hacer daño a nadie, pero estando convencidísima de que hay que caminar hacia adelante. Yo pienso que mi aporte tiene que ver con mi pasión, con no quedarme tranquila nunca. El día que descanse de esta lucha por la inclusión será el día que me muera. Antes trataré de utilizar lo mejor de mis energías, llevando a la par a mis hijas, a mi familia, a la gente que me quiere, y consiguiendo mucha más gente en el camino, porque esto no se puede hacer sola. Y pienso que esto es también un aporte: entender que no estamos solos; somos muchos y tenemos que convertirnos en un equipo para que en 50 años podamos mirar atrás y decir: ¡que bueno que hicimos lo que teníamos la responsabilidad de hacer!”

Darío Elías, periodista profesional, tiene a su cargo las traducciones de la IAF.

Un camino en el bosque: gestión forestal comunitaria en México

Por David Bray

Una mañana temprano, mientras disfrutaba del desayuno bajo la frondosa sombra del famoso y encantador Zócalo de Oaxaca, la plaza de la ciudad, no tenía idea alguna de que Sergio Madrid y Fernando Melo estaban a punto de cambiar mi vida profesional. Sergio y Fernando, dirigentes de ONG oaxaqueñas, me ponían al tanto de su trabajo con las comunidades forestales de la Sierra Norte, cuyas laderas profundamente onduladas y arboladas se alzaban abruptamente un poco al norte de la ciudad. Acababa de iniciar mi carrera como representante de la IAF en México, después de tres años en el Cono Sur donde había podido aprovechar sorprendentemente bien mi doctorado en antropología en la financiación

de cooperativas rurales e indígenas en Paraguay y otros países. Pero sabía poco sobre bosques y silvicultura comunitaria. Mientras Sergio y Fernando hablaban, comencé a entender vagamente lo que sucedía allá arriba en esos montes. Quince años más tarde, mi entendimiento aún puede ser bastante vago, pero no por falta de esfuerzo.

Después del desayuno, nos dirigimos a las frías alturas de los bosques de pino y roble de la Sierra, para visitar una serie de aldeas indígenas zapotecas. Primero visitamos una pequeña comunidad de nombre importante, San Mateo Capulálpam de Méndez, que con el tiempo adquiriría una reputación importante por su buena ordenación forestal. Sergio



Mark Caicedo

Operación maderera comunitaria en Quintana Roo.

había estado trabajando con Capulálpam durante 10 años, primero como estudiante que asesoraba a las rebeldes comunidades forestales que se movilizaban contra las concesiones madereras otorgadas por el gobierno en sus tierras, y más adelante como cofundador, junto con su compañero activista estudiantil Francisco Chapela, de Estudios Rurales y Asesoría (ERA), una de las primeras ONG forestales de México. La ERA también había trabajado con varias otras comunidades indígenas que se encontraban a lo largo del mismo camino, además de la aldea chinanteca más distante de Santiago Comaltepec, en dirección a los bosques nubosos empapados de lluvia de la parte oriental de la Sierra Juárez.

A pesar de mis escasos conocimientos de silvicultura comunitaria, de alguna manera sabía lo suficiente como para sorprenderme de lo que estaba viendo. Estas comunidades estaban verdaderamente organizadas. Sus líderes caminaban con paso firme, extrayendo madera de tierras que eran propiedad de todos los residentes legales de la comunidad, en conformidad con planes de administración cuidadosamente formulados que se ajustaban a las leyes forestales mexicanas, y dirigiendo empresas comunitarias, integradas verticalmente desde el tocón hasta el aserradero y el taller de fabricación de muebles. Como antropólogo había leído sobre el modo en que los pequeños agricultores de América Latina estaban siendo pulverizados económica y culturalmente por fuerzas más allá de su control, sus breves instantes de desafío generalmente seguidos de derrotas ennoblecedoras. Estas comunidades no eran así en absoluto. Descender de esas comunidades forestales quizá no haya sido una experiencia del nivel de un “camino de Damasco”, pero aún así se apoderó de mí una nueva visión para la cartera de donaciones de la IAF y mis propios intereses profesionales.

Comenzando con Sergio y luego consultando a las redes de nuestros donatarios en México, empecé a preguntar sobre estas comunidades que parecían estar haciendo cosas bastante extraordinarias. Eran fines de la década de 1980 y la atención de los medios de difusión a la deforestación tropical se estaba intensificando. Chico Mendes, líder sindical brasileño convertido en héroe del medio ambiente, había sido asesinado en 1988, y la “quemada del Amazonas” dominaba los titulares. Las comunidades forestales de todo el mundo eran presentadas como si estuvieran involucradas en actos desesperados de

resistencia a la explotación forestal, o impulsadas por la pobreza a destruir su propia base de recursos. Pero no había relatos de sobre las comunidades que lenta y dolorosamente hacían importantes avances hacia la integración de la conservación y el desarrollo en bosques de su propiedad. Una pregunta importante era: “¿hay más de estas comunidades en México o sucede esto solo en Oaxaca?” La respuesta de voces múltiples fue: “sucede en Quintana Roo, en Guerrero, en Michoacán, en Durango, en todo México”.

Fascinado, visité más comunidades. Descubrí, para mi asombro, que no había casi nada publicado ni en español ni en inglés sobre la ordenación forestal comunitaria en México. Comencé a llenar archivadores con “literatura gris”: informes internos, documentos técnicos, manuscritos no publicados y notas periodísticas. Con la aprobación de mis supervisores de la IAF expresada en documentos anuales de estrategia, comencé a llenar la cartera de donaciones con proyectos de silvicultura comunitaria.

¿Por qué?

También comencé a entrevistar a dirigentes comunitarios, a menudo mientras transitaba por caminos madereros llenos de baches en la profundidad del bosque, y logré desenmarañar parte de la historia y las actuales dificultades del sector. Mi artículo titulado “The Struggle for the Forest: Conservation and Development in the Sierra Juárez” (la lucha por el bosque: conservación y desarrollo en la Sierra Juárez) apareció en la publicación *Desarrollo de Base* en 1991, el primer artículo publicado sobre el tema en inglés o español, como pude confirmar después de 15 años de revisión bibliográfica minuciosa. Al artículo lo siguió una sucesión continua de tesis de maestría, disertaciones doctorales y obras académicas elaboradas por una variedad de estudiosos mexicanos y estadounidenses. Esta ola de interés alcanzó su cenit con la publicación de la obra *La experiencia de las comunidades forestales en México* (University of Texas Press: 2005), revisada por mí y mis colegas, una invitación a Pekín en septiembre de 2006 para informar a los funcionarios chinos sobre la silvicultura comunitaria en México, y una ponencia en el Banco Mundial el pasado noviembre.

¿Qué es exactamente en la silvicultura comunitaria mexicana lo tan significativo que atrae la atención mundial? En pocas palabras, es esto: la mayoría de los bosques en el mundo en desarrollo pertenece a los gobiernos, el 98 por ciento de los de la India, por



Un residente de Corales, Guerrero, mide el volumen de troncos para la venta.

ejemplo. Eso significa que las comunidades forestales no tienen derecho a los productos de los bosques que han habitado durante milenios. Se ven excluidas por completo o limitadas a buscar y recolectar productos no madereros de poco valor, y luchan constantemente con los guardabosques y las burocracias. Los gobiernos corruptos se quedan con la mayor parte del valor de los bosques. La deforestación, la pobreza y el conflicto social son el resultado. Para justificar esta dura realidad, generalmente se sostiene que las comunidades locales no tienen la capacidad para administrar los bosques, y menos en relación con una operación industrial compleja como es la producción de madera. Pero en México, gracias a la revolución mexicana de 1911-1918, un gran porcentaje de territorio boscoso fue otorgado a las comunidades, casi como idea de último momento, como anexo a las tierras agrícolas. Las comunidades mexicanas lucharon por obtener el control efectivo de sus bosques, ya que el gobierno, en virtud de la constitución, aún afirmaba su derecho de otorgar concesiones madereras, dejando a las comunidades con solo un aporte por derecho de usufructo, perdido en cuentas gubernamentales de difícil acceso. Pero mediante una combinación de activismo y la sensibilidad de ciertos burócratas forestales ante esta situación, en la década de 1970 las comunidades

mexicanas comenzaron a demostrar que a pesar de la pobreza y los bajos niveles educativos sus residentes podían aprender a producir y vender madera, generar ingresos y, según pudo comprobarse más adelante, detener la deforestación.

Mi artículo de 1991 trataba sobre un tema perenne en la controversia sobre el destino de los bosques en el mundo en desarrollo: ¿pueden los bosques explotarse y conservarse al mismo tiempo? ¿O acaso todo uso más allá de la investigación científica y la recreación controlada deriva en la degradación porque los seres humanos simplemente no son de fiar? En ese caso, solo la protección estricta de los “parques” o núcleos de “reservas de biosfera” preserva los bosques y su biodiversidad. Pero, ¿y si fuera posible talar árboles, avanzar el bienestar humano y al mismo tiempo mantener la biodiversidad y otros valores medioambientales? Para encontrar un camino por el bosque de esta controversia, en mi artículo de 1991 me concentré en la comunidad chinanteca de Santiago Comaltepec y el surgimiento de una organización intercomunitaria, la Unión Zapoteco-Chinanteca (UZACHI).

Un camino en el bosque

Entre fines de la década de 1980 y principios de la de 1990, Santiago Comaltepec era un recóndito campo

de batalla en la guerra por el uso de la tierra entre la conservación y el desarrollo. Asesores externos trataban de ganar la cooperación de Comaltepec para la creación de una reserva de biosfera con sus bosques nubosos ricos en especies, que limitaría drásticamente las actividades de extracción. La ERA, por su parte, apoyaba la explotación de los bosques de pino de Comaltepec para abastecer un aserradero comunitario en conformidad con planes aprobados por el gobierno. Las discusiones comunitarias sobre las reservas y la explotación forestal se vieron envueltas en la política municipal, y cuando apareció el artículo en abril de 1991, el aserradero acababa de reabrirse tras permanecer cerrado durante todo un año debido a los conflictos. El artículo menciona la fundación, en 1989, de la UZACHI, compuesta de cuatro comunidades zapotecas y una chinanteca. Para agosto de 1990, en un acontecimiento que marcaría la maduración del capital humano de las comunidades, Jesús Hernández, flamante guardabosques que había crecido trabajando en brigadas forestales en Xiacuí, una de esas comunidades, se convertiría en el primer indígena en ser nombrado director forestal, un puesto técnico clave encargado de la administración forestal.

Desde 1991, he seguido mi camino, al igual que la silvicultura comunitaria mexicana. Me retiré de la IAF en 1997 para reiniciar mi carrera universitaria como director del departamento de estudios medioambientales de la Universidad Internacional de Florida en Miami. Para 1999–2000, había obtenido financiación de la Fundación Hewlett y la Fundación Ford para una serie de proyectos de investigación en silvicultura comunitaria mexicana. Además, una nueva generación de investigadores, algunos de ellos inspirados por el artículo de 1991, había comenzado a estudiar el tema en forma más sistemática. Entre tanto, la discusión sobre cómo preservar los bosques del mundo se volvió más apasionada sin esclarecer mucho el tema, y decidí comenzar a poner a prueba lo que denominé la “hipótesis del bosque comunitario”. Los partidarios de la silvicultura comunitaria habían sostenido por muchos años que delegar el control de los bosques a las comunidades que de ellos dependían para su sustento era la mejor manera de prevenir la deforestación. Los partidarios de los parques insistían principalmente en lo que el antropólogo Dan Brockington denomina un modelo de conservación tipo “fortaleza” por el cual no se permite el paso a la gente local, y al mismo tiempo trataban de compensar en forma espasmódica con “proyectos integrados de conservación y desarrollo”, a menudo mal concebidos, que trataban de fomentar proyectos de pequeña escala con conciencia

ambiental en los límites del parque. Hasta los últimos años, el objetivo de la mayor parte de las investigaciones ha sido argüir en favor de la eficacia de los parques. Sin embargo, estudios recientes de la gestión maderera comunitaria, un área en la que México es el líder mundial indiscutido, brindan una base firme para la hipótesis de la silvicultura comunitaria. Al mismo tiempo, una nueva generación de dirigentes está surgiendo de las mismas comunidades, asegurándose así la sostenibilidad del sector en México, y dirigentes comunitarios y de ONG de primera generación ocupan ahora cargos de influencia en el gobierno y la sociedad civil.

Un poco de historia

Durante mi ausencia de la IAF por licencia en 1993-1994, aproveché una beca Fulbright para estudiar política forestal en Oaxaca y averiguar cómo un sector tan grande e importante había surgido en México. Como mencioné anteriormente, la revolución mexicana dio lugar a la distribución, con altibajos, de porciones grandes de tierras privadas y públicas a pequeños agricultores. Al avanzar el siglo, casi en forma accidental durante ese proceso, también se distribuyeron los bosques por medio de concesiones colectivas de tierras denominadas “ejidos” o, si se otorgaban en virtud de reclamaciones indígenas, “comunidades”. Sin embargo, la constitución mexicana permitió que el gobierno siguiera ejerciendo derechos de usufructo. Por consiguiente, en especial entre 1940 y 1976, México, como muchos países en desarrollo, otorgó concesiones madereras a empresas privadas y paraestatales, dejando a las comunidades solo el antemencionado pago por derecho.

Sin embargo, la revolución mexicana había creado una convincente visión alternativa de comunidades que tuvieran no solamente tierras agrícolas sino también sus propios bosques. Para las décadas de 1960 y 1970, las comunidades comenzaron a protestar el hecho de no tener el control de los bosques, y algunos guardabosques sensibles a su situación, con capacitación universitaria, comenzaron a infiltrar las filas de la Subsecretaría Forestal del gobierno. De 1974 a 1986, estos reformadores se unieron a las comunidades movilizadas en contra de las concesiones y a favor de establecer sus propias empresas forestales comunitarias. Los miembros de la comunidad formaron equipos madereros, negociaron con compradores y aprendieron a operar una industria maderera. Irónicamente, las comunidades donde hubo concesiones en explotación avanzaron más rápido porque tenían experiencia en la explotación forestal indus-

trial y a menudo sus bosques eran los mejores y los más accesibles.

Los beneficios económicos del control comunitario directo sobre la explotación forestal se manifestaron rápidamente. La madera es un producto de fácil venta a buenos precios. Las comunidades mejor organizadas pudieron autofinanciarse rápidamente y, con las ganancias de los primeros uno o dos años de operaciones, pudieron integrarse verticalmente y comprar el equipo especializado que puede extraer troncos masivos del bosque y llevarlos hasta las sierras circulares de los aserraderos y el consumidor final. Algunos iban más allá en la cadena verticalmente integrada de valor agregado, secando la madera para mejorar su calidad, estableciendo talleres para producir muebles y molduras, e incluso estableciendo fábricas de madera terciada.

En 1997, otra vez cómodamente instalado en la vida universitaria, con una subvención para contratar a otros estudiosos, me uní a destacados investigadores mexicanos tales como Alejandro Velásquez, experto en registro remoto y cambio de uso de la tierra; Elvira Durán, su alumna en aquel entonces; Juan Manuel Torres Rojo, uno de los principales economistas forestales de México; y Leticia Merino, antropóloga, además de Camille Antinori de la Universidad de California en Berkeley. Comenzamos a hacer nuevas preguntas sobre la silvicultura comunitaria mexicana. ¿Cuántas comunidades madereras había en México? ¿Eran rentables? ¿Estaban conservando los bosques? ¿Puede la silvicultura comunitaria aliviar la pobreza? Y, ¿qué es exactamente una empresa forestal comunitaria?

Un bosque de datos nuevos

Inicialmente se nos informó que alrededor de 700 comunidades tenían permisos de explotación forestal en México, pero nadie sabía la cifra exacta. La mayoría de los datos obraban en poder de delegaciones estatales de la agencia federal del medio ambiente y de ingenieros forestales responsables de los planes de explotación forestal. Un equipo de investigadores entrevistó a la mayoría de los ingenieros de las oficinas federales en los 10 estados más importantes —una tarea colosal— y reunió información básica de otras fuentes. Descubrimos que la cifra era más de tres veces mayor que el cálculo original; alrededor de 2.400 comunidades de todo México se habían dedicado a la explotación forestal desde el año 2002.

Aunque los datos son frustrantemente incompletos, ofrecen una idea de la magnitud y las características de la silvicultura comunitaria

mexicana. Nos han permitido clasificar las comunidades según el grado de integración vertical hacia la venta de su madera como producto más acabado. No es de sorprender que menos del 10 por ciento de las comunidades que podían clasificarse tuviera aserraderos, ya que eso requiere niveles elevados de organización y capital. Pero un poco más del 20 por ciento tiene equipo de extracción, lo cual les permite agregar valor a su madera. La mayoría de las demás comunidades vende madera en pie o no era clasificable. Existe, aparentemente, una alta correlación entre el tamaño del bosque y la integración vertical; las comunidades con aserraderos tienen típicamente tres veces el área forestada que las demás. Cuanto más pequeño es el bosque en relación con la población de la comunidad, menores son las probabilidades de integración vertical.

Más allá de un mapeo inicial del sector forestal comunitario más grande del mundo ordenado para la producción de madera, hemos logrado importantes adelantos hacia un entendimiento del impacto de la silvicultura comunitaria en el alivio de la pobreza, la reducción de la deforestación e incluso una disminución pronunciada de la violencia rural. La mayor parte de la investigación reciente en desarrollo económico, bosques tropicales y alivio de la pobreza ha sido desalentadora. Durante casi dos décadas, los investigadores se han concentrado en masa en la última estrategia que ofrecería suficiente incentivo a la gente para no desmontar los bosques para la ganadería: productos forestales no madereros, ecoturismo y, ahora, pago por servicios medioambientales. La madera sigue siendo el producto de más valor, pero la mayoría de las comunidades interesadas en todo el mundo no tiene acceso a ella. En México, las comunidades tenían acceso y algunas parecían haber logrado salir exitosamente de la pobreza, pero no había cifras que respaldaran esta conjetura.

Un estudio de seis comunidades forestales del estado tropical de Quintana Roo, que lo realicé con mi colega de la Universidad Internacional de Florida Rick Tardanico, representa un pequeño primer paso en esa dirección. Lo que descubrimos, después de que nuestro equipo capacitado de mayahablantes entrevistara a los miembros de 200 familias, fue sorprendente. Habíamos conjeturado que las comunidades que cosechaban grandes volúmenes de caoba no serían pobres y, efectivamente, descubrimos que una comunidad mestiza que extraía grandes volúmenes de madera era relativamente próspera, especialmente para la zona rural de México. Una

segunda comunidad, que cosechaba dos tercios del volumen de caoba de la primera, también debía estar disfrutando de relativa prosperidad pero estaba atrapada en la pobreza. ¿Cuál era la diferencia? Lo más obvio era que la primera comunidad tenía un aserradero y la madera aserrada se vende al doble del precio de los troncos. Otros factores, tales como las altas tasas de monolingüismo maya, una menor participación de los adultos en la fuerza laboral remunerada, la distancia de los caminos principales y las familias más grandes, también conspiraban para mantener pobre a la segunda comunidad. Caobas, otra comunidad también mestiza y con un aserradero, estaba casi oficialmente fuera de la pobreza, a pesar de su bajo volumen de caoba, y estaba usando sus ingresos para crear otras empresas relacionadas con el bosque, tales como talleres de carpintería, lo cual sugiere que el bienestar puede mejorar incluso cuando los recursos forestales son más limitados. Por consiguiente, llegamos a la conclusión de que la gestión forestal comunitaria puede aliviar la pobreza, pero solo en presencia de otros factores.

Pasando a la pregunta de si la gestión forestal comunitaria reduce la deforestación, la respuesta parece contraria al sentido común para muchos ecólogos que asocian cualquier tipo de explotación forestal con la destrucción del bosque. Sin embargo, la mayoría de las comunidades de México extraen madera en forma selectiva, en conformidad con planes aprobados por el gobierno, por lo cual la perturbación del ecosistema es relativamente baja. Un primer estudio determinó que una región de la zona central de Quintana Roo dominada por bosques comunitarios tenía la tasa más baja registrada de deforestación de todas las regiones del sudeste tropical de México en las últimas décadas, un período durante el cual gran parte de los bosques tropicales de tierra baja fue devastada por la colonización agrícola. Además, una revisión de la literatura indicó que las tasas de deforestación eran más bajas que en regiones donde dominan las zonas protegidas tales como las reservas de biosfera, lo cual sugiere que la silvicultura comunitaria podría proteger los bosques tanto o mejor que el establecimiento de zonas protegidas. Un estudio subsiguiente de Elvira Durán y sus colegas examinó comunidades forestales específicas de la zona central de Quintana Roo y comunidades forestales de la zona templada del estado de Guerrero en la costa del Pacífico, y descubrió tasas similarmente bajas de deforestación en comparación con una muestra nacional de zonas protegidas.

Intrigados por estos hallazgos, intentamos realizar una comparación más rigurosa, concentrándonos en el “Bosque Maya”, que se extiende por todo el sur de México, el Petén de Guatemala y hasta Belice. La enorme Reserva de Biosfera Maya, en el norte del Petén, un complejo de unos 10 parques y 12 “concesiones forestales comunitarias”, contenía ambos regímenes de tenencia de la tierra que queríamos estudiar, y las concesiones comunitarias presentaban un contraste particularmente fuerte con las comunidades de México. Muchas de las comunidades forestales de México habían estado habitadas durante décadas, incluso siglos, lo cual les da ventajas históricas al comenzar a establecer empresas forestales, y la mayor parte de la colonización tropical en gran escala en México había finalizado hacia principios de la década de 1990. La Reserva de Biosfera de Calakmul, en el sur del estado de Campeche, había sido declarada en 1989, superpuesta sobre partes de ejidos existentes, pero también se encontraba bajo relativamente poca presión de colonización hacia la década de 1990. En cambio, la situación en el Petén en la década de 1990 era caótica ya que intensas presiones de colonización hacían peligrar las crecientes comunidades de agricultores dentro de las zonas protegidas y otras partes de la reserva de biosfera. Con considerable apoyo de donantes internacionales, el gobierno guatemalteco, casi desesperado, probó un experimento de gran escala con donaciones de concesiones madereras por 25 años a las comunidades y no a la industria. La mayoría de estas comunidades fue formada por colonos recién llegados, lo cual no es típicamente una situación prometedora para un proyecto que requiere grados elevados de organización.

Pero dado el enorme incentivo del acceso a madera de alto valor, las comunidades guatemaltecas han respondido organizándose, en diverso grado y en su propia manera desordenada, para administrar una empresa forestal e implementar un plan de administración. Añadiendo todo eso a la mezcla analítica, nos propusimos comparar las reservas de biosfera y las regiones con bosques comunitarios en México, que tenían poca presión de colonización, con las zonas de Guatemala que representaban una situación de alta presión. Por un lado, nuestros hallazgos, aún en borrador, confirman nuestra hipótesis. En México, tanto Calakmul como las comunidades forestales presentan tasas muy bajas de deforestación; en el Petén, encontramos que algunas zonas de parques protegidos están sucumbiendo rápidamente al hacha de los colonos. Pero la situación era diferente en las concesiones, donde las comunidades de composición demográfica similar a las del parque han recibido

derechos a todos los productos del bosque además de asistencia técnica y organizativa en explotación forestal. Para estas comunidades es más valioso el bosque en pie que el suelo que lo sustenta, y la mayoría quiere proteger su base económica, lo cual deriva en una deforestación relativamente baja.

Pero, como siempre, las cosas no son tan sencillas. Algunos parques remotos deshabitados en la Reserva de Biosfera Maya también tienen tasas muy bajas de deforestación, y algunas concesiones habitadas pueden alcanzar las tasas de deforestación de los peores parques. Esto sugiere que no hay una única estrategia definitiva para el uso de la tierra, uso sostenible o protección que siempre dé resultado en todos los casos, y que los que se ocupan de los bosques tropicales deben ser mucho más flexibles en sus estrategias. Y aquí hay que tomar en cuenta otro factor, uno al que esperamos poder asignar algunos investigadores. Hasta ahora, nos hemos estado concentrando en los impactos en la cubierta forestal, pero ¿qué hay de los beneficios para las comunidades pobres? Hemos visto que la explotación forestal ha sacado de la pobreza a algunos en Quintana Roo. Un estudio en el Petén indicó que las familias en las concesiones forestales comunitarias tienen ingresos casi tres veces superiores al promedio de la región. El único beneficio que los parques reportan, según su ordenación actual en esa región, es el acceso a su suelo —lo cual no es el propósito de un parque— y algunos parques están siendo devastados para poder usar su tierra. Pero las concesiones madereras comunitarias practican la conservación, con algunas de las excepciones mencionadas anteriormente.

Así pues, una nueva ola de investigación está desenmarañando algunas de las complejidades de la gestión forestal comunitaria en México y más allá. Sugiere que esta estrategia puede dar resultado si se dan ciertas condiciones. Pero mientras los estudios adelantan los conocimientos sobre la ordenación forestal comunitaria para la explotación maderera, una nueva generación de dirigentes comunitarios empuja los límites del potencial de la empresa forestal comunitaria, a la vez que la generación anterior asume papeles destacados en la sociedad civil y el gobierno.

Nuevos líderes y nuevos objetivos

Sergio Madrid, quien me llevó a las comunidades forestales de México por primera vez, ha dirigido durante los últimos 12 años el Consejo Civil Mexicano para la Silvicultura Sostenible, una organización no gubernamental de Ciudad de México que representa a una coalición de ONG forestales de todo el país. En el mundo a menudo imprevisible de las ONG, Sergio

ha logrado preservar esta coalición y ha desempeñado un papel importante en muchas discusiones recientes sobre política. Su colega de la ERA, Francisco Chapela, ha sido durante varios años director del Proyecto de Conservación de la Biodiversidad por Comunidades Indígenas, un esfuerzo financiado por el Banco Mundial para identificar y hacer un inventario de los usos sostenibles de la biodiversidad. Jesús Hernández, identificado anteriormente como el primer director forestal de la UZACHI, cuya foto aparece en mi artículo de 1991, ocupó dicho cargo de 1990 a 1998, cuando comenzó el proceso de desarrollo de las comunidades que continúa actualmente. Hoy trabaja para el Proyecto de Conservación y Manejo Sustentable de los Recursos Forestales (PROCYMAF), en Oaxaca, también financiado por el Banco Mundial y el gobierno mexicano.

Reflexionando sobre la historia de la UZACHI, Hernández observa que su relación con la ERA sirve en cierto grado como modelo del tipo de apoyo que el PROCYMAF intenta brindar. “Sentimos que había una sinergia”, dice. “Antes, había comunidades aisladas con sus diferentes proyectos, y si no se realiza un seguimiento estos se pierden. La relación entre la ERA y la UZACHI era un modelo interesante, y eso es en realidad lo que tratamos de hacer ahora”. En 1991, como indiqué, Comaltepec era una comunidad en conflicto, y se vería sacudida por la violencia a mediados de la década de 1990, pero en la actualidad todo es tranquilidad, el aserradero está en operación y la comunidad está ampliando los límites de la conservación forestal comunitaria. Eusebio Roldán Félix, originario de otra comunidad chinanteca de la Sierra Norte, que asesora a Comaltepec como director técnico forestal de la UZACHI, observó recientemente que Comaltepec ha declarado áreas protegidas miles de acres y recibe pagos del gobierno federal por los servicios que presta para conservar la cuenca hidrográfica.

Un estudio mencionado anteriormente se refería al estado de Guerrero. Allí, una de las comunidades mejor administradas es El Balcón, cuyo nombre alude a su situación sobresaliente sobre la cumbre densamente boscosa de la Sierra Madre. El Balcón pasó por un período inicial caótico en la década de 1980, habiéndose casi hundido una empresa comunitaria, a pesar de los esfuerzos sobrehumanos de la primera generación de dirigentes comunitarios en asumir la intimidante tarea directriz. Finalmente, se contrató a un administrador profesional honesto, quien salvó a la empresa, estableció buenas relaciones con la comunidad y fue sucedido por otro profesional. Luego, en el año 2004, se produjo una notable transición. Durante



Jesús Hernández, primer director forestal indígena de la UZACHI.

los años de dirección profesional, la comunidad de El Balcón decidió invertir parte de sus ganancias en su propio capital humano, brindando becas completas a jóvenes prometedores para que terminaran la secundaria y cursaran estudios universitarios. La inversión ha sido provechosa y ahora estos graduados universitarios, de entre 20 y 30 años de edad, ocupan todos los principales puestos de la empresa de El Balcón.

Me reuní recientemente con estos dirigentes en sus oficinas en su complejo de procesamiento, un aserradero que ha sido calificado como el más sofisticado de México, con hornos de secado importados de Portugal, ubicado en la sofocante ciudad de Tecpán de Galeana, en la costa del Pacífico, montaña abajo de El Balcón. “Tengo mi diploma en economía y ahora soy asesor del ejido”, dijo Álvaro Atanacio López, cuyos estudios secundarios y de licenciatura fueron financiados por la empresa comunitaria y que está por recibir su máster en Administración de Empresas. “En años anteriores, la dirigencia contaba con individuos que no eran miembros de la comunidad, pero ahora, gracias al proyecto educativo de nuestra comunidad, estamos distribuidos en todas las áreas. El director general, Francisco González López, es un joven profesional; el subdirector, Gildardo Atanacio López, es miembro de la comunidad y abogado. El jefe de recursos humanos, Paulino Atanacio López, también es un joven licenciado. Nuestro ejido es nuestra gente”. El

hecho de que los mismos apellidos se repitan refleja el hecho de que El Balcón es básicamente una gran familia extendida. Y la familia tiene ahora objetivos más importantes. Atanacio López mencionó el plan para construir una fábrica de muebles y, en virtud de un contrato celebrado con el gobierno estatal, los escolares de Guerrero se sentarán en pupitres hechos de madera certificada como de cosecha sostenible.

¿Una luz en la penumbra?

En otras partes del mundo, las noticias del trópico no han sido buenas. La ecóloga Deborah Clark de la Universidad de Misuri en San Luis, dijo recientemente que el ecosistema amazónico “se encamina en una terrible dirección”. Pero el futuro es alentador por lo menos para algunos de los bosques de manejo comunitario de México, y nuestra experiencia sugiere que el modelo podría presentar una alternativa a dos estrategias extremas:

establecer zonas estrictamente protegidas, por un lado, y convertir densas arboledas en pastizales, por el otro. A no todas las comunidades forestales mexicanas les está yendo tan bien como a Santiago Comaltepec y El Balcón, pero hay varias a las que sí, lo cual demuestra que el potencial desencadenado por el acceso a la madera puede derivar en educación, sustento sostenible y bosques rebosantes de vida silvestre. Una creciente generación de profesionales de las comunidades con maestrías en Administración está impulsando a las empresas a otro nivel. Y yo sigo el mismo camino que me fuera indicado por Sergio Madrid y por esa primera visita a Capulálpam hace 15 años, trabajando para entender cómo el sector ha llegado tan lejos, tan rápido, y cómo otras comunidades de México y otros lugares pueden lograr los mismos resultados.

David Bray dirige el Instituto de Ciencia de Sostenibilidad en América Latina y el Caribe en la Universidad Internacional de Florida en Miami y enseña en el departamento de estudios medioambientales de dicha universidad.

Desarrollo y patrimonio en Cusco, Perú

Por Patrick Breslin



Fotografías de Patrick Breslin

El desarrollo económico no siempre es cuestión de adquirir destrezas y nuevas técnicas. A veces proviene de manera más impresionante del redescubrimiento de una antigua manera de trabajar. En toda la región andina, donde por siglos floreció una de las más ricas culturas de tejedores en telar, una artesanía que declinó en décadas recientes hoy cobra nueva vida. Los programas que la IAF ha apoyado financieramente desde la década de 1970 incluyen algunos de los intentos pioneros de restablecer ese patrimonio textil y también los esfuerzos contemporáneos.

Numerosos factores socavan la tradición andina del tejido: la introducción de fibra y colorantes sintéticos, la producción masiva de ropa y otros textiles, la intromisión del mundo moderno a través de la televisión, las presiones económicas que empujaron o atrajeron a la gente de las comunidades montañosas hacia las grandes ciudades. Irónicamente, incluso la popularidad de los tejidos

creó un problema. Los turistas mochileros compraron tantos en algunas comunidades que quedaron pocos modelos para inspirar a los tejedores que recién se iniciaban.

En Perú, Nilda Callañaupa fundó en 1996 el Centro de Textiles Tradicionales de Cusco (CTTC), donatario de la IAF desde el año 2003, con el fin de promover el tejido andino y generar más ingresos para las comunidades tejedoras. Los expertos del CTTC trabajan con los tejedores locales para ayudarlos a recuperar las técnicas tradicionales y elevar la calidad estética de los tejidos. Eso ha permitido a

la organización comercializar los productos terminados como arte y venderlos a precios más altos tanto en Perú como en el exterior.

Buena parte de la comercialización del CTTC se realiza por intermedio de su museo y tienda en la ciudad de Cusco, a corta distancia de la plaza central. Siendo la antigua capital inca



Se hilan fibras de lana de oveja, llama y alpaca. Los colorantes se hacen con plantas e insectos, entre ellos la cochinilla que vive en los cactus y se muele para producir violetas y rojos intensos.



Antonia Callañaupa trabaja con uno de los colorantes vegetales naturales empleados en los tejidos de Chinchero. Las ollas detrás de ella son para hervir los colorantes.

Yenny Quillahuaman Huarhua captura los colores de la tierra, el cielo y los tejados en sus creaciones que se exponen bajo el cálido sol de la comunidad de Chinchero, un pueblo que los incas denominaron “el lugar donde nació el arco iris”.



Las técnicas tradicionales, tales como la selección de los hilos de distintos colores, contribuyen a la calidad estética.



Desde la izquierda, Guadalupe Álvarez, Fidelia Callañaupa, y Engacia Quispe en el patio del centro del CTTC en Chinchero. Terminar un tejido puede tomar hasta 30 días, y las familias los estiman como objetos de riqueza material.



Lucio Illa Condori, uno de varios hombres tejedores, guía la lanzadera de su telar en el centro de Chahuaytiri.



La comercialización de muchas artesanías se realiza por intermedio del museo y la tienda del CTTC en Cusco. El Centro comercializa los tejidos como obras de arte para venderlos a precios más altos en Cusco y otros lugares.

y el punto de partida de los viajes a Machu Picchu, Cusco es una de las atracciones turísticas más populares de Sudamérica. Eso garantiza un flujo continuo de posibles clientes que pueden observar a los tejedores mientras trabajan y aprender sobre los estilos y técnicas y el papel central que la artesanía desempeña en la cultura andina. El Centro ofrece además espacio para programas de capacitación en tejido tradicional además de capacitación directiva y administrativa. Otros canales de venta incluyen el sitio Web de la organización, en inglés y español, y las ferias y exposiciones internacionales de comercio. Nilda Callañaupa a menudo da charlas sobre el tejido en telar andino en EE.UU.

Los programas del CTTC ahora prestan servicios a alrededor de 350 tejedores, tanto hombres como mujeres, en nueve comunidades andinas, cada una con su propia tradición de diseño. Trabajan con lana

de oveja además de lana de llama y de alpaca, tanto de sus propios animales como adquirida. El tejido en telar es una actividad comunitaria: los tejedores se reúnen todos los días. A veces vienen los compradores, pero la mayor parte de la producción se envía a Cusco una vez por mes y se vende por intermedio del CTTC. Los mayores ingresos —en muchos casos, los tejedores se han convertido en la principal fuente de ingresos de sus familias— están repercutiendo en la educación. “El dinero es para nuestros hijos”, dijo una tejedora en Chahuaytiri.

“Los precios agrícolas son bajos, pero con los ingresos del tejido, podemos comprar ropa para nuestros hijos, y ellos pueden cursar más que los pocos grados de la primaria que aquí se ofrecen. Ahora podemos enviarlos a una escuela secundaria, algo que antes escapaba a nuestras posibilidades”. 🌸

Recuerdos de la IAF: lecciones sobre valores

Por Deborah Szekely

Podría parecer extraño, pero mis años como presidenta de la Fundación Interamericana, de 1984 a 1991, fueron para mí una experiencia de formación. Era joven —¡tenía “tan solo” 60 años!— y de espíritu aventurero. Deseosa de aprender, fascinada con mi nueva responsabilidad, me entusiasmaba la perspectiva de contar con el personal y el dinero necesarios para cambiar la vida de la gente. Con gran placer, comprobé que la IAF ayudaba a gente muy pobre a ascender la escala social hacia una vida más digna y que verdaderamente apoyaba el arraigo de la democracia de base. Pronto se me hizo evidente que la estrategia de la IAF daría resultado en mi propio país. Cuando me retiré de la IAF estaba decidida a poner en práctica en este país las importantes lecciones que la IAF había aprendido durante 20 años de invertir sensatamente millones de dólares de los contribuyentes estadounidenses.

Trayendo la IAF a casa

En 1940, mi marido Edmond y yo creamos el concepto del balneario/spa moderno: “hacer más sana a la gente sana” era el lema del Rancho La Puerta. Cuando mi hijo se graduó de la Universidad de Cornell y regresó para hacerse cargo de nuestra empresa, me di cuenta de que yo estaba de más, y me jubilé. Ya había pasado toda una vida como empresaria de negocios, y la jubilación significaba un cambio, una nueva carrera y un nuevo comienzo. Como me había quejado mucho de Washington, decidí dirigirme allí para hacer buen uso de mis habilidades. Mi primer empleo fue en la Agencia de Información de EE.UU., donde me sentí a gusto gracias a la experiencia que había acumulado como voluntaria comunitaria. Rediseñar y reducir de 18 a 11 el número de comisiones consultivas fue relativamente fácil. Mientras trabajé allí tuve la buena fortuna de enterarme de que la IAF buscaba un nuevo presidente. Mi experiencia empresarial en EE.UU. y México, mi español y mis conocimientos de América Latina decidieron en mi favor. Convertirme en ejecutiva de la IAF me impulsó hacia el empresarial social.

Tomé muy en serio las lecciones que aprendí con los socios de la IAF de América Latina y el Caribe y con esos conocimientos comencé dos experimentos: *Eureka Communities* (comunidades Eureka) en 1991, y 10 años más tarde el *New Americans Immigration Museum and Learning Center* (museo de inmigración y centro de aprendizaje para nuevos estadounidenses). Eureka se valió de la práctica de la IAF de apoyar financieramente viajes para que los visitantes aprendan de grupos que ya realizan proyectos similares a los que ellos proponen. Durante 15 años, Eureka ofreció programas de enseñanza entre pares para dirigentes de organizaciones no gubernamentales en Los Angeles, Boston, Detroit, San Francisco, San Diego y otras ciudades. Les preguntamos a esos dirigentes comunitarios qué deseaban aprender. Cientos de ellos, de todo EE.UU., respondieron que querían observar y participar en organizaciones que sobresalían en las actividades que deseaban realizar. Mediante “donaciones para gastos de viaje sabático” de dos semanas, reforzadas con reuniones mensuales de colegas, les dimos una oportunidad de ver el futuro y estudiar las mejores maneras de alcanzarlo. Visitaron y consultaron a otros directivos. Tenían muchísimas preguntas sobre cómo recaudar fondos, cómo trabajar con consejos directivos, cómo establecer lazos con jóvenes pandilleros, cómo capacitar a la gente para que pueda aspirar a mejores empleos, etc. Así como la IAF, Eureka creó redes y sistemas de apoyo para que las lecciones aprendidas de los proyectos de desarrollo y contra la pobreza urbana pudieran divulgarse más ampliamente. El éxito, el crecimiento y la sostenibilidad de nuestros clientes demostraron que íbamos por buen camino.

La IAF ha sido tanto un estímulo como una compañera para el Museo de Inmigración y Centro de Aprendizaje para Nuevos Estadounidenses de San Diego, que lleva cinco años de existencia. Ofrece programas para recibir a los recién llegados y ayudarlos a contribuir a esta obra en ejecución que es EE.UU. También ayuda a los estadounidenses de nacimiento a apreciar el valor, el ingenio y las contribuciones de los inmigrantes. El apasionado debate actual sobre



Deborah Szekely, presidenta de la IAF, 1984–1991.

inmigración pasa por alto ingenuamente los aportes económicos de los recién llegados a nuestra sociedad, las ventajas de la diversidad cultural y la importancia de las remesas para sus países de origen. Más que los nacidos en este país, los inmigrantes saben que la mejor solución a largo plazo para la pobreza serían los empleos, la oportunidad y un futuro prometedor para sus hijos en sus propios países, sin traumatizar ni dividir a las familias por tener que emprender viajes peligrosos y penosos a tierras lejanas.

El espléndido número del 2006 de *Desarrollo de Base* de la IAF, que pone de relieve el tema del desarrollo transnacional, cuenta la historia de las asociaciones de emigrados (*hometown associations* o HTA) y la inversión en el desarrollo de base de

quienes inmigraron a EE.UU. La IAF ha participado en iniciativas transfronterizas desde la década de 1980. *Desarrollo de Base* nos recordó el proyecto de los trabajadores agrícolas de Arizona que invirtió las contribuciones de los trabajadores citrícolas y los ganaderos en proyectos de desarrollo económico para mejorar la vida de los agricultores migrantes en las tierras altas de la Sierra Gorda de la zona central de México. Para algunos, ello significó poder salir del circuito migrante y quedarse en su tierra. Es uno de muchos experimentos que demuestran la creatividad de la gente motivada por factores de impulso, como la necesidad apremiante, y factores de atracción, como mejores empleos.

“Admiro profundamente el ingenio organizativo de los grupos de base que han enseñado a la gente a trabajar unida hacia el logro de soluciones pacíficas y sociedades más civiles”.

Sospecho que la conferencia de 2003 del Museo, sobre remesas, reafirmó el interés de la IAF en este proceso. Hace más de tres años, el Museo, gracias a Gaspar Salgado, reunió en San Diego a dirigentes de las HTA con estudiosos y representantes de agencias internacionales de desarrollo (incluidos David Valenzuela y Jill Wheeler, de la IAF, y Donald Terry, del Banco Interamericano de Desarrollo) para estudiar el potencial de las remesas para acelerar el desarrollo sostenible. El volumen de remesas a la región superó el año pasado los US\$45 mil millones —suma que no es de despreciar. Todos ahora, desde las empresas de transferencia hasta los bancos de inversión y desarrollo, observan este movimiento de dinero, deseando sacar provecho.

Eureka y el Museo podrán ser de mi creación pero tienen el ADN de la IAF. Yo ayudé a lanzarlos, inspirada por la manera en que la IAF ayuda a la gente del otro lado de la frontera, y atraje a gente de la IAF para su personal. Ha habido muchos intercambios transfronterizos. De manera que la estrategia receptiva de la IAF de ayuda al extranjero, “de persona a persona”, al nivel de la base ha generado esfuerzos para componer el tejido social de EE.UU.

Impacto en el exterior

Los legisladores Dante Fascell y Brad Morse patrocinaron la ley que creó la Fundación Interamericana en 1969. Reconocieron una necesidad y formularon objetivos de gran alcance: “fortalecer los vínculos de amistad y el entendimiento entre los pueblos del continente”, “apoyar la autoayuda”, estimular “una mayor participación y el desarrollo de instituciones democráticas”. Esas hermosas palabras no iniciaron relaciones retóricas sino relaciones muy reales y duraderas que la IAF, al igual que el Cuerpo de Paz, ha logrado mantener vivas en todos los niveles de la sociedad, pero especialmente, a nivel de la base.

Permítanme defender mis convicciones sobre el impacto de la IAF en la región.

La IAF ayuda a crear democracia de base y mejores condiciones de vida. Ha sido para mí causa

de profunda admiración el ingenio organizativo de los grupos de base que han enseñado a la gente a trabajar unida hacia el logro de soluciones pacíficas y sociedades más civiles. Su energía es ascendente, sus organizaciones, ubicadas en el medio, dan dirección a esa energía, y sus redes les dan poder con respecto a quienes ocupan el nivel más alto. Si se satisfacen las necesidades vitales, se abren oportunidades educativas y hay buenos empleos disponibles, es posible superar la pobreza.

Por medio del desarrollo sostenido receptivo, la IAF aporta en EE.UU. y en el exterior. Mi experiencia en el sector privado me hizo una firme partidaria de la creación de valor. Y aprendí que, igual que la innovación comercial, el desarrollo sostenible es un proceso largo y arduo; pero la IAF ha contribuido a hacerlo posible. Mencione un país y le contaré los grupos que visité, de las tasas de té o café que tomamos y de los sueños que compartimos. Los proyectos en toda América Latina y el Caribe me sorprendieron y complacieron por sus beneficios innovadores, sostenibles y tangibles. “Lo que ganamos va derecho a las panzas de nuestros hijos”, explicó una mujer jamaicana que llevaba puesto un casco y que aparece en uno de nuestros videos trabajando en un proyecto de construcción dirigido por mujeres. Recuerdo a media docena de pescadores de Costa Rica que vivían en condiciones muy primitivas, ocupando ilegalmente, en chozas de barro, el delta contaminado de un río, privados de todo menos de hijos. El alquiler de embarcaciones y la compra de hielo reducían su remuneración neta a tan solo el cuarto de lo que valían los productos de la pesca. Una donación de la IAF les permitió construir sus propias embarcaciones, adquirir motores y, un año más tarde, comprar una máquina de hielo. Posteriormente, abrieron una tienda para vender artículos de primera necesidad y luego formaron una cooperativa, compraron un barco equipado con sonar y un camión frigorífico, y vendieron pescado fresco a los restaurantes de San José.

En Honduras, un grupo que dependía de la producción y venta de carbón a intermediarios reconoció que las ganancias eran escasas y su región pronto quedaría deforestada. Recibieron fondos de la IAF para comprar un camión para vender el carbón a domicilio en las calles de Tegucigalpa. Luego construyeron un colegio y convencieron al gobierno que les consiguiera un maestro. También recuerdo haber visitado el monte impenetrable del Chaco argentino, donde los campesinos subsistían de la cría de cabras. Su sueño era cultivar algodón, práctica que aprendieron como trabajadores agrícolas. Con la donación recibida, compraron un tractor. Solicitaron y obtuvieron concesiones de tierras del gobierno, desmontaron sus parcelas, cuidaron bien el tractor y cultivaron la difícil planta. Tenían un sueño y trabajaron para lograrlo. Nuestros fondos ayudaron a desencadenar un proceso de auténtico desarrollo, no de caridad, para ayudarlos a ascender la escala social.

La IAF nos enseña a estar abiertos y dispuestos a las eureka y sorpresas de nuestros amigos. Estando en la IAF, yo solía colocar el 15 por ciento de nuestra asignación anual de fondos en lo que algunos llamaban mi “fondo de fechorías”, que era utilizado exclusivamente para ideas brillantes, solicitudes extraordinarias y, a veces, iniciativas originales que nos inspiraban a mí y al personal a gritar “¡Eureka!” Recuerdo también a organizaciones en situaciones difíciles, tales como FINCA y ACCION. Recibieron donaciones de capital inicial para sus afiliadas y más adelante se convirtieron en actores importantes en el campo del microcrédito. ASHOKA y SYNERGOS eran socios valiosos para estimular el empresariado social. Yo creo en el desarrollo que reconoce el valor de trabajar juntos, de organizarse para mejorar las condiciones de vida, fomentando la confianza y las redes que ahora se denominan capital humano y social. Tal inversión es invaluable, porque cuanto más se la utilice, más aumenta su valor. Análogamente, creo que no hay seguridad sin amigos cercanos y de confianza a nuestro alrededor. ¡Eso también es valor verdadero!

Mi paso por la IAF

En Washington, pasé mucho tiempo con el congresista Fascell. Él me enseñó la historia de la IAF y me comunicó su entusiasmo y la visión fundadora, suya y del Congreso, de “amistad entre los pueblos del continente”. No todos los latinoamericanos estaban

dispuestos a creer en una amistad con una agencia del gobierno estadounidense, pero la IAF, al establecer una trayectoria sólida de trabajo excelente, fue ganándose lentamente su confianza en la década de 1970, bajo la dirección inspirada de su primer presidente, Bill Dyal. Las cuestiones ideológicas truncaron algunas amistades durante la tumultuosa década de 1980. Muchos se preocuparon por la IAF, por su futuro, su autonomía bajo un nuevo poder ejecutivo que solicitó la renuncia de su presidente, Peter Bell. Asumí el cargo y yo también navegué por mares inciertos con mi consejo directivo y enfrenté conflictos en la región. Durante mi permanencia en el cargo, los latinoamericanos, por buen motivo, cuestionaron las operaciones militares en Honduras y Nicaragua, y Washington parecía obsesionado con amenazas reales o imaginadas provenientes del sur, entre ellas, dirigentes debidamente elegidos. Pero la IAF recibió un decidido apoyo de distintas fuentes y pudimos seguir adelante. Nuestro consejo directivo y nuestro personal decidieron que debíamos avanzar nuestra misión y seguir nuestras pautas para otorgar donaciones, comunicando quiénes eran nuestros donatarios y qué hacían. El Congreso, la Oficina de Administración y Presupuesto, e incluso el Consejo Nacional de Seguridad estaban en pleno acuerdo con nuestro enfoque de base.

Algunos miembros del personal, dado el clima ideológico, se resguardaron con una especie de mentalidad de estado de sitio, prefiriendo mantener un perfil bajo. Pero yo quería que la IAF saliera de su cascarón. Estaba convencida de que la IAF era un tesoro y que mi misión principal como presidenta era aumentar su visibilidad en EE.UU. y en América Latina y el Caribe. La transparencia me pareció la mejor estrategia. “Esto es lo que somos”, quería decir. “Esto es lo que hacemos. Véalo”. Mis antecedentes comerciales me inclinan a la mercadotecnia, y un buen marketing se basa en hechos, no en la exageración publicitaria, y en el suministro de buenos productos, no de palabras vacías. Lentamente, el personal coincidió conmigo. Siempre creí en el contacto con los amigos, y estaba plenamente de acuerdo con el mandato de “hacer amigos en el continente”. La transparencia y la constancia parecieron la mejor manera de ganar amigos y de conservarlos.

En lugar de temer que los embajadores estadounidenses pudieran limitar nuestra autonomía, les ofrecimos sesiones informativas detalladas antes de

que partieran para iniciar su misión. Los visitamos periódicamente, e informamos a ellos y a los representantes de los gobiernos anfitriones sobre nuestros proyectos. A medida que nos fueron conociendo mejor, dejaron de molestarse con nosotros, respetando plenamente nuestra autonomía. Gracias a mis circunstancias afortunadas, podía gastar una porción grande de mi sueldo en eventos para establecer contactos. Celebramos almuerzos con líderes del desarrollo de los sectores público y privado en Washington, no solo para obtener visibilidad sino para intercambiar información y coordinar mejor nuestros esfuerzos. Me parecía que nuestros donatarios se encontraban a menudo aislados, se mostraban poco comunicativos o competían entre ellos; por eso organicé reuniones frecuentes en el exterior para sus representantes. Las redes de contactos se fueron extendiendo como telaraña. Posteriormente formamos equipos de apoyo de contratistas locales que podían brindar asistencia a los donatarios, comunicarse con ellos, suministrar rápidamente fondos de emergencia y ayudarnos a monitorear los programas y facilitar el aprendizaje.

Airearnos, en lugar de encerrarnos, nos vino muy bien. Multiplicamos las publicaciones, incluso produciendo cuatro números de *Desarrollo de Base* en un año. Comenzamos una espléndida serie de libros que incluía tomos que resumían la labor de la IAF con sus socias en Colombia y Uruguay. Ampliamos considerablemente nuestro Programa de Becas en apoyo de la investigación por parte de estudiantes de posgrado de América Latina, el Caribe y EE.UU. (Me dio gran satisfacción enterarme de que la IAF está reactivando el Programa de Becas. Algunos de los mejores investigadores de América surgieron gracias a donaciones de la IAF). De estas investigaciones y de estudios de la colaboración entre la sociedad civil y el gobierno urbano en toda la región, compilamos tomos publicados en inglés, español y portugués. Producimos videos galardonados sobre proyectos de la IAF en México, Honduras, Jamaica y Perú, y los ofrecimos a las escuelas y las cadenas de televisión. Existíamos públicamente.

Retrospectivamente, me doy cuenta del valor de mis años en la capital de nuestra nación. La persona que escribe estas líneas es muy diferente de la que se marchó de San Diego. Comprobé todo el bien que un gobierno puede hacer. Aprendí a apreciar la dedicación del típico funcionario público comprometido con un fin más trascendental: un

mundo mejor para todos. Comprobé el impacto que pueden tener pequeñas inversiones de dinero del gobierno cuando el lugar, el momento, y el propósito son adecuados. Comprobé que la experiencia empresarial no solo puede transferirse a la esfera gubernamental, sino que es muy necesaria en todas las esferas, prueba de lo cual es el hecho de que el manual de administración del Congreso, titulado *Setting Course* (estableciendo el rumbo), que concebí en mi primer año en Washington, está actualmente en su 10ª edición revisada, evitando así que los nuevos miembros del legislativo actual tengan que reinventar la rueda.

Para entender, perdonar y mejorar al gobierno, es necesario ser un socio del gobierno. Espero que la gente que esté pensando cambiar de carrera considere seriamente llevar sus conocimientos a Washington D. C. Como yo, descubrirán que ésta será la carrera que les dará más satisfacciones. El cambio fue difícil. Pasé muchas noches en vela y los días fueron siempre fascinantes, emocionantes y jamás aburridos. Los nuevos amigos que hice demuestran la misma dedicación hoy que en ese entonces a fomentar el cambio en todos los niveles de la sociedad. Vemos a la gente pensante del mundo, cada una dedicada a su propia actividad, pero todas trabajando por los mismos objetivos: un planeta saludable con gente con libre de buscar la felicidad.

Tengo conocimiento de solo algunas de las muchas cosas buenas que han sucedido en los años siguientes. La importancia que la IAF da a las alianzas de inversión social es una continuación de su espíritu de innovación y divulgación. Los Fondos Fiduciarios de Progreso Social han complementado el presupuesto de la IAF durante años de gran austeridad. Nuevos consejos directivos han sido nombrados, y ellos también fueron “contagiados” de entusiasmo. La IAF cuenta con un ser humano maravilloso y eminentemente calificado en la persona de su presidente, el embajador Larry L. Palmer. Mi ferviente deseo durante este período en el que hemos descuidado a América debido a guerras y rumores de guerras, temores y rumores de temores, es que nos demos cuenta de que nuestros mejores amigos son también nuestros vecinos, y de que un continente de amigos es la mejor garantía de seguridad que podremos encontrar jamás. Si lo hacemos, la Fundación Interamericana se alzará como una de las mejores inversiones que el gobierno EE.UU. haya realizado. ☀



Patrick Breslin

Quispe en Harvard

Rosario Andrada de Quispe, indígena colla fundadora de la organización Warmi Sayajsunqo, donataria de la IAF, fue una oradora central en la *International Bridge Builders Conference* (conferencia internacional de creadores de puentes), de la Universidad de Harvard, celebrada el 28 de febrero. Su tema fue el modelo de microfinanzas que la Warmi ha empleado exitosamente para mejorar las condiciones de las comunidades colla en el noroeste de Argentina. Con Quispe, compartió el podio Mary Kondo de Zimbabwe, quien transformó el distrito de Mt. Darwin de su país al capacitar a las mujeres en la diversificación de cultivos, y luego en su procesamiento.

Quispe, en la foto de arriba, fundó la Warmi junto con otras ocho mujeres colla en 1995. Con la donación recibida de la IAF en el año 2001, el grupo amplió su programa de microcréditos y desarrollo empresarial, lanzando más de 20 bancos comunitarios, un sistema de información para administrar el programa de crédito e iniciativas tan diversas como un cibercafé y una gasolinera. Los bancos otorgan actualmente micropréstamos a 3.000 familias.

La nota sobre Quispe en Harvard en el importante diario *Clarín* detalló los comienzos de Quispe cómo activista de 19 años de edad interesada en la relación entre la industria minera local y la alta incidencia de cáncer de útero entre las mujeres colla. La antropóloga Agustina Roca, de la Warmi, citada en el prestigioso diario *La Nación*, sostiene que la organización “ha colocado los asuntos indígenas en el temario público”. —Gabriela Boyer, representante de la IAF para Argentina

ONU: exclusión derrotada

Tras ocho rondas de duras negociaciones, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó el texto de la Convención sobre la Protección y Promoción de los Derechos y la Dignidad de las Personas con Discapacidad, el 13 de diciembre de 2006. Se espera que la Convención elimine la discriminación contra los discapacitados al exigir que los estados integrantes de la ONU de todo el mundo ajusten sus códigos jurídicos a sus normas. Lo que sí es seguro es que el proceso que condujo a la aprobación motivó al movimiento de la discapacidad.

Como se informara en los números del 2004 y 2006 de *Desarrollo de Base*, Oscar Ruiz, ahora estudiante de derecho en Puerto Rico, y yo representamos a la IAF en las negociaciones para la Convención en el año 2003, y yo asistí a las últimas dos rondas en el año 2006. La ronda del 2003 sentó las bases de la versión definitiva de la Convención, con la unión de 25 representantes de facciones aparentemente desorganizadas en el *International Disability Caucus* (comité internacional de discapacidad o IDC). El IDC creció hasta representar a más de 70 organizaciones y redes. Aunque las organizaciones de la sociedad civil no podían votar durante las negociaciones, podían expresar sus inquietudes y, por intermedio del IDC, los grupos que representaban a los discapacitados del mundo presentaron un frente unificado. “Nada

Eduardo Rodríguez-Frías



Rosa Salgado Álvarez asesoró a la delegación de Nicaragua ante la sesión de negociaciones de 2006 sobre la Convención de la ONU sobre Discapacidad.

sobre nosotros sin nosotros”, el lema del IDC, expresó la aspiración a un tratado que los incluyera desde el borrador hasta la implementación. Irónicamente, la marginalización resultó ser una ventaja. El protocolo dictaba que los representantes de la sociedad civil se sentaran separados de los delegados a la ONU, pero la falta de zonas accesibles hizo que ello fuera imposible. Obligados a compartir su espacio, los diplomáticos pudieron apreciar tanto las dificultades de los activistas como sus habilidades. Eso fomentó un ambiente de trabajo solidario.

Para encarar el tema de la participación de las naciones en desarrollo, el Instituto Interamericano de Discapacidad, en coordinación con Handicap International, lanzó el Proyecto Sur, una asociación de representantes de organizaciones de discapacitados que trabaja dentro del IDC. La IAF suministró donaciones para que 30 latinoamericanos asistieran a las últimas dos rondas de negociaciones y Proyecto Sur trajo a seis activistas de Asia, África y el Medio Oriente. Los activistas a menudo trabajaron hasta la medianoche para asegurar una convención que se ajustara a sus deseos. Participaron en los comités que discutían los borradores, a veces hablaron en nombre del IDC, ofrecieron un evento para presentar su labor y presionaron a las delegaciones, entre otras cosas para que se reconociera en el texto la doble discriminación a la que se ven expuestos los indígenas discapacitados.

El 31 de marzo de 2007, la convención fue oficialmente firmada por 81 estados y la Comisión Europea. Ahora está siendo considerada para la ratificación necesaria para su reconocimiento como ley internacional. Exigir su cumplimiento es el siguiente desafío. —Eduardo Rodríguez-Frías, asistente de operaciones de la IAF

Mujeres de SEM avanzan

Salvadoreños en el Mundo (SEM), una organización con sede en EE.UU. cuya misión es formular y promover un temario en común para cientos de grupos salvadoreños en EE.UU., estableció una nueva norma para la inclusión de mujeres en sus eventos cuando celebró su cuarta convención en San Salvador hacia fines de noviembre de 2006. “No queremos ser un simple adorno: queremos influenciar a la organización y ayudar a las mujeres pobres”, dijo Coney Rodríguez, presidenta del Comité Consultivo de Mujeres de la SEM, que al ayudar a planificar la convención, había

asegurado la participación de las mujeres en todas las mesas redondas o paneles. Su comité también había organizado uno de los paneles más populares de la convención, sobre las dificultades que ocasiona el género en cuestiones de desarrollo transnacional.

El presidente Antonio Saca y otros funcionarios salvadoreños asistieron al evento de apertura de la convención, y el embajador estadounidense Douglas Barclay dio la bienvenida a 500 participantes, 200 de los cuales habían viajado desde EE.UU. Representaban a una amplia gama de organizaciones con mentalidad desarrollista, entre ellas grupos culturales, instituciones educativas y clubes de emigrados (*hometown associations* o HTA) que apoyan proyectos de infraestructura de pequeña escala y brindan asistencia humanitaria en casos de crisis.

Entre los participantes había 16 mujeres salvadoreñas de Boston, Washington, San Francisco, Los Angeles, Memphis, Long Island, Las Vegas y diversas ciudades de Florida, cuya asistencia fue financiada por la IAF. Aunque de diversos orígenes y grupos etarios, todas estas receptoras de donaciones para gastos de viaje estaban interesadas en mejorar la situación de las mujeres salvadoreñas en EE.UU. y El Salvador. Una de ellas representaba a una HTA formada hace 25 años por 30 mujeres que ya tienen más de 80 o 90 años de edad y que el año pasado recaudaron US\$11.000 para financiar proyectos en El Salvador.

Las tres convenciones anteriores de la SEM, celebradas en Los Angeles, Washington y Boston, respectivamente, contaron con la asistencia de hasta 20 mujeres cada una, cuya participación fue financiada por la IAF. Las mujeres son un factor clave para los esfuerzos de recaudación de fondos de las HTA, y su participación en las cuatro convenciones fue parte de una estrategia para motivarlas a ascender a cargos directivos en sus organizaciones. Las receptoras de donaciones para gastos de viaje aprovechan las oportunidades que les dan los talleres para desarrollar redes de contactos, a lo que algunos atribuyen el que vayan asumiendo mayor responsabilidad en las HTA. La misma SEM recientemente eligió a una mujer como presidenta: Merlín Peña.

Rosemary Vargas-Landaus, coordinadora de política del Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA), quedó tan favorablemente impresionada con el compromiso demostrado por las mujeres que asistieron a la convención de Boston de 2005 que las alentó a participar como grupo en el programa

del FIDA en El Salvador. Desde entonces, el grupo ha presentado una propuesta, apuntalada por una contrapartida de la HTA, para apoyar los proyectos económicos de las mujeres en una de las regiones más pobres de El Salvador. Además de seguir adelante con la propuesta, Rodríguez afirma que los siguientes pasos incluyen establecer lazos con mujeres salvadoreñas en otros países y con mujeres indígenas en El Salvador, y crear un programa de becas de estudios superiores para mujeres. —*Kathryn Smith Pyle, ex representante principal de la IAF para El Salvador*

Prevención del delito

Los jóvenes menores de 25 años constituyen el 60 por ciento de la población de América Central. Lamentablemente, muchos han quedado a la deriva por una historia de emigración y guerra civil y la falta de oportunidades educativas y laborales. Las pandillas prometen un sentido de pertenencia y a menudo una carrera en el submundo de la delincuencia. Actualmente, se calcula que el número de pandilleros asciende a más de 100.000 y numerosos delitos violentos son atribuidos a estos jóvenes delincuentes. La respuesta oficial en El Salvador, Honduras y Guatemala ha sido una política de mano dura, que depende de los arrestos preventivos de posibles pandilleros y de duras condenas.

Pero los 25 expertos que hablaron en “La violencia juvenil en la región: Un diálogo pendiente”, conferencia celebrada en octubre de 2006 en San

Salvador que fue patrocinada por la Coalición Centroamericana para la Prevención de la Violencia Juvenil (CCPJV), se mostraron muy críticos con esa estrategia para hacer frente a la crisis en la seguridad pública y ofrecieron alternativas más eficaces. Según estos oradores de EE.UU., México, Honduras, Guatemala y El Salvador, es posible prevenir la violencia, intervenir donde se produce la violencia y reintegrar a los delincuentes. Jarrett Barrios, del senado de Massachusetts, dijo que la inflexible política de represión de su estado provocó, contrariamente, un aumento de las tasas de delincuencia, igual que lo ha hecho la estrategia de mano dura, según lo confirman las investigaciones. Desde entonces, Massachusetts ha adoptado un programa integrado de prevención, mejor vigilancia y un sistema judicial mejorado.

Los panelistas de la conferencia provinieron de organizaciones gubernamentales, empresariales y de la sociedad civil, incluyendo la Organización Panamericana de la Salud y la Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos (WOLA, por su sigla en inglés), ambas integrantes de la CCPJV. Entre los 350 participantes de la conferencia hubo ocho representantes de donatarios recientes de la IAF dedicados al problema del delito en El Salvador, uno de los países más violentos del mundo. Aun antes de conocer las opiniones de los especialistas, los donatarios —la Fundación Salvadoreña para la Reconstrucción y el Desarrollo (REDES), el Comité de Reconstrucción y Desarrollo Económico-Social de Comunidades de Suchitoto (CRC) y la Asociación Local para la Prevención de Desastres y el Desarrollo en el Bajo Lempa-Bahía de Jiquilisco (Asociación Mangle)— ya apoyaban iniciativas comunitarias dirigidas por gente joven, conducentes a la formación de líderes y la creación de oportunidades laborales y educativas.

“No es solo la violencia; lo importante es averiguar lo que la gente joven necesita y desea”, dice Josué Esquivel, presidente del Youth Business Club (club empresarial juvenil) que participa en el proyecto de desarrollo económico de REDES. Lupe Barrera Guevara, del CRC, trabaja en una región que soportó intensos conflictos y emigración en las últimas dos décadas. Coordina un consorcio de grupos juveniles que ofrece a la gente joven capacitación en comunicaciones y programas de museos, creando así oportunidades económicas vinculadas a la historia y la identidad de la comunidad. “Nuestro grupo

Cortés: Asociación Mangle



Kathryn Smith Pyle con miembros del personal de Mangle y jóvenes.

está ayudando a resolver este problema”, destaca.
—*Kathryn Smith Pyle*

Repensando la diáspora

Todos sabemos que los afrolatinoamericanos existen. Entonces, ¿qué debemos hacer ahora? ¿Cómo ponemos de relieve sus problemas? Estas preguntas dieron inicio a *Beyond Visibility: Rethinking the African Diaspora in Latin America* (más allá de la visibilidad: nueva conceptualización de la diáspora africana en América Latina), una conferencia celebrada del 1 al 2 de marzo, organizada por el Grupo de Trabajo Afrolatino de la Universidad de California en Berkeley y patrocinada por el Programa Andrew Mellon y la IAF.

Una audiencia de más de 250 personas presentó un dinámico panel inaugural seguido del poeta afropuertorriqueño Ayan de León, el grupo de danza haitiana Rara Tou Limen y el Grupo Cacique y Kongo en un espectáculo de tambores. Las animadas ponencias de los activistas y académicos Elizabeth Martínez y Carlos Muñoz exhortaron a una democracia multirracial en EE.UU. e invitaron a los afrolatinos, que pertenecen a dos culturas, a tomar la iniciativa. Hablando sobre la situación de los afrocolombianos, Claudia Mosquera, de la Universidad de Cartagena, advirtió que las actuales investigaciones universitarias no abordan la magnitud de sus desafíos y problemas. Los “culturalistas” que buscan la presencia de África en Colombia, dijo, pasan por alto las difíciles circunstancias sociales y económicas, que incluyen la pobreza, el desplazamiento y la marginalización forzados a causa de la actual guerra civil. La audiencia se mostró visiblemente sorprendida al oír la opinión de Mosquera que decía que los conservadores políticos de Colombia entienden el problema racial del país mejor que la guerrilla, que suele ignorarlo.

Stephen Small, de la Universidad de California en Berkeley, dio la bienvenida a 100 académicos, activistas y estudiantes a una sesión que incluyó ponencias evaluadas por un jurado sobre la diáspora en América, presentadas por 12 estudiantes de posgrado, habiéndose seleccionado de entre 60 ponencias presentadas de todo EE.UU. Sus investigaciones exploraron temas tan variados como los afrobrasileños en Argentina, los quilombos y la conservación en Brasil, la panlatinidad, la identidad garifuna en Honduras y la representación de los negros en el arte del cartel

cubano de alrededor de 1970. Otros cinco estudiantes diseñaron carteles relacionados con alianzas de afrocolombianos y afroestadounidenses, la identidad ambivalente de los caboverdeanos de Brasil y los afrolatinos de EE.UU.

Las monografías de los estudiantes generaron una animada sesión de preguntas y respuestas y comentarios de estudiosos tales como Mark Sawyer y Edward Telles, de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), el doctor Peter Wade, de la Universidad de Manchester, y los doctores Juan Flores y Miriam Jiménez-Román, de la Universidad de Nueva York —todos ellos encantados con el trabajo académico de la nueva generación, que destruye el mito de la democracia racial en América Latina y el Caribe hispanohablante.

La Universidad de California en Los Ángeles se ofreció a organizar la próxima conferencia anual.

Se planea una publicación. Para más información, visite <http://www.clas.berkeley.edu:7001/Research/workinggroups/groups/afrolatino.html>. —*Linda B. Kolko, vicepresidenta de la IAF, Oficina de Operaciones*

Reunión de educadores afro

“Me sorprendió conocer a afrodescendientes de Argentina, Paraguay, Chile y Bolivia. No sabía que había afrodescendientes en esos países”. Esa fue la reacción frecuente en Ecuador al Grupo Barlovento que había escogido al país como el lugar de su taller celebrado del 24 de marzo al 1 de abril, patrocinado por la Fundación Interamericana.

Lo cierto es que el Grupo Barlovento, coordinado por Sheila Walker de EE.UU. y Jesús “Chucho” García de Venezuela, cuenta con representantes afrodescendientes de los nueve países hispanohablantes de Sudamérica. Su objetivo es que los americanos afrolatinos relaten la historia de sus comunidades y hablen de las contribuciones que su gente ha hecho a sus respectivas naciones, desde la perspectiva de alguien de adentro, y crear materiales educativos sobre sus comunidades en el contexto de la diáspora africana en América. El investigador afroecuatoriano Juan García, cuyo trabajo pionero en el campo fue apoyado por la IAF, elaborará un plan de estudios para complementar el volumen de textos cuya publicación está prevista en Venezuela.

Irma Bautista, de la Confederación Nacional de Afroecuatorianos, coordinó actividades que inclu-



La vicepresidenta de la IAF Linda Borst Kolko, centro, junto a miembros del Grupo Barlovento; desde la izquierda, Juan Pedro Machado de Mundo Afro, Lucía Molina de la Casa de la Cultura Indo-Afro-Americana de Argentina, Oswaldo Bilbao Labatón del Comité de Desarrollo Étnico de Perú, Sheila Walker y Daniel Garcés Aragón de Colombia.

yeron visitas a proyectos financiados por la IAF en Guayaquil, el valle Chota/Mira y Esmeraldas, además de un seminario con investigadores del Fondo Documental Afro-Andino de la Universidad Andina Simón Bolívar en Quito y una conferencia sobre etnoeducación que atrajo a más de 60 participantes, entre ellos un especialista en planes de estudios del Ministerio de Educación del Ecuador. Larry Palmer, presidente de la IAF, inauguró la conferencia sobre etnoeducación y además organizó un desayuno de trabajo del grupo con el ministro de Cultura Antonio Preciado, el primer afrodescendiente en Ecuador que ocupa un máximo cargo ministerial.

Los miembros del Grupo Barlovento fueron nombrados ciudadanos honorarios de Esmeraldas por Ernesto Estupiñán Quintero, el primer alcalde afroecuatoriano de la ciudad, quien elogió la labor de ellos de contribuir a revelar las riquezas de las sociedades multiculturales de las Américas. —Sheila S. Walker, directora ejecutiva de Afro Diaspora, Inc.

Afrolatinas con poder

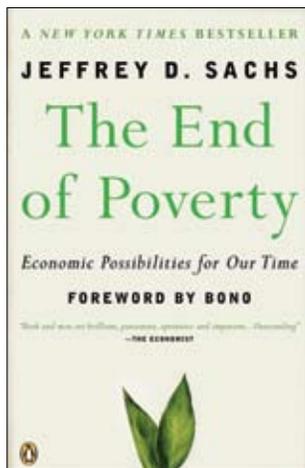
La Conferencia *Women of Power* (mujeres de poder) II, realizada del 20 al 24 de marzo y repartida entre Nueva York y Boston, presentó tres mesas redondas sobre activismo afrolatino dirigido a mejorar las condiciones de los afrodescendientes y sus países. Los panelistas auspiciados por la IAF fueron las costarricenses Epsy Campbell y Shirley Campbell-Barr,

las puertorriqueñas Ana Irma Rivera Lassén y Maria Elba Torres Muñoz, la panameña residente de Boston Yvette Modestin, y la haitiano-venezolana Evelyne Laurent-Perrault.

El propósito de la conferencia, organizada por el Instituto de la Diáspora Africana del Franklin H. Williams Caribbean Cultural Center (CCADI) y la Global Afro Latino and Caribbean Initiative (GALCI) del Hunter College, era destacar los logros de los afrodescendientes y seguir aumentando su visibilidad. Un público entusiasta en ambas ciudades pareció inspirarse en las discusiones, incluso cuando planteó preguntas difíciles, tales como qué habían hecho por sus representados las políticas profesionales integrantes del panel. *Women of Power II* ofreció a los panelistas la oportunidad de desarrollar sus redes de contactos en una recepción en Nueva York, y un encuentro en Boston con el consorcio de estudios de mujeres del Massachusetts Institute of Technology. Se tiene planeado publicar un libro sobre los participantes y otros activistas afrolatinos, así como un DVD, y los organizadores de la conferencia desean compartir los relatos de los activistas con organizaciones de base comunitarias y universidades. La ciudad de Boston rindió homenaje al evento con una resolución que declara a la fecha 23 de marzo como Día del Liderazgo y Activismo Afrolatinos. —Rosemarie Moreken, especialista de la IAF en análisis y evaluación

Lo que le falta a Sachs

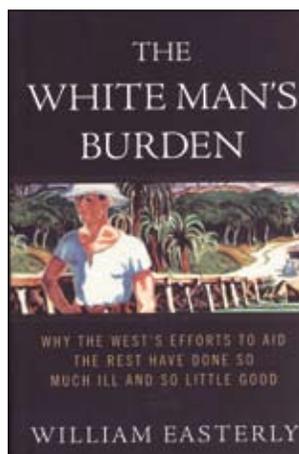
Por Patrick Breslin



The End of Poverty, Economic Possibilities for Our Time (el fin de la pobreza, posibilidades económicas para nuestro tiempo)

De Jeffrey D. Sachs

Penguin, 2005



The White Man's Burden, Why the West's Efforts to Aid the Rest Have Done So Much Ill and So Little Good (la responsabilidad de los blancos, por qué los esfuerzos del oeste por ayudar al resto han hecho tanto mal y tan poco bien)

De William Easterly

Penguin, 2006

En su introducción al libro *The End of Poverty* de Jeffrey Sachs, Bono, roquero irlandés, resume el argumento del libro con la afirmación de que la generación actual sabe cómo erradicar la pobreza extrema de todo el mundo y cuenta con el dinero suficiente como para hacerlo. En un libro de proposiciones resonantes pero dudosas, ésta debe analizarse en detalle.

La más discutible de las dos ideas relacionadas es que sabemos cómo erradicar la pobreza. Si eso fuera cierto, el segundo argumento —de gastar más dinero— pasaría a ser más moral que económico. Por eso hay que insistir en la primera idea antes de poder cabildar por la segunda.

Bono, un cabildero de primer nivel para los pobres del mundo es, en este caso, el telonero, que prepara a la audiencia para la verdadera estrella de la economía del desarrollo, Jeffrey D. Sachs, actual director del Instituto de la Tierra de la Universidad de Columbia y anteriormente profesor de Harvard, consultor de gobiernos abrumados por la inflación y asesor especial de Kofi Annan, ex secretario general de la ONU, respecto de los Objetivos de Desarrollo del Milenio aceptados por 191 estados miembro de la ONU y destinados a reducir la pobreza a la mitad para el año 2015. Sachs es también, según dice, confidente de muchos de los líderes mundiales.

Conté 13 presidentes o primeros ministros en sus agradecimientos, sin mencionar jefes de organismos internacionales. Lo que a Sachs le falta es por lo menos un activista de base contra la pobreza en su lista de vips. A lo largo de este libro a veces brillante, esa figura ausente, como un fantasma, pone en duda reiteradamente los argumentos de Sachs y la convicción de Bono.

En *The White Man's Burden* William Easterly también relaciona dos ideas, y ambas contradicen contundentemente a Sachs. Easterly piensa, primero, que en lugar de demasiado poco, es demasiado lo que se ha gastado en el desarrollo, dados los resultados obtenidos y, segundo, dado que los que dicen ser expertos, como Sachs, no saben en realidad cómo erradicar la pobreza, mucho de ese dinero —US\$2,3 billones en los últimos 50 años, según sus cálculos— se ha desperdiciado.

Easterly se une a este debate con una carrera en desarrollo, gran parte de la cual fue como economista investigador principal del Banco Mundial. Actualmente profesor de economía en la Universidad de Nueva York y becario principal del Center for Global Development (centro de desarrollo mundial) de Washington, sus experiencias lo han hecho escéptico, incluso desdeñoso, de los objetivos ambiciosos, los planes globales y los “planificadores”

que los formulan. El contraste entre su libro y el de Sachs abre un profundo debate sobre el desarrollo.

El libro de Sachs podría ser el último toque de clarín para la estrategia “de arriba abajo”, diseñada y dirigida por expertos, que ha dominado el pensamiento y la práctica del desarrollo durante más de medio siglo. Sus notas inspiradoras evocan visiones de un futuro utópico en el que la pobreza desesperada ha sido vencida por la ciencia y la tecnología, lideradas por una mayor ayuda externa, derivando inexorablemente en más beneficios para la gente pobre del mundo. Las metáforas familiares están allí: los peldaños de la escalera para salir de la pobreza que evocan las etapas del desarrollo económico de Walt Rostow, de la década de 1960; el experto en desarrollo como sabio médico que diagnostica rápidamente las causas locales específicas de la pobreza y escribe una receta que traerá alivio a las sociedades que luchan por salir adelante.

A diferencia de Easterly, Sachs llegó al desarrollo tarde. Un interés académico en la hiperinflación le ganó una invitación en 1985 a ayudar al gobierno de Bolivia, que en ese entonces se enfrentaba a lo que los latinoamericanos sardónicos solían llamar una “inflación madura” de casi el 3.000 por ciento anual. Al relatar sus aventuras en La Paz, y en capítulos sobre Polonia y Rusia, Sachs ofrece un vistazo a las altas finanzas nacionales e internacionales, desde la perspectiva de un iniciado en la materia. Afirma haber desempeñado papeles clave en el control de la

mejores capítulos de este libro, Otro capítulo, “Myths and Magic Bullets” (mitos y balas mágicas), es una comparación fascinante de las realidades económicas subyacentes en momentos de transición en China y Europa Oriental y, en él, echa rápidamente abajo la idea de que una cultura defectuosa condena a los pobres a la pobreza.

Pero la esencia del libro de Sachs es su plan para poner fin a la difícil situación de ese sexto de la humanidad que vive en la pobreza extrema —mil millones de personas— y para asegurar que todos los pobres del mundo, incluso los que viven en condiciones de pobreza moderada, que pueden satisfacer sus necesidades básicas, pero apenas, tengan la oportunidad de ascender por la escalera del desarrollo. La fecha proyectada para acabar con la pobreza es el año 2025, y un importante hito es reducirla a la mitad para el año 2015 (partiendo de los datos de 1990).

Esto puede lograrse, mantiene Sachs, con inversiones mucho más grandes y concentradas procedentes del mundo adinerado, que impulsen el proceso de acumulación de capital, crecimiento económico y aumento de los ingresos familiares. En su plan, Naciones Unidas supervisaría un esfuerzo coordinado por parte de sus organismos, que trabajarían con planes de desarrollo elaborados por los gobiernos de los países pobres. Los organismos bilaterales orientarían gran parte de sus fondos por esta estructura y concentrarían el resto en proyectos de menor escala y asistencia técnica.

“El libro de Sachs podría ser el último toque de clarín para la estrategia diseñada y dirigida por expertos, que ha dominado el pensamiento y la práctica del desarrollo durante más de medio siglo”.

inflación en Bolivia y en el éxito de Polonia respecto de la convertibilidad de su moneda y, no es de sorprender, un papel más limitado en un fracasado proceso de reforma cuando Rusia se deslizó hacia el cleptocapitalismo. Sachs emergió convencido de que estaba adquiriendo un entendimiento de primera mano del subdesarrollo. Su trabajo subsiguiente, en un rol más modesto de consultor para los gobiernos de China e India, le ofreció una exposición mayor a la pobreza miserable y material para dos de los

Se trata de un plan completo, detallado y en absoluto realista. Da por sentado un nivel de altruismo internacional para el cual hay escasos precedentes. Hace caso omiso de las rivalidades y los egoísmos burocráticos y nacionales. Comete el error de confundir el éxito en combatir enfermedades específicas, la única área en que la ayuda externa “de arriba abajo” ha dado resultado, con el éxito en el desarrollo en general. Los programas de vacunación son soluciones de aplicación universal, y los recursos y la voluntad

“Más que otra cosa, Easterly critica la tendencia de los planificadores de establecer objetivos generalizados tales como poner fin a la pobreza o fomentar el crecimiento económico”.

política pueden disponerse a corto plazo para llevarlos a cabo. Quizá debamos tratar el tema de la salud independientemente de la discusión sobre la eliminación de la pobreza, porque sesga la discusión. Los desafíos de desarrollo más generales de la pobreza —una mezcla de factores económicos, medioambientales, culturales, históricos, sociales, políticos y personales— son mucho más difíciles de resolver. Por último, Sachs omite el hecho de que todo lo que él promete ya ha sido prometido antes, en cada década de los últimos 50 años, como Easterly señala entretenido.

Y es posible que Sachs mismo haya perdido un poco de fe. En el prefacio a la edición en rústica parece apartarse de los elogios excesivos a los dirigentes políticos de sus agradecimientos originales. Ahora dice: “cuando llegue el fin de la pobreza, serán los ciudadanos en un millón de comunidades, en lugar de unos pocos dirigentes políticos, los que habrán generado el cambio”. Todos esos presidentes y primeros ministros y jefes de importantes organismos y bancos internacionales que se describen en forma tan elogiosa ahora se ven reducidos a “unos pocos dirigentes políticos” que aparentemente se limitan a observar ineficazmente. ¿Qué ha sucedido? ¿Posiblemente el hecho de no haber cumplido con las promesas de más fondos y la implementación de más planes?

Pero si Sachs deposita su confianza en los millo- nes del mundo, es justo preguntar qué es lo que sabe verdaderamente de ellos. A juzgar por las visitas a la zona rural de Kenya y la zona urbana de India, la única vez en todo el libro en que nos encontramos con los pobres, Sachs demuestra ingenuidad respecto de la manera en que el desarrollo funciona en el terreno. En Kenya, visita una aldea pobre como ángel auxiliador, anunciando que ha recaudado fondos para los habitantes. Se admira del hecho de que los aldeanos deciden organizarse para gastarlos, y no parece percatarse del hecho de que podría obtener el mismo resultado en una reunión comunitaria en la zona noroeste de Manhattan.

En Bombay, se encuentra con la realidad de la pobreza urbana tercermundista cuando visita a gente

que vive en refugios de cartón, a 10 pies de la vía férrea. Ve las condiciones deplorables, pero también la eficacia de la organización que han creado para proteger sus derechos. A su favor, logra percibir lo admirables que son sus logros, pero por algún motivo no se da cuenta de las repercusiones para su gran plan.

Hay varios puntos que revelan la distancia entre Sachs y la gente que propone salvar de la pobreza. Nunca conocemos el nombre de nadie en las pocas instancias en que Sachs está rodeado de gente pobre en lugar de colegas economistas y dirigentes mundiales. Incluso en las fotografías no profesionales del libro, los pobres siempre están a la distancia y no son identificados. Y cuando Sachs no vacila en mencionar ejemplos de la rapidez con que una innovación de desarrollo puede traer mejoras, a veces se equivoca en los detalles. Sugiere un cambio del cultivo de maíz tradicional al de vainilla en un ejemplo, pero cree que la vainilla crece en los árboles cuando la planta es en realidad una trepadora. Sugiere que habría una cosecha rentable de vainilla en el espacio de un año, cuando toma tres años desde que se plantan las semillas hasta que se forma el fruto. En su capítulo sobre “economía clínica”, donde ofrece una lista de control en siete partes para ayudar al experto en desarrollo a diagnosticar la pobreza, no hay una sola pregunta sobre los pobres como seres sociales. Son solo objetos.

El libro de William Easterly es lo opuesto al de Sachs en casi todo sentido. Pone en tela de juicio la idea del “gran impulso” de aumentar considerablemente la ayuda externa para montar un ataque despiadado contra la pobreza. Describe las diversas encarnaciones de esta estrategia desde la década de 1950: el ciclo de planes anunciados con gran alarde, la frustración y desilusión graduales, y finalmente el acuerdo tácito en la comunidad del desarrollo de tener la gentileza de retirar la mirada cuando el fracaso es evidente —todo esto seguido, alrededor de una década más tarde, de llamados a un nuevo gran impulso. La preferencia que demuestran los políticos y burócratas por los grandes planes, dice Easterly, reforzada por la convicción de la superioridad de los ricos respecto

de los pobres, es lo que impulsa este ciclo. Observa además, divertido, el fenómeno de que cada vuelta del ciclo trae invariablemente llamados a duplicar la ayuda externa para acabar con la pobreza mundial. Es parte de la obsesión de los planificadores con la cantidad gastada en lugar de los resultados obtenidos.

Easterly ataca dos enormes suposiciones integrales a la estrategia del gran impulso: que deben crearse mercados libres e instituciones democráticas para que la asistencia sea eficaz, y que ambos se fortalecerán con el desarrollo exitoso. En dos capítulos concisos, repletos de percepciones derivadas de una amplia gama de investigaciones antropológicas, políticas, históricas y económicas, Easterly explica convincentemente dos conclusiones importantes: tanto los mercados libres como la democracia claramente dan resultado. Ninguno de los dos puede ser exitoso si se impone desde afuera.

Más que cualquier otra cosa, Easterly critica la tendencia que tienen los que planifican la ayuda, de establecer objetivos generalizados como poner fin a la pobreza o fomentar el crecimiento económico. Argumenta, en cambio, a favor de objetivos concretos y mensurables: combatir la malaria, por ejemplo, suministrando mosquiteros a las aldeas por intermedio de canales probados; o incrementar los ingresos ayudando a los agricultores a vender sus productos. No le gustan los esfuerzos coordinados de gran escala en los cuales diversos organismos comparten la responsabilidad de alcanzar los objetivos de desarrollo. Cuando son muchos los organismos responsables, señala Easterly, ninguna agencia se responsabiliza individualmente. Otra observación importante es que son escasas las opiniones obtenidas de los supuestos beneficiarios de la ayuda externa implementada mediante la estrategia del gran impulso, opiniones que podrían servir como advertencia temprana de malos caminos elegidos o que por lo menos podrían permitir cambiar el curso durante la implementación.

El libro de Easterly es de lectura entretenida. Cada capítulo, por más teórico que sea el tema, está poblado de gente real en lugares reales. Donde Sachs describe a un mítico agricultor que cambia del cultivo de maíz al de la vainilla, Easterly habla de innovadores reales que hicieron cambios reales y obtuvieron resultados reales. Por consiguiente, capítulos tales como “You Can’t Plan a Market” (no se puede planear un mercado) son un gráfico recorrido por los complicados acuerdos sociales e institucionales que apoyan los mercados y,

al mismo tiempo, una introducción a algunos individuos fascinantes en los mercados de países específicos. El libro cuenta docenas de relatos y anécdotas reunidos de las investigaciones o de los propios viajes de Easterly. La gente que conoce tiene nombre y está ocupada resolviendo sus problemas. Y en ella, Easterly ve una alternativa. Desdeñoso de los planificadores con sus nociones de eliminar la pobreza con estrategias “de arriba abajo”, Easterly sugiere en cambio que se busquen y apoyen más de estos “pioneros” —empresarios sociales.

Pero no es evidente que el mismo Easterly sea consciente de la fuerza significativa que sus “pioneros” ya constituyen. Parece casi melancólico cuando sugiere [p. 206] que “deben estudiarse mucho más los mecanismos que dan el control de los recursos de la ayuda directamente a los pobres y que les permiten elegir lo que más desean y necesitan... Esto no es fácil, pero sospecho que ese será el futuro de la ayuda externa”.

Lo cierto es que, especialmente en América Latina, la infraestructura de liderazgo para el desarrollo “de abajo arriba” ya ha surgido. Está constituida por miles de grupos de base y organizaciones no gubernamentales, muchos de ellos con una larga trayectoria de progreso contra la pobreza general de la región. Luchan contra los mismos desafíos que los programas internacionales de ayuda externa han enfrentado durante más de medio siglo, pero obtienen resultados. No hay necesidad de esperar al futuro para canalizar eficazmente una proporción mucho más grande de ayuda externa por esa infraestructura de desarrollo.

Por último, ni Sachs ni Easterly parecen conscientes de que su diálogo es un eco de uno que hubo hace 35 años, cuando la publicación de *We Don’t Know How: An Independent Audit of What They Call Success in Foreign Assistance* (no sabemos cómo hacerlo: una auditoría independiente de lo que denominan éxito en la ayuda externa), de William y Elizabeth Paddock, que cuenta los fracasos de la ayuda externa, fue seguida de *They Know How* (ellos saben cómo hacerlo), el libro de la Fundación Interamericana que se basa en sus primeros cinco años de financiación flexible y receptiva de las organizaciones de base. Pero la repetición de ese debate hoy, y en especial la mordaz acusación de Easterly contra la ayuda externa “de arriba abajo”, podría por fin impulsar a los donantes a realizar una inversión seria en lo que la IAF siempre ha denominado el desarrollo de base. ❀

Los afroargentinos en foco: tres películas



Miriam V. Gomes.

Afroargentinos

Jorge Fortes y Diego Ceballos: 2002

Sodad

Lorena Fernández: 2005

Negro Che

Alberto Masliah: 2006

Después del retorno de Argentina a la democracia en 1983, los africanos y afrodescendientes, cuya existencia en el país había sido negada durante décadas, comenzaron a revitalizar y reconfigurar sus organizaciones. Los

conceptos sobre los derechos humanos fueron ampliados para incluir su lucha contra la discriminación y así fue posible articular el racismo que habían padecido. El acceso a los medios de difusión, el diálogo con el gobierno y los intercambios con instituciones de todo el continente trajeron aparejados reflexión, una presencia pública y crecimiento organizativo.

Las comunidades afroargentinas se formaron en tres períodos de la historia:

- Mientras se desarrolló el comercio de esclavos africanos en el siglo XVI y con su consolidación en los siglos XVII y XVIII, cientos de miles de africanos entraron por el puerto de Buenos Aires como mano de obra esclava.
- Desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, inmigrantes de Cabo Verde llegaron a Argentina escapando del hambre, la pobreza extrema y la falta de oportunidades bajo la administración colonial. Esta comunidad ahora suma aproximadamente 15.000 personas.
- En la segunda mitad del siglo XX, especialmente en la década de 1990, factores económicos y políticos trajeron una nueva ola de inmigrantes de Senegal, Nigeria, Malí, Sierra Leona, Liberia, Ghana y Congo.

La primera prueba piloto para medir la población afrodescendiente, una encuesta financiada por el Banco Mundial, fue realizada en 2005 por el Instituto Argentino de Estadísticas y Censos (INDEC), la Universidad Nacional de Tres de Febrero y dos consultores del Comité Argentino de Organizaciones Afro (Lucía Molina, presidenta de la Casa de la Cultura Indo-Afro-Americana de Santa Fe, y Miriam Gomes, vicepresidenta de la Sociedad Caboverdeana de Buenos Aires). La prueba piloto reveló que entre el 5 y el 6 por ciento de los individuos encuestados se identificaban a sí mismos como descendientes de africanos. Previamente, investigadores de la Universidad de Oxford habían estimado que la población negra sería de alrededor de un 5 por ciento, basándose en un análisis de marcadores genéticos de los bancos de sangre de los hospitales públicos. Otro estudio de la Universidad de Buenos Aires demostró que hasta un 10 por ciento de los habitantes de zonas portuarias urbanas de Argentina tienen antepasados africanos.

El impresionante salto hacia la visibilidad incluyó el desarrollo de producciones culturales, entre ellas, tres películas protagonizadas por la comunidad negra argentina.

En 2002, los productores Jorge Fortes y Diego Ceballos estrenaron su documental *Afroargentinos* (75 min.) en el Teatro Municipal General San Martín. La cinta obtuvo el primer premio en el Festival CINESUL de Brasil (2003) y una distinción del Movimiento Internacional de Directores de Películas Documentales para Miriam Gomes en la categoría de Mujeres en Filmes Documentales. La película presenta testimonios sobre el racismo y la discriminación sufridos en Argentina. Un episodio conmovedor tiene como protagonista a Patricio Andrade, un boxeador de Cabo Verde, quien tuvo una brillante carrera como boxeador amateur en el ejército argentino. Cuando llegó el momento de su promoción, sin embargo, fue dado de baja de la institución porque —según sus superiores— “un negro no le puede dar órdenes a los blancos”. La película resalta el contraste de tal testimonio con las palabras de algunos de los más conocidos pensadores argentinos, tales como Manuel

Belgrano, Domingo F. Sarmiento y Juan B. Alberdi, demostrando la mentalidad eurocéntrica.

En 2005, la productora Lorena Fernández estrenó su cortometraje documental *Sodad* (24 min.) sobre los inmigrantes de Cabo Verde que se asentaron cerca de los puertos y trabajaron en actividades portuarias. Las emotivas historias de estos isleños hablan sobre sus vidas y reconstruyen su percepción de “sodad”, palabra que viene del término portugués *saudade*, que significa nostalgia o melancolía. En el idioma criollo caboverdeano la palabra tiene múltiples y hasta contradictorias connotaciones: el deseo de quedarse cuando es preciso partir, el deseo de partir pero la imposibilidad de hacerlo, añoranzas por lo que se ha dejado pero felicidad por haberlo tenido por un tiempo. La película muestra la solidaridad que une a la comunidad, la preservación de sus ritos y la recreación de las tradiciones isleñas en esta tierra tan distante. *Sodad* fue seleccionada para ser exhibida en el Festival Internacional de Cine de Amiens, Francia, el Primer Festival Internacional de Trabajo Audiovisual de Chile y el Festival de Películas Antropológicas y Sociales del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, Argentina. Obtuvo el premio a la mejor documental del Centro Cinematográfico de Investigación Argentino.

En octubre de 2006, el director Alberto Masliah estrenó su primera producción, *Negro Che* (95 min.), en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (MALBA). Esta documental pinta un cuadro de un período de la vida social y cultural de los descendientes del primer grupo de africanos que llegó a Argentina, los negros criollos o afroargentinos. En la tradicional sociedad afroporteña, la expresión “negro che” designaba el estereotipo del negro pobre, todavía aferrado a los bailes y los tambores, elementos de poco prestigio en la sociedad europeizada. “Negro usted” era aplicado al negro con pretensiones literarias, aspiraciones a subir socialmente y deseo de tornarse más “blanco”. El trabajo de *Negro Che* está estructurado en base a filmaciones de un llamado a revivir los bailes del legendario Shimmy Club de la Casa Suiza de Buenos Aires, que fuera lugar de encuentro de los afroargentinos por más de cinco décadas. Además de mostrar los preparativos para el evento conmemorativo que se llevó a cabo el 23 de julio de 2005, se cuenta cómo se formó el grupo argentino de candombe “Familia Rumba Nuestra”, compuesto por Horacio Delgadino (hermano de María “Pocha” Lamadrid,

fundadora de la organización ¡África Vive! y matriarca de una familia prototípica de afroargentinos) y sus hijos. *Negro Che* sigue relatando las experiencias de otros afrodescendientes y de miembros de la Comunidad Caboverdeana de Argentina, en su condición de descendientes de africanos.

El historiador argentino Ricardo Rodríguez Mola ha confirmado que tango proviene del idioma kiluba y del vasto complejo lingüístico bantú, y que inicialmente significaba sociedad, congregación y, por extensión, lugares de reunión. Los angoleño-congoleses negros se reunían en “las casas y lugares de tango” pero gradualmente, en los siglos XVIII y XIX, optaron por hacerlo en academias de baile. En 1865, las primeras estrofas de tango aparecieron en forma escrita, junto con los nombres de los autores. Uno de los tangos más populares es “El Entrerriano” del afroargentino Rosendo Mendizábal. *Negro Che* incluye escenas de tango encantadoras y muy relevantes danzadas por el bailarín profesional afroargentino Facundo Posadas y su esposa, Kelly. Facundo, quien descende de una línea de compositores y músicos dedicados al tango desde su origen, explica en palabras y demuestra con movimientos el modo en que la cultura africana renació y se recreó en la música y la danza del Río de la Plata. —*Miriam V. Gomes, profesora de Estudios Americanos de la Universidad de Buenos Aires.*

Bibliografía sugerida

- Andrews, George Reid., *Los Afro-Argentinos de Buenos Aires*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1989.
- Frigerio, Alejandro, *Cultura Negra en el Cono Sur: Representaciones en conflicto*, Ediciones de la Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 2000.
- Maffia, Marta, “Algunas consideraciones sobre la familia y la inmigración caboverdeana en la Argentina,” *Parecidos y Diferentes, Revista de Culturas Lusófonas*, No. 2, 1994.
- Picotti, Dina (ed.), *El Negro en la Argentina: Presencia y Negación*, Editores de América Latina, Buenos Aires, 2001.
- Rodríguez Molas, Ricardo, “Presencia de África Negra en Argentina,” *Revista Desmemoria*, Vol. 6, Nos. 21-22. 1999.
- Solomianski, Alejandro, *Identidades secretas: la negritud argentina*, Beatriz Viterbo Editora., Rosario, 2003.*
- Uya, Okon Edet, *Historia de la esclavitud negra en las Américas y el Caribe*, Editorial Claridad, Argentina, 1989.

*Reseñado en “Beyond Invisibility: Afro-Argentines in Their Nation’s Culture and Memory,” (más allá de la invisibilidad: los afro-argentinos en la cultura y memoria de su nación) de Robert J. Cottrol, *Latin American Research Review*, Vol. 42, No. 1, febrero de 2007.



Más allá de los Promedios: Afrodescendientes en América Latina

Editado por Josefina Stubbs y Hiska N. Reyes

Banco Mundial: Washington, D.C., 2006

Disponible en español

Se calcula que los afrodescendientes constituyen aproximadamente una quinta parte de la población de Latinoamérica, y son desesperantemente pobres. Pero la información precisa sobre datos demográficos y condiciones de vida de este grupo es escasa. Sin ella, su pobreza, invisibilidad, y la vasta desigualdad a la que hacen frente no pueden ser encaradas con eficacia. Esta serie de cinco volúmenes de libros en rústica del Banco Mundial documenta la inclusión de afrodescendientes en censos nacionales y encuestas hogareñas, en Argentina, Colombia, Ecuador, Honduras y Perú.

Entre 2003 y 2005, equipos integrados por personal de oficinas de censo y representantes de grupos de afrodescendientes de los cinco países trabajaron para recopilar algunos datos concretos. Esto no fue fácil debido primeramente a la dificultad de formular preguntas y categorías de encuesta en un contexto innegable de pasada discriminación racial y, segundo, el estigma unido a la autoidentificación como afrodescendiente. Cada equipo enfrentó estos desafíos a su manera. Los datos socioeconómicos detallados resultantes en cada país varían según las herramientas de recolección de datos y las prácticas censales, y esto impide una comparación entre los países en indicadores específicos. No obstante, la serie marca un

comienzo para la recolección y la recolección mejorada, y futuras comparaciones deberían ser factibles.

El volumen sobre Argentina detalla una encuesta experimental de afrodescendientes que no habían sido incluidos en ningún censo desde 1887. Se concentra en el equipo implicado, los modelos de entrenamiento y las pruebas de validación realizadas, y el material desarrollado. El volumen sobre Perú, que no tenía estadística alguna sobre sus afrodescendientes, cubre un estudio que utiliza la autoidentificación para examinar a cinco comunidades afroperuanas. Los métodos que recurren a la raza o la lengua, y que podrían haber sido útiles en otra parte, no fueron aplicables a Perú, debido a la mayor mezcla racial y el efecto continuo de la urbanización y la migración sobre la singularidad cultural y social.

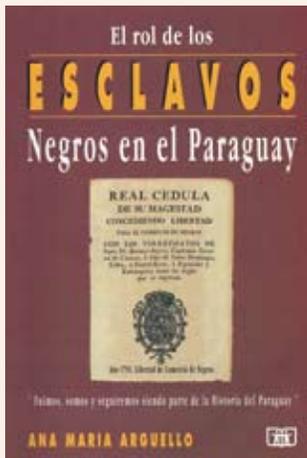
La puesta en vigor en 1991 de la Ley 70 de Colombia sobre los afrodescendientes estableció su inclusión en el censo de 1993 —la primera vez que eran incluidos desde 1918. Este volumen cubre el censo mejorado de 2004 que incluyó un sondeo sobre calidad de vida que permitió una comparación de la evaluación que los afrocolombianos hacían de sus necesidades y del orden de prioridad de las mismas según género, edad, y residencia urbana y rural. Ecuador comenzó a incorporar preguntas específicas para afroecuatorianos en el año 2000, y el volumen sobre Ecuador incluye datos recogidos sobre educación, empleo, salud y recomendaciones compartidas de los participantes para mejorar censos futuros.

El volumen sobre Honduras abarca un censo de 2001 y una encuesta de hogares de 2002, la que además de las cifras de población incluía datos socioeconómicos de afrodescendientes. El Banco Mundial recomienda continuar incluyendo la per-

tenencia étnica en censos y encuestas hogareñas en Honduras. Sin embargo, debido a la creciente aculturación de las generaciones más jóvenes, algunos de los indicadores regulares son inadecuados. Por lo tanto, para mejorar la exactitud de los resultados, el Banco sugiere agregar preguntas sobre la lengua (remon-tándose hasta la generación de los abuelos) y sobre alimentos especiales, que pudieran indicar mejor la ascendencia africana.

También se precisa de recoger datos de Mosquita e Islas de la Bahía, áreas no incluidas previamente en las encuestas hogareñas.

Esta rica serie resultará interesante no sólo a quienes trabajan en censos y encuestas en otros países de Latinoamérica y el Caribe, sino también a cualquier individuo u organización que desee trabajar con poblaciones afrodescendientes. —*Rosemarie Moreken*



El rol de los Esclavos: Negros en el Paraguay

*De Ana María Argüello
Martínez*

*Centro Editorial
Paraguayo: Asunción,
1999*

Disponibile en español

Documenta las con-
tribuciones de los
afrodescendientes en
Paraguay desde la funda-
ción de la República, en

1811, y presenta un marco para entender sus orígenes en el país, incluso antes de la independencia.

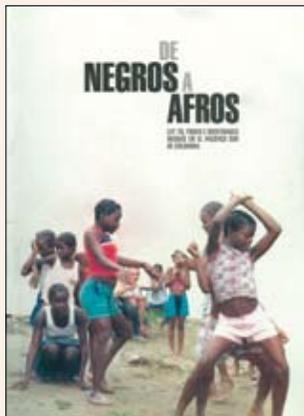
El primer esclavo negro del que hay registros en Paraguay llegó con su dueño portugués en 1613, según un relato de la época escrito por el general Francisco González de Santa Cruz; otros 1.087 llegaron poco después. En 1683, el gobierno español prohibió la importación a Paraguay de esclavos africanos y afrodescendientes. El contrabando se convirtió entonces en un problema. En cierto punto de la historia, España negoció con Portugal el retorno de un grupo de esclavos, junto con azúcar, tabaco, vino y licor de contrabando. La autora presenta documentos

que prueban ostensiblemente la venta de africanos en mercado abierto en 1694, a pesar la interdicción.

Los esclavos enfrentaban obstáculos legales para casarse, y el matrimonio interracial era desalentado por un conjunto de regulaciones que se habían consolidado a lo largo de 200 años, las cuales exigían que marido y mujer fueran de la misma raza y clase. En la década de 1780, una ley española cuya aplicación era irregular garantizó asilo en Paraguay para los africanos que huían de la esclavitud en otras partes, lo que condujo al establecimiento de poblaciones tales como Pueblo de Mulatos de Tabapy. Que el comercio de esclavos continuaba de todos modos es algo comprobado por los registros de venta y transferencia de propiedad que datan de entre 1820 y 1855.

La ley de vientres libres de Paraguay, que establecía la libertad de los hijos nacidos de madres esclavas, fue promulgada en 1842, como manera gradual de abolir la esclavitud. Si bien los esclavos propiedad de extranjeros que fueron registrados antes de un plazo específico fueron eximidos más adelante, aquellos que no eran registrados a tiempo podían solicitar al estado o a la policía una declaración de libertad que prohibía al dueño reclamar compensación. A partir de 1865, afrodescendientes esclavos fueron reclutados por el ejército paraguayo, o fueron donados o vendidos por sus dueños, para luchar en guerras contra países vecinos. Al año, eran 10.000 soldados. En reconocimiento de su contribución en la guerra, el gobierno paraguayo declaró la abolición de la esclavitud el 2 Octubre de 1869.

Ana María Argüello Martínez examina la condición de los esclavos en Paraguay mediante episodios que detallan experiencias individuales y enfoca a regiones enteras como Villarrica, cuyos afrodescendientes constituían un 15 por ciento de la población en la década de 1680. La autora utiliza también tasas de fertilidad y estadísticas regionales para apoyar sus conclusiones en cuanto a la terrible calidad de vida que soportaban los esclavos. Del mayor valor son las copias escaneadas de documentos originales sobre el comercio de esclavos en Paraguay: listas de africanos y afrodescendientes libres y esclavizados, legislación, castigos e información demográfica. —*Judith Morrison*



De Negros a Afros: Ley 70, Poder, e Identidades en el Pacífico Sur de Colombia

De Luis Fernando Botero Villegas

Editorial Nuevo Milenio: Medellín, 2005

Disponibile en español

La aprobación de la Ley 70 en 1993 significó el primer reconocimiento

legislativo de las comunidades afrodescendientes de Colombia desde la abolición de la esclavitud en 1851. La Ley 70 reconoce a los afrocolombianos como grupo étnico y establece sus derechos a poseer título de propiedad colectiva sobre sus tierras tradicionales; para el año 2003, las comunidades afrocolombianas que satisfacían los requisitos habían recibido título de propiedad sobre 5 millones de hectáreas. En *De Negros a Afros: Ley 70, Poder, e Identidades en el Pacífico Sur de Colombia*, Luis Fernando Botero Villegas examina la historia de los movimientos sociales y la identidad afro estudiando la historia e implementación de la Ley 70 en la costa pacífica meridional de Colombia.

Botero Villegas sostiene que la Ley 70 no fue “un regalo del estado” sino el producto de años de trabajo al nivel de la base. El autor rastrea esta historia a través de los movimientos de concientización negra de las décadas de 1970 y 1980 y su evolución hacia organizaciones activistas con planes de acción económicos, políticos y culturales. Se atribuye a estas organizaciones el haber asegurado que los derechos de las comunidades afrocolombianas fueran contemplados en la constitución de 1991, en el Artículo Transitorio 55 que exigía la redacción de un proyecto de ley sobre los derechos culturales y territoriales de los afrocolombianos. Durante los dos años siguientes, las organizaciones comunitarias, con el apoyo de la diócesis católica de Tumaco, trabajaron diligentemente para elaborar la Ley 70, y desde entonces han sido las partes más activamente involucradas en su implementación.

El autor no vacila en criticar la Ley 70. Ésta, por ejemplo, no reconoce un territorio afrocolombiano contiguo, que fue la intención original. En cambio, otorga título de propiedad colectiva a las comunida-

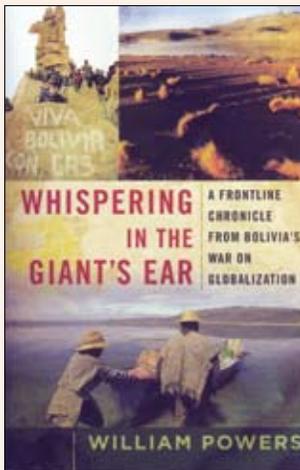
des individuales que pueden verificar sus derechos sobre la tierra. La financiación del gobierno de la extensa organización, planificación y documentación necesarias para entablar demandas en virtud de la ley ha sido casi inexistente, por lo cual el procedimiento debe depender en gran parte del apoyo de donantes internacionales. Más de la mitad de los afrocolombianos vive en zonas urbanas, y sus circunstancias precarias no están contempladas en la Ley 70; y los derechos sobre la tierra sirven de poco en las comunidades rurales donde el narcotráfico y el conflicto armado siguen desalojando a los residentes por la fuerza. En definitiva, Botero Villegas afirma que la Ley 70 es “un medio para ayudarnos a lograr nuestros objetivos, no un objetivo de por sí”. Con todo lo que ya se ha logrado, dice, aún queda mucho por hacer.

Esta discusión en *De Negros a Afros* está organizada mediante un análisis extenso de los escritos pertinentes —las publicaciones, cartas, materiales de capacitación, actas de sesiones, etc., que documentan esa historia. Quizá la percepción más interesante ofrecida por el autor derive de su análisis del uso de los términos *afro* y *negro*. Sostiene que *afro*, solo o como prefijo (afrodescendiente, afrocolombiano, afroamericano, etc.), suele emplearse principalmente en entornos académicos o elitistas; la mayoría de los colombianos negros, insiste, se define simplemente como *negra*. Botero Villegas considera que esta distinción es importante: el término *afro* no tiene en cuenta el patrimonio multiétnico de la mayoría de los colombianos negros, mientras que *negro* puede abarcar la diversidad de la experiencia negra en Colombia y en toda la diáspora.

Según Botero Villegas, los afrocolombianos recién comienzan el proceso complejo y dinámico de crear una identidad étnica. Señala las realidades muy diferentes a las que se enfrentan las comunidades urbanas y rurales; la historia particular de esas comunidades formadas por esclavos prófugos o cimarrones y las fundadas tras la abolición de la esclavitud; y una gama de lealtades políticas y geográficas. Un sentido cohesivo de identidad, afirma, debe basarse en los atributos sociales y culturales que se poseen en común y además tomar en cuenta esa diversidad.

De Negros a Afros brinda al lector una detallada base en la historia de la Ley 70 —quizá excesivamente detallada. Las numerosas e interesantes percepciones a menudo se pierden en su tediosa pormenorización de la discusión. Al mismo tiempo, deja al lector

deseando más información sobre estas fascinantes comunidades colombianas. —*Theresa Logan, asistente de programas de la IAF*



Whispering in the Giant's Ear

Por William Powers

Bloomsbury: New York, 2006

Disponible en inglés

El nuevo libro de William Powers, *Whispering in the Giant's Ear: A Frontline Chronicle from Bolivia's War on Globalization* (susurrando en el oído del

gigante: una crónica desde el frente de guerra de la globalización de Bolivia), abarca cuatro años (2001–2005) de la vida de un ambientalista que trabaja en las trincheras de las escarpadas zonas rurales de Bolivia. Bolivia tiene solo 9 millones de habitantes pero alberga el sexto bosque tropical más grande del mundo y una gran extensión de biodiversidad en distintos parques, zonas protegidas y territorios indígenas. También es el hogar de algunos de los pueblos indígenas más políticamente movilizados del mundo. Ambos temas interesan a Powers, y el autor produce una narrativa vibrante para conectarlos. El resultado es una mezcla exitosa —en parte memorias, en parte diario de viaje, en parte historia y en parte periodismo político— que ofrece una introducción excelente y elegantemente redactada a esta fascinante nación, en el momento en que sus ciudadanos indígenas se alzan para reclamar sus derechos y cambiar por completo el curso de la historia.

El relato de Powers comienza en lo alto de la ciudad andina de La Paz, donde la angustia que él siente por su estilo de vida y condiciones de trabajo como funcionario privilegiado de ayuda al extranjero en un mar de pobreza lo impulsa a aceptar un puesto más activo con una organización boliviana que emprendía un proyecto de conservación en un parque nacional del departamento de Santa Cruz.

Su nuevo empleo lo pone en contacto con filántropos internacionales adinerados que financiaban la captura de carbono, una estrategia de “globalización ecológica”. Los demás participantes eran profesionales bolivianos, un economista ambiental internacional y los indígenas chiquitanos cuyos intereses y derechos territoriales son esenciales a la estrategia de conservación. Según revela Powers, Bolivia es conocida entre los ecologistas como el sitio donde se realizan proyectos espléndidamente innovadores para proteger el Amazonas, y su propia organización está a la vanguardia.

Con buen ojo para los detalles y una prosa gráfica, Powers deleita al lector con descripciones memorables de la vida silvestre, el paisaje y la gente, dando vida a personajes fascinantes entre los ricos y los pobres por igual. Su narración también produce ideas y reflexiones sobre el desarrollo social y económico, el Amazonas, y otros desafíos ambientales mundiales. Ofrece opiniones francas sobre todo tipo de temas, desde la política antidroga de EE.UU. hasta el nuevo y creciente movimiento de los sin tierra de Bolivia que desafía las injusticias en la tenencia de tierras. Entre las entretenidas anécdotas del “un extranjero en el Tercer Mundo” hay relatos de rescate de vehículos de caminos embarrados en parajes remotos y del pánico abrumador provocado por un enjambre de abejas, que no mermó hasta que los chiquitanos locales calmaron sus nervios y le dieron consejos prácticos. El lector recorre programas de capacitación para los chiquitanos y percibe la fascinación y el desafío del trabajo, junto con la ambivalencia del escritor sobre sus propias inadecuaciones. Powers tiene además mucho que decir y observar sobre los beneficios de los populares sitios ecoturísticos de Bolivia, entre ellos los lugares de los Andes adonde lo llevan sus viajes. Disfruta mucho de las ricas expresiones culturales de Bolivia cuando se topa con ellas, algo que sucede a menudo.

Powers, el ambientalista, entiende el poder que ejercen las empresas madereras, ganaderas, narcotraficantes y agrarias de Santa Cruz. El cultivo de soja durante varias décadas, que resultó en la destrucción de los bosques tropicales y la degradación de frágiles tierras de cultivo y canales, es el lado oscuro del “exitoso” desarrollo regional y la globalización económica. Es un ejemplo de cómo la intersección de intereses políticos y comerciales determina la ordenación de recursos naturales en Bolivia y también degrada a los indígenas bolivianos a ciudadanos de



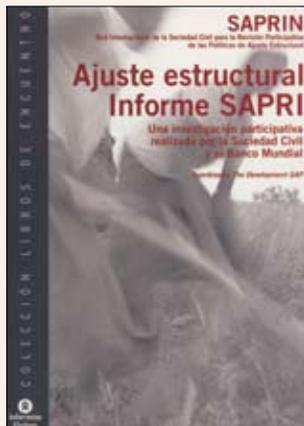
Cortesía APCOB

Marcelo Surubí, indígena chiquitano que es técnico forestal y que como tal trabaja con el donatario de la IAF Ayuda para el Campesino Indígena del Oriente Boliviano (APCOB), junto a su madre Ana Hurtado García.

segunda categoría, dejándoles los insignificantes beneficios de la economía de goteo.

Sin embargo, el relato adquiere otra narrativa a medida que los pueblos indígenas y sus aliados de toda esta dispersa nación se movilizan para protestar el hecho de que el agua y el gas estén en manos de empresas multinacionales y los efectos decepcionantes de las reformas neoliberales clásicas en sus ingresos y posibilidades de empleo. Salvador, compañero activista chiquitano de Powers, es el hilo que une el tema ambiental al movimiento de justicia social más amplio. Las manifestaciones pacíficas generales captaron la imaginación de ciudadanos admirados de todo el mundo, cuando los indígenas bolivianos bloquearon las calles, marcharon y emplearon otras tácticas para paralizar las actividades del estado y la economía, y llevar a eleccio-

nes que transformaron el panorama político. Lograron reemplazar democráticamente a una clase dirigente elitista con Evo Morales, el primer presidente indígena de Bolivia, y un audaz temario de reformas sociales, económicas y políticas. Aunque Powers pone fin a su relato antes del triunfo electoral, su libro ofrece una perspectiva nueva, comprensiva, informada y bien redactada de algunos de los acontecimientos más importantes que llevaron a ese triunfo y lanzaron a Bolivia a una nueva era. —Kevin Healy, representante de la IAF para Bolivia y autor de *Llamas, Weavings and Organic Chocolate, Multicultural Grassroots Development in the Andes and Amazon of Bolivia (llamas, tejido y chocolate orgánico: desarrollo de base multicultural en los Andes y el Amazonas de Bolivia)*



Ajuste estructural: Informe SAPRI

*De la Red Internacional de
Revisión Participativa del
Ajuste Estructural*

*Palgrave Macmillan: New
York, 2004*

*Intermón Oxfam:
Barcelona, 2005*

*Disponible en español e
inglés*

Ajuste estructural: el término ha sido una panacea para algunos y una maldición para otros. Dirigentes políticos y expertos en desarrollo lo han elogiado y condenado, pero pocos han medido su impacto en todos los sectores de la economía de un país. La Red Internacional de Revisión Participativa del Ajuste Estructural (SAPRIIN), una coalición de organizaciones de la sociedad civil de nueve países en cuatro continentes, se dispuso a hacerlo. El esfuerzo total fue coordinado por The Development GAP (grupo de desarrollo de políticas alternativas) de Washington D. C., bajo la dirección de Steve y Doug Hellinger.

La iniciativa comenzó con el respaldo y la participación del Banco Mundial. “Lo que busco y para lo cual solicito su ayuda es una manera diferente de trabajar en el futuro”, escribió James Wolfensohn, presidente del Banco, a SAPRIIN en 1996, cuando el grupo acababa de formarse. Pero el espíritu de cooperación no duraría hasta concluir el estudio. El Banco se retiró oficialmente antes de que éste se finalizara y no ofreció comentario alguno sobre el informe final de SAPRIIN.

Este libro es lectura obligatoria para todo profesional del desarrollo. Los investigadores participantes examinaron los documentos y las estadísticas, encuestaron a los actores interesados locales y llevaron a cabo revisiones participativas por las cuales los individuos afectados de diversos sectores sociales comunican sus experiencias. Los resultados fueron compilados en informes de países que luego fueron condensados, sintetizados y publicados como el informe con el título revelador de *Ajuste estructural: Raíces políticas de la crisis económica, la pobreza y la desigualdad*. Destilando la información reunida de los miembros de 3.500 organizaciones de base, el

informe mide cómo las políticas de ajuste estructural repercuten en todos los niveles de la sociedad, pero, en especial, en la gente más afectada: trabajadores urbanos, agricultores, pequeños empresarios, grupos indígenas, mujeres y jóvenes. País por país, el informe expone la disparidad que existe entre los objetivos establecidos de generar ahorros y divisas abriendo mercados y reduciendo el papel del estado en la economía, y la repercusión práctica en el ciudadano común.

Los hallazgos no son de sorprender. Lo que atrae la atención es su relación con muchos temas políticos y económicos que son objeto de discusión en los países desarrollados. La migración de trabajadores indocumentados, la fuga de cerebros, la reaparición de enfermedades que habían sido consideradas erradicadas y la destrucción del medio ambiente han tenido repercusiones perjudiciales tanto en el norte como en el sur. En lugar de poder corregirse con políticas de ajuste estructural, señala el informe, estas circunstancias debilitantes son el resultado directo de la implementación de tales políticas.

Para los puristas de la economía, las conclusiones del informe no están respaldadas por análisis estadísticos rigurosos y dependen demasiado de las encuestas cualitativas, las evaluaciones no científicas y las percepciones individuales. Los autores responden que un gran número de datos estadísticos obran en poder del gobierno y del Banco Mundial. El propósito del libro, sostienen, es presentar el impacto del ajuste estructural en quienes fueron pasados por alto cuando se reunieron los resultados.

¿Influenciarán estos hallazgos al personal directivo del Banco Mundial y el FMI, y a los funcionarios públicos de países que negocian una asistencia financiera durante una crisis económica? En un último capítulo, los autores observan: “el hecho de que el Banco no esté dispuesto a involucrarse en un foro participativo y de formulación de política pública de este tipo, con rendición de cuentas integrada, es un comentario revelador sobre la constante negativa de la institución a considerar nuevos rumbos en la política nacional, incluso cuando se producen importantes cambios políticos y en el pensamiento económico en toda Sudamérica”. Aunque no es una respuesta a la pregunta, el comentario no inspira optimismo. —Wilbur Wright, representante de la IAF para Perú

Publicaciones de la IAF aun disponibles



Español

Inglés

El Congreso de EE.UU. creó la IAF en 1969 para responder a las necesidades de la gente a nivel de la base. Ocho años más tarde, reflexionando sobre su experiencia con

Español

el desarrollo de autoayuda, el personal de la IAF produjo *Ellos saben cómo*. El título hace referencia a *We Don't Know How* (no sabemos cómo), una publicación anterior que denunciaba los fracasos de la asistencia exterior. Utilizando la relación de la IAF con 94 donatarios, este libro sostiene que los pobres organizados son los expertos en mejorar las condiciones de vida de sus comunidades y pueden ser responsables de los propios proyectos de autoayuda. Un clásico en la literatura del desarrollo, el material fue republicado en 1991.

Antes de ser suspendido en el año 2000, el programa



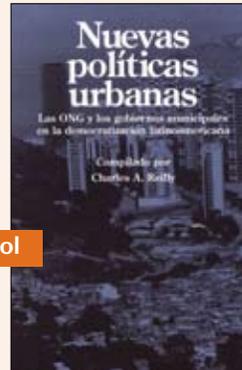
Español

Inglés

de becas doctorales de la IAF apoyaba a candidatos al doctorado de universidades de EE.UU. en su exploración de temas cuya diversidad está reflejada en *Investigaciones sobre el desarrollo de base*.

William Glade, entonces académico de nota del Centro Internacional Woodrow Wilson, Charles A. Reilly, entonces director de estudios

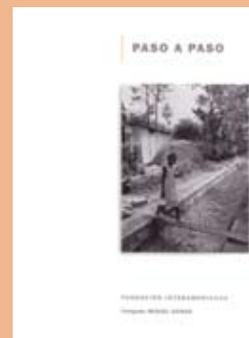
temáticos de la IAF, y Diane Bendahmane, entonces directora técnica de servicios de información del International Science and Technology Institute, unieron sus fuerzas en 1993 para editar y publicar esta colección de informes sobre aspectos del desarrollo y alivio de la pobreza.



Nuevas Políticas Urbanas, una serie de estudios editada por Charles A. Reilly, quien fuera director de investigación y estudios temáticos de la IAF, captura la relación del gobierno y el tercer sector en varios países. Aunque los estudios fueron completados en 1990 y 1991, siguen siendo relevantes en el debate sobre

quién debería proporcionar servicios sociales y el modo de pagarlos. El libro puntualiza que el 72 por ciento de los latinoamericanos vive en ciudades. Observa a las ONG como aliadas antes que como opuestas al gobierno municipal para encarar las necesidades de los pobladores urbanos.

OFRECIMIENTO ESPECIAL



El libro fotográfico de Miguel Sayago *Paso a Paso* está disponible en español, inglés, portugués y criollo haitiano y puede ser obtenido gratuitamente de la IAF mientras no se agote. Ver su descripción en la página 75.

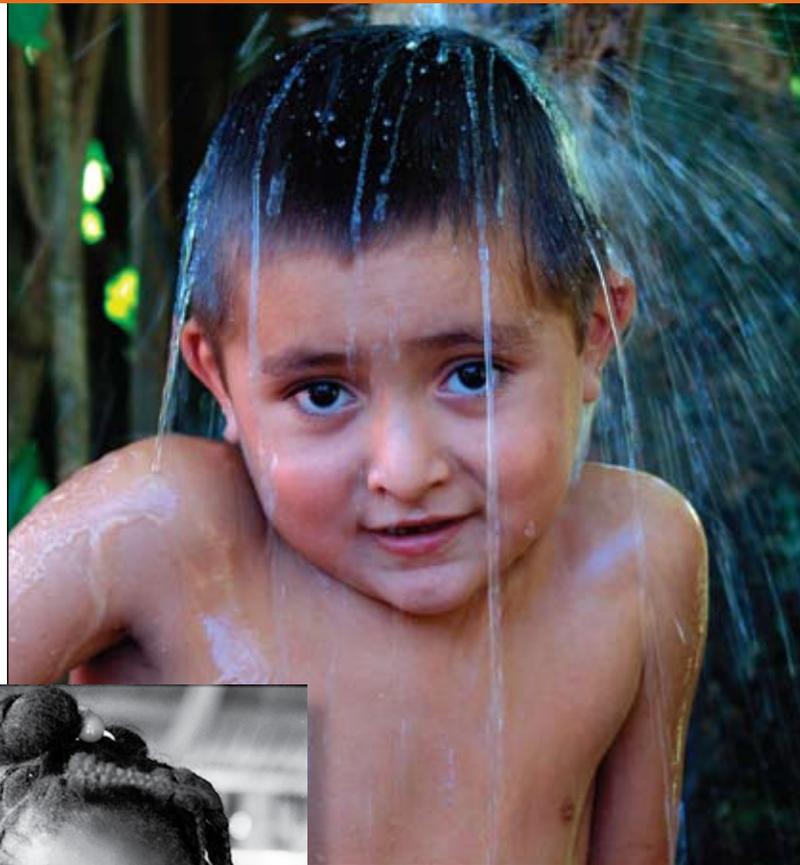
Solicite una copia gratuita a info@iaf.gov. Este ofrecimiento se limita solo a las publicaciones de esta página. Todos los demás recursos reseñados deben ser obtenidos de otras fuentes.

Fotografías de la IAF para exhibiciones

Antonio, un niño hondureño, atisba desde una cascada de agua limpia. Raymonde Louis, escolar haitiana, mira atenta a la cámara. Lizabeth Caravelo Valenzuela, indígena mexicana yaqui, descansa en la cocina de su flamante hogar. Estas son solo algunas de las fotografías ofrecidas en tres exhibiciones viajeras que comparten experiencias de algunos de los más de 4600 proyectos financiados por la IAF en los últimos 36 años:

- *Changing Lives* (cambiando vidas). El galardonado fotógrafo británico Sean Sprague ha estado captando para la IAF el desarrollo de base en acción desde 1977. Con instintos artísticos impecables, retrata a los beneficiarios en sus hogares, escuelas, vecindarios y sitios de trabajo y hace que su realidad hable por sí misma.
- *Paso a Paso*, del fotógrafo chileno Miguel Sayago captura tanto el trabajo de la IAF como la diversidad de nuestro continente: enclaves de pesca y poblaciones de montaña, poblados urbanos y comunidades rurales, y los indígenas y afrodescendientes que constituyen un porcentaje desproporcionadamente elevado de los pobres de la región.
- *On the Border* (en la frontera) de Mark Caicedo retrata emprendimientos de autoayuda a lo largo de la frontera mexicano-estadounidense donde la IAF y sus ONG asociadas ayudan a los residentes a enfrentar los desafíos de la proximidad, entre ellos, migración, empleo, degradación ambiental y seguridad.

Para acceder a fotos seleccionadas y a ensayos fotográficos, ingrese a www.iaf.gov. Para organizar una exhibición, contacte con la IAF en info@iaf.gov. Sobre pedido, la IAF puede proporcionar expositores para tratar sobre el desarrollo de base.



Raúl Enrique Bidart, Visionario del desarrollo de base

Con el fallecimiento de Raúl Bidart el 15 de agosto de 2006, la IAF y la comunidad del desarrollo perdieron a un colega y amigo brillante y sumamente creativo. Nacido en Uruguay, Raúl fue un ciudadano del mundo. Sus contribuciones al desarrollo de base son visibles y muy apreciadas en todo el Cono Sur y en lugares tan distantes como Washington y Francia.

A principios de la década de 1970, cuando la IAF inició su trabajo, Raúl era director del Instituto de Promoción Económico-Social del Uruguay (IPRU), una ONG fundada en 1965 con el fin de ayudar a los sectores desfavorecidos a desarrollar el liderazgo y formular las estrategias que permitieran que los grupos de gente joven, pequeños agricultores y mujeres ejercieran sus derechos como ciudadanos para la edificación de una sociedad más justa. Como uno de los primeros donatarios de la IAF, el IPRU ofreció asistencia técnica a dos organizaciones de productores lecheros que luego fueron donatarias —la Sociedad de Fomento Rural de Durazno y la Sociedad de Fomento Rural de Paysandú— y a la Comisión Nacional de Fomento Rural, asociación representante de cooperativas de pequeños agricultores. Durante casi dos décadas, Raúl y el IPRU contribuyeron a crear el programa de la IAF en Uruguay, descrito en la publicación de la IAF *El sector de los pequeños productores agropecuarios del Uruguay: socio para para el desarrollo*, de 1989.

Raúl fue uno de los primeros en apoyar a Manos del Uruguay y desempeñó un papel clave en la fundación de la Central Lanera Uruguaya, que celebra 40 años de servicio a los pequeños agricultores. Cuando la IAF estaba considerando otorgar una donación de US\$1 millón a la Central Lanera —todavía la donación más grande otorgada por la IAF a una organización uruguaya— Raúl sugirió que los fondos se trataran como un préstamo “reembolsable” en 10 años a una nueva institución financiera que estaba creando: la Fundación Uruguaya de Cooperación y Desarrollo Solidarios (FUNDASOL).



Raúl fue el impulsor de FUNDASOL, aunque otros dirigían la entidad. Logró dotarla de capital con los “reembolsos” de la donación y gracias a una importante subvención de Deutsche Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit (GTZ), la agencia de asistencia exterior de Alemania, FUNDASOL diseñó y administró uno de los primeros programas de crédito y desarrollo para la pequeña empresa de Uruguay. Los esfuerzos de Raúl ayudaron a que FUNDASOL se ubicara como líder

entre las ONG dedicadas a los pequeños y microempresarios en América Latina.

A mediados de la década de 1990, la IAF contrató a Raúl y otros dos profesionales uruguayos para prestar servicios a donatarios y proponentes. Con el advenimiento del MERCOSUR hacia fines de esa década, Raúl y contratistas de la IAF de Argentina, Paraguay y Brasil trabajaron juntos para apoyar la creación de la Coordinadora de Productores Familiares del MERCOSUR (COPROFAM). Una donación de la IAF financió la investigación, reuniones y capacitación, lo que al final permitió que COPROFAM fuese reconocida oficialmente y participara en reuniones del MERCOSUR de nivel ministerial. Hasta el día de hoy, COPROFAM defiende activamente los intereses de las familias de agricultores en cuestiones relacionadas con la integración regional. El trabajo de Raúl llevó a la Fondation pour le Progrès de l’Homme de Francia a reconocer y apoyar a COPROFAM en años recientes, y a menos de un mes de su prematura muerte, él estaba ayudando a COPROFAM a redactar un plan para su desarrollo y consolidación institucional.

Raúl, un verdadero visionario, era muy estimado por los uruguayos de todos los estratos sociales y económicos.

Lo sobreviven su esposa Beatriz, de 29 años de matrimonio, su hija Carola, su yerno Gerardo, y la luz de sus ojos, su nieta Agustina. —*Cynthia Ferrin, Cuerpo de Paz de EE.UU., ex representante de la IAF para Uruguay*



www.iaf.gov

Contenido

Cartas de nuestros lectores

Enfoque: Los afrodescendientes y el desarrollo

La lucha afrolatina por la equidad y el reconocimiento

Robert J. Cottrol

Las lecciones de los mayores: Juan García y la tradición oral de los afroecuatorianos

Patrick Breslin

Más opciones en Esmeraldas

Marnie Schilken

Tierras y autonomía en quilombo Santana

Miriam Euclides Brandão

Portobelo, Panamá: excursiones, artesanías y congos

Paula Durbin

Afroparaguayos: identidad, sinergia y censo

Paula Durbin

Organizaciones Mundo Afro de Uruguay

Paula Durbin

Epsy Campbell: compasión con pasión

Darío Elías

SOLUCIONES Y ESTRATEGIAS

Un camino en el bosque: gestión forestal comunitaria en México

David Bray

Desarrollo y patrimonio en Cusco, Perú

Patrick Breslin

EN LA IAF

Recuerdos de la IAF: lecciones sobre valores

Deborah Szekely

La marcha del desarrollo

Reseña-ensayo

Patrick Breslin

Recursos

In Memoriam